Un viaje para recordar lo que el corazón de una abuela nunca olvida

INVEROSÍMIL

Paula Vidal

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1. Introducción
Capítulo 2. Pequeños olvidos
Capítulo 3. Olvidos mayores
Capítulo 4. El tiempo corre
Capítulo 5. Una nueva rutina
Capítulo 6. La lista
Capítulo 7. En blanco
Capítulo 8. La presentación
Capítulo 9. Montañas rusas
Capítulo 10. Buscando a Conchita
Capítulo 11. El reencuentro
Capítulo 12. Joven otra vez
Capítulo 13. Volando voy
Capítulo 14. Peinanubes
Capítulo 15. El futuro en una taza de té
Capítulo 16. Los días buenos
Capítulo 17. Un paseo en moto
Capítulo 18. Dos «cheesburgers» con doble de patatas
Capítulo 19. Las alas de la amistad
Capítulo 20. Pícnic en el monte
Capítulo 21. Estamos todos
Capítulo 22. Despedidas
Epílogo. Tres meses y diez deseos después
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Marisa, la abuela de Dani, siempre ha cuidado de su familia, pero ahora que ha comenzado a tener fallos de memoria, son ellos los que cuidarán de ella. O eso pensaba su nieto cuando le diagnosticaron Alzhéimer: en realidad, sus padres planean ingresarla en una residencia a principios de septiembre. Indignado, Dani decide pasar el mayor tiempo posible con su abuela y descubre una lista llena de propósitos que quiere cumplir antes de perder la memoria. Conmovido, Daniel decide ayudarla. Será entonces cuando empiece un verano inverosímil, repleto de personajes redondos y, a pesar de todo, inolvidable.

Inverosímil

Paula Vidal Oliveras

DESTINO

A mis abuelos: Mariana y Carlos.
A mis avis: Regina y Josep.
Gracias por todos los días buenos.

Capítulo 1

Introducción

Toda historia que se precie se caracteriza por una introducción, un nudo y un desenlace. Esto es así aquí y en China. Por supuesto, la trama debe enganchar y los personajes tienen que ser redondos y no planos. Un personaje plano actuará siempre del mismo modo, mientras que un personaje redondo es complejo y evoluciona a lo largo de la historia. Cuando en la clase de Lengua y Literatura nos explicaron la diferencia entre un personaje plano y uno redondo, visualicé a los redondos como si estuvieran hechos en 3D y quisieran salirse de las páginas del relato, mientras que los planos quedaban aplastados en ellas, incapaces de moverse a su antojo.

La historia de la abuela es una de tantas. Su vida no ha sido nada especial: un piso en la ciudad con hipoteca, veraneos en la costa, un marido, tres hijos... Los hijos crecen y llegan los nietos, las meriendas al salir del cole, ayudar con los deberes y comprar abono para las plantas. Una trama sin aventuras trepidantes ni efectos especiales. Sin gancho.

Pero cuando era pequeño pensaba que la abuela era la persona más extraordinaria del mundo entero. De verdad. Un personaje redondo que sin duda escaparía de las páginas de un libro; uno que correría sus propios riesgos sin rendir cuentas a nadie. Alguien invencible. Mi hermana también lo pensaba. Creíamos que su vida había sido frenética, con un nudo lleno de aventuras y peripecias dignas de una película de Hollywood. La abuela era increíble. Irradiaba luz allá donde iba. Era tan alegre que los demás se ponían contentos solo con estar cerca de ella. No exagero. Si me raspaba las rodillas al caer de la bici, ella me cantaba la canción de la rana para curarme y enseguida me sentía

bien. Esto no pasaba con mis padres; si me raspaba las rodillas cuando estaba con ellos, me regañaban por haber estado haciendo el tonto y me tenía que tragar las lágrimas y el orgullo.

La abuela era disparatada y divertida. Te podía contar una historia sobre los incas o los mayas y luego llevarte a tomar un chocolate caliente en pleno verano, a treinta grados a la sombra. Cuando mi hermana y yo estábamos con ella nunca podíamos dar nada por sentado. Las tardes en que le tocaba cuidarnos éramos los niños más felices de la escuela. Salíamos de clase a toda pastilla y allí estaba ella, esperándonos a la salida con los brazos abiertos. Nuestros amigos también debían notar la luz que desprendía, porque a menudo les pedían a sus padres que los dejaran pasar la tarde con nosotros y al día siguiente, en clase, comentaban lo enrollada que era la abuela y lo bien que se lo habían pasado. Y mi hermana y yo nos henchíamos de orgullo.

Puede que por este motivo pensáramos que, en su vida anterior, la de antes de nosotros, en esa otra época remota, había sido alguien importante, toda una pionera en algún campo de investigación; una exploradora que había descubierto algún yacimiento arqueológico, o una corresponsal de guerra. Nos contaba historias y nos costaba diferenciar cuáles eran ciertas y cuáles no, así que preferíamos creer que todo lo que nos contaba era verdad. No era de extrañar que una anciana tan maravillosa hubiera vivido aventuras tan increíbles cuando era joven, ¿no?

Pero crecimos y nos dimos cuenta de que nuestra abuela no era distinta de las demás. Era alegre, sí, y todavía había luz en su mirada, pero las historias que nos contaba ya no nos parecían verosímiles. La abuela nunca había visto a los incas ni a los mayas. Deberíamos haberlo sospechado antes. De hecho, nunca había salido del país ni había tenido pasaporte. Se había casado muy joven con el abuelo, habían montado una papelería en el barrio y habían tenido tres hijos. Eran un matrimonio feliz, sin sobresaltos, como tantos otros. Ella disfrutaba leyendo libros e imaginando otras vidas que solo existían en su cabeza y, de este modo, los días iban pasando.

Los hijos crecieron y se fueron de casa. Y un buen día el

abuelo y la abuela decidieron que ya habían trabajado suficiente. Cerrarían la tienda y se dedicarían a sus aficiones. El abuelo, que nunca había sentido especiales ganas de viajar ni de tener una vida ajetreada, le prometió a la abuela que correrían sus propias aventuras, como ocurría en los libros que a ella tanto le gustaba leer. Así que pusieron en liquidación todos los artículos de la papelería, y luego el abuelo fue a una agencia de viajes y sacó dos billetes con destino a un lugar exótico y lejano. Quería sorprender a su mujer.

El abuelo murió tan solo tres horas después, en la butaca del salón, de un ataque al corazón. En el bolsillo de su chaleco encontraron tres caramelos de menta y dos billetes de avión. Fue toda una sorpresa. Tan solo faltaba un día para el cierre de la tienda y para la tan anhelada jubilación. Un solo día.

Las butacas 23B y 23C del avión con destino a Tokio, escala en Moscú, quedaron vacías.

Todo esto fue antes de que yo naciera, claro. Me lo han contado. Ni siquiera conocí al abuelo, pero me lo puedo imaginar sentado en la butaca de cuero marrón que la abuela aún conserva, notando el leve peso de los billetes en el bolsillo y esperando ilusionado a que su mujer volviera del cine para darle la sorpresa.

No puedo ser todo lo objetivo que me gustaría, porque se trata de mi abuela, pero diría que la historia de su vida no da para un relato de esos que quitan el hipo, con aventuras, giros inesperados y escenarios de ciencia ficción. Creo que su infancia no fue para tirar cohetes, porque nunca nos ha hablado de ella, así que supongo que la introducción de su vida no es gran cosa. Y el nudo, pues, a ver, se queda un poco soso. Solo nos falta el desenlace. Una octogenaria sola en un piso oscuro de setenta metros cuadrados, sin ni siquiera un gato que le haga compañía. No hay fuegos artificiales, lo sé. Netflix no daría ni un euro por la idea.

Salvo por un pequeño detalle: su vida estaba a punto de dar un vuelco.

Capítulo 2

Pequeños olvidos

La abuela nunca había sido una gran cocinera, pero el día en que le echó sal en vez de azúcar a la tarta de manzana se superó a sí misma en la escala de manjares incomibles cocinados por ella. Hasta el momento ese título lo encabezaban unas croquetas de congelador chamuscadas, seguidas de cerca por una tortilla de patatas cruda.

—¡Puaj! ¡Abuela! —se quejó Alexandra tras escupir el trozo de tarta que se acababa de llevar a la boca.

Mi hermana es una exagerada, cuanto antes lo sepáis, mejor. Pero ese día, curiosamente, tenía razón.

—¡Qué asco! —Yo también escupí mi trozo.

—Pero bueno, ¿qué ocurre? —se extrañó la abuela—. ¿No ha quedado rica?

Y antes de que pudiéramos impedírselo, engulló una generosa cucharada de tarta de manzana salada. Acto seguido, enarcó las cejas con sorpresa, se llevó una mano a los labios y otra al estómago y buscó con la mirada algo que no encontró; seguramente, un vaso de agua con el que ayudarse a tragar esa bazofia, o una servilleta de papel para esconder con disimulo los residuos.

No había más opciones: la abuela tuvo que escupir el trozo de tarta en el plato. Alexandra y yo nos la quedamos mirando con la boca ligeramente entreabierta. Nunca habíamos visto a un adulto hacer algo así. Nos quedamos en silencio durante un segundo. Y luego durante otro segundo más. Y luego...

Nos echamos a reír. No podíamos parar. Señalábamos la tarta y nos moríamos de la risa. La abuela se encogió de hombros y

luego también comenzó a reírse.

—¡Mira que confundir la sal y el azúcar...! —exclamó entre carcajadas.

Una lágrima le asomó por la comisura de los ojos mientras reía.

Siempre había sido muy despistada, sobre todo en los últimos tiempos. Solía dejarse las llaves cuando salía de casa y luego le tenía que pedir a los vecinos del quinto que le abrieran la puerta; menos mal que, al igual que mis padres, tenían una llave para emergencias desde hacía tiempo... Y dos meses atrás se había dejado la compra en el súper, junto a la caja, y se había ido tan tranquila a casa. Solo al llegar al portal se dio cuenta de que iba más ligera de peso de lo que debería y, entonces sí, dio media vuelta y regresó al establecimiento, donde la aguardaban sus dos bolsas de la compra y el amable señor de seguridad.

Aquella tarde, después de retirar de nuestra vista la monstruosa tarta, nos fuimos los tres a merendar a la cafetería del barrio.

A mamá y papá también les pareció divertida la historia cuando se la contamos por la noche, aunque no se rieron hasta que se les saltaran las lágrimas ni nada parecido. No son esa clase de adultos. Ellos dos son más bien de la especie *Homo sapiens aburridus*, el tipo de gente que, si arruina un pastel por echarle sal y no azúcar, en vez de reírse, se enfada. Así que simplemente simularon prestarnos atención durante unos instantes; luego, nos sonrieron con condescendencia y, por último, mamá nos pidió que pusiéramos la mesa; la cena estaría lista en cinco minutos.

—Hazlo tú, pringado —me soltó Alexandra. Se cree que dispone de ciertos privilegios simplemente porque es un año y tres meses mayor que yo.

—Mamá, la tonta del bote no quiere poner la mesa —me chivé a pleno pulmón en el preciso momento en que mi hermana dejaba caer su culo en el sofá y se ponía a chatear por el móvil.

—Daniel, ¿qué hemos dicho de insultar? Va, pon la mesa,

que, si no, vamos a cenar a las tantas —me metió prisa mamá, sin hacer ningún caso del chivatazo.

Resoplé, haciendo todo el ruido del que fui capaz para mostrar mi descontento, y arrastré los pies hasta la cocina. Comencé a abrir y a cerrar cajones en busca de los tenedores hasta que a mi madre se le agotó la paciencia y me gritó que cuántos años hacía que vivía en esa maldita casa y que, por el amor de Dios, cuándo iba a aprender dónde guardábamos los cubiertos.

Mientras yo recibía ese rapapolvo, Álex estaba tan tranquila, tumbada en el sofá, escuchando audios de sus estúpidas amigas. Ya me diréis si la vida es justa.

También fue divertido cuando la abuela salió de casa vestida con anorak, bufanda, guantes y gorro, lista para pasar un fin de semana de esquí..., aunque estábamos a principios de mayo, hacía un día de lo más primaveral y nos dirigíamos al estanco. Cuando le comenté que, según marcaba mi móvil, estábamos a veintiún grados y, por lo tanto, no iba vestida para la ocasión, puso una cara tan perpleja que solté una carcajada espontánea ante la nueva locura de la abuela. Cualquiera diría que se acababa de percatar de que hacía un día radiante y caluroso. Estaba pasmada, mirando hacia el sol, sin saber muy bien cómo reaccionar; pensé que no podía ser bueno contemplar el astro rey de manera tan directa y que se iba a deslumbrar.

La abuela permaneció callada todo el camino hacia el estanco y me sentí ligeramente mal por haberme reído de ella.

No fue tan divertido cuando, tres días más tarde, la abuela no recogió a mi prima Cloe de la escuela, como todos los jueves. Cloe tiene ocho años y todo le da miedo; llora por casi cualquier cosa. A los demás compañeros de clase los fueron a buscar, pero a ella no; se quedó esperando en un rinconcito, mirando a su alrededor con ojos de ratoncito tímido. Por supuesto, enseguida decidió que la habían abandonado y se echó a llorar como una fuente. Seguía

llorando cuando la maestra le preguntó quién la tenía que ir a buscar esa tarde. Se encogió de hombros, sin dejar de hipar.

La maestra llamó a mis tíos, y el tío Joaquín llamó a la abuela, que estaba tan tranquila en casa, viendo una telenovela que echaban por cuarta o quinta vez y que le gustaba poner de fondo mientras daba unas cabezaditas. Estaba segura de que era miércoles.

Cuando la abuela llegó al colegio, cuarenta minutos después, Cloe seguía gimoteando, aunque ya se le habían acabado las lágrimas. La abuela le compró un polo de fresa para compensar y jugaron al veo-veo hasta que se le olvidó el descomunal disgusto.

Todo esto lo sé porque el tío Joaquín llamó a mi madre para comentárselo y luego mamá habló con papá muy flojito, como hacen siempre que se trata de algo importante. Sus voces sonaban preocupadas. Hablaban tan flojo que tuve que pegar la oreja a la puerta de su dormitorio y por poco me descubren cuando la abrieron de repente.

—¡Qué susto, Daniel! —exclamó papá—. ¿Qué haces aquí agazapado como un delincuente?

—Me estaba atando los zapatos —me inventé con rapidez. Como de costumbre, llevaba los cordones desabrochados, así que la excusa me venía como anillo al dedo.

—Un día te vas a matar —me advirtió él, no sin razón. Aquella misma tarde había estado a punto de caerme por las escaleras del instituto al tropezar con los malditos cordones. Suerte que no me había visto nadie.

Ya no me pareció nada divertido cuando a la abuela se le olvidó mi cumpleaños, un par de semanas después. Siempre había sido muy generosa en los aniversarios: aún recuerdo el coche teledirigido que me regaló a los diez y el Lego del castillo de Hogwarts cuando cumplí los doce. Y nunca escatimaba con el billete de turno, que casi siempre era de cincuenta euros. Con el paso del tiempo había ido amasando una pequeña fortuna que crecía un poco más a cada santo, cumpleaños y Navidad, y ya no estaba lejos el día en el que

iba a poder invertirlos en unas cuantas acciones y convertirme en millonario (o eso me gustaba fantasear).

La abuela siempre era muy generosa. Menos esta vez.

El día no fue del todo mal, aunque tenía un examen para el que no había estudiado apenas y dejé dos preguntas en blanco. Por la tarde fui al cine con Guille, Hugo y Santi a ver una peli de zombis y los invité a palomitas, financiadas por el Fondo de Celebraciones de la Abuela. Durante todo el día recibí un centenar de whatsapps de amigos y compañeros, y mis tíos me llamaron por teléfono y obligaron a la pequeña Cloe a cantarme el cumpleaños feliz. Luego volví a casa y encargamos pizzas; como era mi cumpleaños, pude elegir los ingredientes de todas ellas, así que añadí *pepperoni* en las cuatro masas para fastidiar a Alexandra. Al acabar la cena, se produjo el incómodo paripé de siempre: tuve que quedarme solo durante unos minutos, simulando que no sospechaba nada, y luego hacerme el sorprendido cuando se apagaron las luces y mis padres y mi hermana salieron de la cocina con una tarta de oreo con quince velitas encendidas. Desafinaban a grito pelado y sentí vergüenza ajena. Soplé las quince velas y luego tuve que esperar a que las volvieran a encender para volverlas a soplar, porque mi padre se había olvidado de grabar el momento. El vídeo quedó borroso y me pidieron que soplara una tercera vez para grabarlo de nuevo, pero quince velas son muchísimas velas y mi paciencia no daba para tanto, así que tomé las riendas del asunto y me serví un buen trozo de pastel, impidiendo así que se pudiera repetir la secuencia y dando por concluida aquella dudosa sesión fotográfica.

No fue hasta bien entrada la madrugada, ya acurrucado en la cama, cuando me desperté de golpe y sin aliento. El corazón me dio un brinco en el pecho. Me sentía como si me hubiera olvidado de algo importante, como si no hubiera entregado el examen que había hecho por la mañana o me hubiera dejado el móvil en el asiento del cine. De repente caí en la cuenta: por primera vez en toda mi vida, la abuela no me había felicitado el cumpleaños.

Capítulo 3

Olvidos mayores

Ese mismo domingo la abuela venía a comer a casa, así que tampoco era tan grave. Tal vez incluso lo había hecho a propósito para que pensara que no se acordaba de mi cumpleaños, cuando en realidad me estaba preparando una sorpresa a lo grande. Seguro que traía consigo un paquete enorme y carísimo... ¿Tal vez un dron? Mi amigo Guille tenía uno y era una pasada, aunque solo lo podía hacer volar por el jardín de su casa. Pero, todo sea dicho, me conformaba con que me felicitara y me diera un billete de cincuenta. Soy un chico simple.

Mamá había preparado macarrones a la boloñesa, mi plato favorito, y papá había comprado muchísimo helado. Esto de cumplir años tiene su qué, sobre todo cuando las celebraciones se alargan varios días, como si se tratara de una boda hindú. Alexandra regresó temprano de su quedada con las amigas porque mamá la había amenazado con quitarle el móvil durante toda la semana si se presentaba tarde a la comida. A mí no me habría importado estar sin ella, la verdad. Ya la veo todos los días.

Mamá apagó los fogones y removió la salsa boloñesa con la cuchara de palo.

Papá descorchó una botella de vino tinto y se sirvió una copa.

Mi hermana y yo le pedimos a papá que nos vertiese una a nosotros. Al fin y al cabo, yo ya tenía quince, no era un crío. Álex se apresuró a añadir que ella tenía dieciséis y que sus amigas ya bebían vino cuando estaban con sus padres.

Papá nos dijo que no.

Mamá nos pidió que pusiéramos la mesa, que nada de escaquearse, y que lo hiciéramos bien, que sacáramos el mantel

bueno, el de las celebraciones.

Los dos refunfuñamos, pero le hicimos caso.

Luego, llevó la olla de macarrones a la mesa y se sirvió otra copa para ella. Entonces miró el reloj y soltó:

—¡Caray! ¡Qué tarde se ha hecho! ¿Dónde se habrá metido la abuela?

—Debe de estar al caer —respondió papá.

Así que nos sentamos todos en torno a la mesa a esperarla. Como los macarrones se enfriaban a la velocidad del rayo, cogí el cucharón para servirme un poco...

—¡Daniel! —Mi madre me fulminó con la mirada.

—Pero... ¿mi cumple...? —murmuré por si acaso.

Esta vez no había peros que valieran.

Me rugían las tripas y la abuela seguía sin aparecer.

—Voy a llamarla a casa, por si se le ha olvidado —decidió mamá.

Todos teníamos bien fresco en la cabeza que tres semanas atrás se había olvidado de ir a buscar a Cloe al colegio, así que no nos pareció descabellado que estuviera en casa viendo su telenovela antes de comer.

Pero el teléfono estuvo sonando sin respuesta.

—Eso es que está de camino. Prueba a llamarla al móvil —sugirió papá.

—Ya sabes que siempre lo tiene apagado... —se quejó ella, pero la llamó igualmente.

Efectivamente, su móvil estaba apagado.

—¿Por qué demonios nunca está disponible cuando se la busca?

Por el tono de voz, mamá se estaba empezando a impacientar.

Supongo que no elegí un buen momento para mi pregunta:

—¿Podemos empezar a comer?

—¡No! —rugieron mamá y papá.

Nos quedamos unos instantes en silencio.

—Voy a llamarla a casa otra vez —dijo mamá entonces—. Tal vez estaba en el baño y no lo ha oído.

Alexandra aprovechó para escurrirse hasta la cocina y regresó

con una bolsa de patatas fritas y una lata de aceitunas que ambos empezamos a engullir como si no hubiera un mañana.

—No acapares todas las patatas, Álex.

—¡Que no me llames Álex! —protestó mientras me daba un manotazo para alejarme de la bolsa de patatas fritas—. Es un nombre feo y estúpido y no me pega nada, te lo he dicho millones de veces.

—¡Álex, Álex, Álex, Álex...! —comencé a chincharla.

—Basta, Daniel —se exasperó papá.

Mi hermana sacó la lengua, burlona. Siempre conseguía que me reprendieran a mí.

Mientras tanto, mamá intercalaba varias llamadas al fijo y al móvil, todas sin éxito. Hacía cuarenta y cinco minutos exactos que la abuela debería haber llegado, y de su casa a la nuestra tan solo hay diez minutos a pie; bueno, tal vez quince a su paso renqueante... Las cuentas, igualmente, no salían. Y mamá no se lo estaba tomando nada bien.

—Voy a su casa, a ver si la encuentro allí —decidió—. Le puede haber pasado cualquier cosa.

—¿No crees que estás exagerando un poco? —preguntó papá, aunque a él también se le veía nervioso—. Ya sabes que últimamente está muy despistada. Se le habrá olvidado y estará durmiendo la siesta.

—Eso espero. Tú quédate aquí por si aparece. Y vosotros dos —mamá nos señaló como si fuéramos unos granujas sin educación — no empecéis a comer hasta que regrese con la abuela.

—¡Nunca lo haríamos! —exclamé indignado al tiempo que mi barriga se quejaba sonoramente.

Mi hermana tragó con disimulo otra patata frita y se chupó los dedos.

—Por supuesto que no —me secundó con convicción.

Mamá llamó al cabo de unos doce minutos para comunicarnos que la abuela no estaba en su casa. Había mirado en todos los dormitorios, llamándola a voz en grito, sin encontrarla. Tampoco

la había visto por el camino.

Papá escuchó atentamente al otro lado del teléfono y luego sentenció:

—Voy a llamar a la policía y al hospital, a ver si me pueden decir si ha llegado alguna anciana en las últimas horas. Tú quédate donde estás por si vuelve.

Las palabras «policía» y «hospital» juntas en una misma frase nos pusieron en alerta a Alexandra y a mí. El asunto se había puesto serio de golpe, así que dejamos las patatas fritas a un lado y nos dispusimos a ayudar.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunté a papá con el corazón en un puño.

Papá estaba buscando el número de teléfono del hospital y no despegó los ojos de la pantalla.

—Buscadla por el barrio —nos pidió—. Y preguntad a la gente. Tenéis alguna foto de la abuela en el móvil, ¿verdad?

Sí, la teníamos. Dos minutos más tarde, salíamos de casa con una creciente sensación de vértigo.

Dimos con ella pasadas las cuatro y media de la tarde. Bueno, dieron con ella los vecinos del quinto, de casualidad. Álex y yo nos habíamos pateado dos veces el barrio sin éxito, preguntando a todas las personas que encontrábamos por el camino; papá ya había hablado con los hospitales de la zona y había dado parte a la policía, y mamá seguía en el piso de la abuela, subiéndose por las paredes. Los vecinos del quinto no sabían que la estábamos buscando, pero salieron a pasear después de una copiosa comida y se la encontraron deambulando por la calle, a varias manzanas de su casa. Por lo que nos contaron, se la veía desorientada y confusa. Lo que más les extrañó fue que no pareció reconocerlos cuando se acercaron a saludarla. Y que iba en zapatillas de andar por casa.

—Marisa, ¿qué haces por aquí? ¿De paseo? —le preguntaron con afabilidad.

Pero la abuela no supo qué contestarles y soltó una especie de balbuceo.

Entonces la señora del quinto llamó a mi madre. Tenía su teléfono móvil por si alguna vez le pasaba algo a la abuela y, por lo que parecía, en ese momento le pasaba algo.

Huelga decir que aquel domingo nos quedamos sin comer.

Capítulo 4

El tiempo corre

El diagnóstico llegó poco después. La abuela tenía alzhéimer. Todavía estaba en un estadio leve, pero iría avanzando y ganando terreno en su día a día hasta que le fuera imposible hacer vida normal. Nos dijeron que muchos de aquellos olvidos, que nosotros achacábamos a la edad y a su personalidad extravagante, se debían en realidad a que estaba enferma. El alzhéimer había entrado en nuestras vidas casi sin hacer ruido, de manera imperceptible, para que no nos percatáramos de que algo no iba bien. No supimos interpretar las señales. Ahora todo cobraba un nuevo sentido y me sentí culpable y asqueado por reírme de sus despistes.

Papá y mamá nos reunieron a mi hermana y a mí en el salón y nos explicaron la situación. Nos contaron que los síntomas habían sido tan difíciles de detectar porque los propios enfermos suelen quitarle importancia a lo que les pasa y se convencen de que todo va como siempre. A nadie le gusta darse cuenta de que está perdiendo la cabeza. No es una situación fácil de aceptar. Nadie quiere dejar de valerse por sí mismo.

Por lo visto, nuestros padres habían decidido unilateralmente que la abuela ya no podía vivir sola.

—Va a necesitar muchos cuidados.

—Deberá tomar medicación.

—Y se la tiene que vigilar de cerca, para que no volvamos a tener sustos como el del otro día.

—En nuestra casa no nos sobra ninguna habitación, ya lo sabéis.

—Y los dos trabajamos y vosotros vais al instituto; podría pasarle cualquier cosa mientras está sola.

—Tampoco puede irse a vivir con los tíos y Cloe por el mismo motivo, y la tía Alicia siempre está viajando por trabajo.

Papá y mamá habían iniciado ese diálogo sin sentido, y no entendía adónde querían ir a parar.

—¿Cuál es la solución? —pregunté para que fueran al grano de una vez.

Mamá se mordió el labio y luego lo soltó:

—Le hemos encontrado plaza en una residencia. Ingresará en septiembre. Hasta entonces, nos turnaremos para estar pendientes de ella.

—¡¿Qué?! —exclamé.

La decisión me había pillado por sorpresa. La abuela amaba su independencia por encima de todo. Era fuerte y valiente. Le gustaba estar al aire libre y hacer un montón de cosas, pero también disfrutar de la tranquilidad de su hogar, con sus estanterías repletas de libros, los geranios del balcón muy bien cuidados y la siesta de después de comer con la telenovela de fondo. Si le arrebataban todo esto, ¿qué le quedaba? ¿Cómo sería la abuela sin sus placeres, sin sus manías, sin su rutina?

La imagen del sillón de cuero marrón del abuelo se materializó ante mis ojos. Era absurdo, pero me dio por pensar en lo que ocurriría con ese sillón. ¿Se lo dejarían llevar con ella a la residencia o lo tendría que abandonar junto con el resto de sus cosas?

—Se encontrará muy bien allí —afirmó papá—. Estará atendida por profesionales todo el día y no le pasará nada malo.

Sentí que estaba a punto de explotar de ira.

—¿La abuela se olvida de cuatro tonterías y ya la queréis desterrar a una residencia?

—No la desterramos a ninguna parte —me contradijo mamá.

—¿Cómo que no? ¡Ha estado toda la vida viviendo en su piso, en el barrio! ¡Y ahora la queréis encerrar en un sitio decrépito con ancianos que desvarían para que no os moleste!

—Estás siendo muy injusto, Daniel. —A mamá le temblaba la barbilla—. No ha sido una decisión fácil de tomar, pero es lo mejor para todos. Sobre todo para ella.

—Ya, claro, para ella, seguro. ¿Lo sabe? ¿Lo habéis consultado con la abuela?

—No le hables a tu madre en este tono —me advirtió papá.

—Hemos hablado con ella y le parece bien —contestó mamá, frotándose las sienes. Parecía cansada—. Le hemos explicado cuál es la situación... Hemos hablado con franqueza de su enfermedad y... Lo ha aceptado.

Creo que fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de que mamá tenía unas marcadas arrugas junto a la comisura de los labios. Esas arrugas se revelaron ante mí como el cumplimiento de una profecía: cuando la abuela muriera, mamá pasaría a ocupar su lugar como si nada hubiera ocurrido. Era ley de vida. Y yo, ¿qué lugar ocuparía entonces? ¿El de mis padres? ¿Me saldrían las mismas arrugas? Hasta ese momento, el tiempo había sido mi aliado. Siempre me habían encantado los cumpleaños, porque me parecía que, con cada vela nueva que soplaba, estaba más cerca de alcanzar algo. Cuando eres pequeño te sientes al margen de todo lo importante. «Cuando crezcas lo entenderás». «Cuando seas mayor te dejaré tomar vino». «Cuando cumplas dieciocho podrás conducir». Y quieres que el tiempo pase velozmente, que la vida pise el acelerador y dé un gran salto hacia delante. Pasar a secundaria de una vez. Que lleguen rápido las vacaciones. Que sea mi cumpleaños pronto.

Por primera vez, me pareció que el tiempo no estaba de mi parte. Me habría gustado pedirles a las manecillas del reloj que desaceleraran, que echaran el freno. Que estaban avanzando demasiado deprisa. Me había dado cuenta de que la vida iba en serio.

Mis padres se habían confabulado con el tiempo, funcionaban perfectamente dentro de su maquinaria, lo alimentaban y lo ayudaban a ganar velocidad. Tal vez ser adulto consistía en eso. Pero yo no estaba preparado para aceptarlo. No a costa de la abuela. No la podían desechar como a un juguete roto que ya no sirve. Era la abuela. Nos había cuidado cada día de su vida sin pedir nada a cambio. ¿Y ahora no podíamos cuidarla nosotros a ella?

—No sabéis lo que estáis haciendo, no entendéis nada. La abuela se encuentra bien, solo está un poco despistada, pero todavía tiene cuerda para rato. Aún va al cine, hace la compra, cocina, juega a cartas, rellena los crucigramas del periódico, va a buscar a Cloe al colegio... ¿No veis que si la mandáis a una residencia se lo estaréis quitando todo? ¿No os dais cuenta de que le vais a arrebatar su vida? ¡Esto la matará! —aseguré.

Se hizo el silencio en el salón. La última frase quedó flotando en el aire, como un terrible augurio. Mamá me miraba como si le hubiera dado una bofetada, pero yo le devolví la mirada desafiante.

Alexandra habló por primera vez en todo el rato.

—Déjalo ya, Daniel —dijo flojito. Se la veía triste, pero no parecía quererles llevar la contraria a nuestros padres—. La abuela tiene alzhéimer. Va a olvidarse de quiénes somos y hasta de quién es ella. Cuanto antes lo aceptes, mejor.

—Y así es como doña egoísta agradece todo lo que la abuela ha hecho por nosotros durante este tiempo —pronuncié ante un público imaginario.

Mi hermana me tiró un cojín del sofá a la cabeza, se levantó hecha una fiera y se marchó del salón a grandes zancadas. Unos segundos después, oímos un portazo.

Papá se acercó a mamá y le pasó un brazo por los hombros, como si la quisiera proteger de todo el veneno que había salido de mi boca. Y yo me quedé allí sentado, con los puños apretados de rabia y la vista emborronada.

En ese momento se me cayó la venda de los ojos. Hasta entonces siempre había pensado que los adultos sabían cómo actuar ante cada situación, que conocían las reglas del juego de la vida y usaban una carta u otra según convenía. Pero entonces me di cuenta de que ellos también improvisaban. Y sus errores conllevaban peores consecuencias que los nuestros.

Creo que fue justo entonces. Sí. Fue ese el instante en que me di cuenta de que no había reglas ni instrucciones, de que todo era una improvisación, una farsa.

Y dejé de sentirme un niño para siempre.

Capítulo 5

Una nueva rutina

Desde que supimos que la abuela tenía alzhéimer, había cogido la costumbre de pasarme cada tarde por su casa un rato, al salir del instituto. Me sentía mal por haber dejado de verla con asiduidad, como hacíamos Alexandra y yo cuando éramos pequeños. Durante toda la primaria, la abuela nos iba a buscar al colegio dos o tres veces por semana; merendábamos con ella, nos ayudaba con los deberes, jugábamos un poco y hacia las siete de la tarde papá o mamá nos venían a buscar y nos marchábamos a nuestra casa. Pero cuando terminamos el colegio y pasamos al instituto nos opusimos a esta rutina. Ya éramos mayores, no necesitábamos que nadie nos cuidara. Hubiera sido ridículo que la abuela nos aguardara con los brazos abiertos a las puertas del insti, y ya no requeríamos su supervisión para hacer los deberes. Tampoco nos servían los juegos que había en casa de la abuela. La Play, el portátil y el móvil habían ocupado el lugar de los legos, las muñecas y los cuentos.

Así que, de un modo que nos pareció natural, dejamos de pasar las tardes con la abuela. Todavía íbamos allí de vez en cuando, claro. A veces nos llamaba y nos invitaba a merendar, como cuando preparó el famoso pastel de manzana salado. O nos pedía que la acompañáramos a algún sitio. Y algunos domingos venía a comer a casa.

Pero habíamos roto un hilo invisible que nos había mantenido conectados durante más de diez años. Creíamos que no necesitábamos los cuidados de nadie y ni siquiera se nos ocurrió pensar en ella. ¿Le habíamos quitado un peso de encima porque ya no tenía que ocuparse de un par de mocosos cada tarde o la habíamos dejado sola cuando más lo necesitaba? Ahora, mucho

tiempo después, no podía dejar de darle vueltas a este asunto. Lo que más me sorprendía —y era una sorpresa teñida de repugnancia y desagrado— era que había tardado tres años en hacerme esta pregunta. Durante todo este tiempo, jamás se me había pasado por la cabeza que la abuela pudiera echarnos de menos. Solo había pensado en mí mismo y en que en el instituto absolutamente nadie pasaba las tardes con su abuela, del mismo modo que los padres ya no te acuestan por las noches y, antes de empezar la secundaria, dejas de jugar a los juegos que aún te divertían pocos meses atrás.

Sentía que había perdido el tiempo como un imbécil. Las tardes con la abuela siempre habían sido fantásticas y podrían haber seguido siendo así, pero Alexandra y yo habíamos decidido cargárnoslas para que nadie pensara que éramos infantiles. Y ahora la abuela tenía alzhéimer y ya no podríamos recuperar el tiempo perdido. Odiaba a mis padres porque iban a meterla en una residencia, pero me odiaba incluso más a mí mismo porque sentía que yo la había abandonado mucho antes.

Por este motivo había retomado aquella costumbre al salir del instituto. Las primeras tres tardes, la abuela se había mostrado sorprendida al verme, pero a la cuarta ya me estaba esperando cuando llamé al interfono.

—Pasa, Daniel —me saludó con alegría, y me estampó un beso húmedo en la mejilla—. He ido a por tus cereales favoritos.

Dejé caer la mochila al suelo del recibidor y la seguí hasta la cocina. La abuela había comprado seis cajas de cereales solo para mí. Aquella compra exagerada me enterneció y no pude evitar preguntarme si para el 1 de septiembre me los habría comido todos o alguna caja se quedaría allí criando polvo, junto al viejo sillón de cuero marrón del abuelo y el resto de las cosas del piso.

Cogí la caja que tenía más a mano, la abrí y eché un buen puñado de cereales en un cuenco. Añadí leche, rebusqué en uno de los cajones de mi derecha hasta dar con una cuchara y me dirigí hacia el comedor. La abuela seguía en la cocina, aguardando a que su colacao se calentara en el microondas. Era su gran vicio irrenunciable: cada tarde, invariablemente, se preparaba uno. Primero echaba tres cucharadas de polvos de cacao en una de sus

tazas desconchadas. Al incorporar la leche desnatada, removía la mezcla con extrema parsimonia, en silencio. Se concentraba tanto en la tarea que parecía un científico de laboratorio manipulando líquidos potencialmente mortíferos, de esos que explotan si no vas con pies de plomo. Por último, solo quedaba calentar el batido en el viejo microondas durante un minuto exacto a máxima potencia, para que no ardiera, pero tampoco estuviera frío.

Aún no había tomado asiento cuando me llamó la atención algo que había en la mesita de centro, junto a la butaca, encima de la página de crucigramas del periódico. Era una lista escrita con bolígrafo azul en una hoja que parecía arrancada de una libreta. Los otros días ese papel no estaba allí. En un primer momento supuse que era la lista de la compra, pero entonces me pareció que algo no encajaba y volví a mirarla con más atención. El folio estaba encabezado por un título subrayado varias veces, como para resaltar su importancia.

Las listas de la compra no suelen llevar título.

Movido por la curiosidad, me aproximé a la mesita, hasta que estuve lo suficientemente cerca para que las palabras manuscritas adquirieran sentido. La lista se titulaba «Cosas que me han quedado por hacer». Sentí como si alguien me propinase un puñetazo en el estómago.

No sé cuántos segundos me quedé allí de pie, con el cuenco de cereales en la mano, leyendo ese título escrito con trazos inseguros, pero subrayado con firmeza. Cosas que me han quedado por hacer. Cada palabra era como un puñal que me dejaba sin aliento.

Los pasos de la abuela arrastrando las zapatillas por el pasillo me sacaron del ensimismamiento. Actué por instinto, tal vez por haber visto demasiadas series de detectives en los últimos tiempos: saqué mi móvil del bolsillo de los tejanos y fotografié la lista. Luego guardé el teléfono de nuevo y me volví hacia la mesa del comedor. Cuando la abuela apareció dos segundos más tarde, yo ya estaba sentado en una silla, como si no hubiera pasado nada.

—¿Cómo ha ido el día? —me preguntó tras darle un sorbo al colacao.

Nunca hablábamos del alzhéimer, ni de su inminente partida a la residencia. Ambos sabíamos que el otro estaba al corriente, pero preferíamos hacer como si no ocurriera nada, como si todo fuera como siempre. Sin embargo, esa tarde tuve que contenerme para no romper nuestra norma no escrita. Quería preguntarle por ese título funesto que acababa de leer. Cosas que me han quedado por hacer. Nunca una frase me había dado tanto miedo.

El corazón me latía fuerte en el pecho. Le hablé de mis amigos, de la tontería que había hecho Santi en clase y que le había valido una amonestación, y del partido de baloncesto que habíamos jugado a la hora del recreo, pero me sentía desconectado de todo lo que le estaba contando, como si quien estuviera hablando no fuera yo, sino otra persona en otra dimensión. Cosas que me han quedado por hacer. Esas siete palabras me estaban martilleando la cabeza. Cosas que me han quedado por hacer. No podía dejar de mirar a la abuela y de preguntarme qué habría escrito en esa lista. Notaba el peso del móvil en el bolsillo. Pronto conocería la respuesta.

Capítulo 6

La lista

La lista estaba escrita con una caligrafía trémula, como si la mano de la abuela temblara al redactarla. En algunos puntos, el trazo era fino e inseguro, mientras que otras letras estaban repasadas varias veces. Estaba familiarizado de sobra con la letra de la abuela, porque cuando era pequeño solía escribirme cuentos cortos que me regalaba cuando me portaba bien. Las palabras que había fotografiado eran suyas, desde luego, pero a la vez no lo eran. La abuela siempre había escrito con firmeza y seguridad. Estaba muy orgullosa de su pulcra caligrafía. Ella era la dueña de sus historias y sabía cómo contarlas. Sin embargo, aunque reconocí su letra ligada —el punto de la «i», la panza de la «b», la sinuosidad de la «s»—, me pareció, por otro lado, que estaba ante la carta de una desconocida. Quien había escrito esa lista era alguien que dudaba, que parecía confuso sobre cómo se escribían ciertas palabras, que emborronaba el papel, lo tachaba y volvía a comenzar. Algunas letras resultaban ilegibles. Aquella era, y a la vez no, la caligrafía de mi abuela. El alzhéimer le estaba arrebatando algo tan íntimo como su manera de escribir. Este hecho me chocó tanto que se me empañaron los ojos de lágrimas y pestañeé varias veces, furioso, hasta que se me aclaró la vista de nuevo.

Me había parado frente al portal, justo al salir de casa de la abuela, y había sacado el móvil. No podía esperar a llegar a casa. La curiosidad me estaba torturando, tenía que saber lo que había en la lista. Y ahora, frente a la fotografía, solo podía pensar en que la letra de la abuela había cambiado; reconocía letras y palabras, pero, abrumado como estaba, no entendía su significado.

Me aparté un poco para dejar entrar a un hombre en el portal

y busqué con la mirada algún sitio para estar más tranquilo. Había un banco al otro lado de la calle. Me dirigí hacia allí, tratando de no pensar en nada. El ruido de los coches consiguió calmarme un poco. Me senté en el banco y volví a centrar la vista en la pantalla. Me concentré como nunca en entender lo que estaba leyendo. Leí la página de arriba abajo una vez. Y luego otra. Me pareció la lista más absurda del mundo entero. La releí una tercera vez.

COSAS QUE ME HAN QUEDADO POR HACER
Montarme en una montaña rusa
Hacer las paces con Conchita
Sentirme joven de nuevo
Volar
Subir a un rascacielos
Asistir a una ceremonia del té en Kioto
Ir en moto
Hacerme un tatuaje
Realizar una excursión con mis nietos
Reunirnos todos de nuevo

Aquello no tenía ningún sentido. Eran puntos inconexos, aleatorios, que nada tenían que ver con la abuela. Comencé a centrarme entonces en cada frase de la lista, una por una, para intentar encontrarle el sentido que se me estaba escapando, pero solo sirvió para que se me llenara la cabeza de interrogantes. ¿La abuela nunca se había montado en una montaña rusa? ¿Quién era Conchita? ¿A qué se refería con volar? ¿Había perdido la cabeza del todo? ¿Y qué se creía con lo del rascacielos, que estábamos en una peli de Hollywood? ¿Dónde estaba exactamente Kioto? Y, bueno, a ver, ¿cómo que hacerse un tatuaje? La abuela tenía ochenta y pico, ¿no? No me parecía ni que fuera legal. Como lo de ir en moto, vaya. ¿No hay una edad límite para todo esto?

Pero los dos últimos puntos de la lista me ablandaron por completo. Quería hacer una excursión con sus nietos, es decir, con Alexandra, con Cloe y conmigo. Y le gustaría que nos reuniéramos toda la familia de nuevo, como cuando éramos pequeños. Ahora la tía Alicia siempre estaba viajando y el tío Joaquín y la tía Margarita discutían tan a menudo con mamá y papá que habíamos

dejado de quedar con ellos. Era incapaz de recordar cuándo nos habíamos reunido todos por última vez. Puede que hiciera dos Navidades, tal vez tres. La abuela deseaba reunirnos a todos antes de irse a la residencia, y nosotros estábamos demasiado ocupados con nuestras vidas y nuestras estúpidas riñas como para darnos cuenta... Habíamos dejado de discernir lo que era importante de lo que no.

Entonces releí la lista por quinta vez, pero con otros ojos. Sin juzgar a la abuela, sin pensar que se había vuelto loca. Aquella era su lista, eran sus deseos. Era todo lo que le había quedado pendiente por hacer. Y yo no era quién para juzgar si era demasiado mayor para ser feliz.

Al leerla por sexta vez, ya había tomado una decisión. El cielo se había teñido de naranja y rosa; estaba empezando a anochecer. Guardé el móvil en el bolsillo y me levanté del banco movido por un resorte. Volví hacia casa a paso rápido, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Estábamos a 29 de mayo. El 1 de septiembre trasladarían a la abuela a la residencia. Y, cuando eso pasara, no habría más «cosas que me han quedado por hacer». Porque cuando llegara el 1 de septiembre, las habríamos tachado todas. Apreté el paso. Quería llegar a casa de una vez para empezar a trazar el plan.

Disponía de un verano por delante para ayudarla a cumplir todos los deseos de la lista.

Capítulo 7

En blanco

Me pasé todas las tardes de la semana siguiente encerrado en casa, trazando el plan. Justo esos días tenía los exámenes del tercer trimestre, así que a nadie le sorprendió que cuando volvía del instituto me fuera directo a mi cuarto y no saliera de él hasta la hora de la cena. Aunque no comentaron nada, creo que mis padres estaban orgullosos de mí; nunca me habían visto tan aplicado. Estaban convencidos de que estaba estudiando un montón y de que me había olvidado por fin del asunto de la abuela y la residencia. Pero lo cierto era que, a lo largo de esos días, prácticamente no abrí un solo libro ni revisé los apuntes que había tomado durante el trimestre. Tenía cosas más urgentes que hacer. Llega un momento en la vida en el que te das cuenta de lo que de verdad importa. Y os aseguro que lo que de verdad importa no son las ecuaciones ni el pretérito pluscuamperfecto, ya lo veréis, aunque si preguntarais a mis padres, seguro que os darían una opinión muy distinta. A ellos, por algún motivo que desconozco, nada les parece más importante que sus dos hijos sepan aislar la x. Deberían hacérselo mirar.

Los exámenes no fueron todo lo bien que cabría desear, para qué mentir. Había estado más o menos atento en clase la mayor parte del tiempo, salvo cuando Santi hacía alguna payasada, y creía que había ido absorbiendo los conocimientos a medida que me los habían ido explicando, como si fuera una esponja. Pero al final resultó que sí que necesitaba hincar los codos y que mi cerebro no era tan esponja como pensaba. Cuando el profesor de turno me entregaba la hoja del examen, fuera de la asignatura que fuera, sentía que se burlaba de mí. ¿Qué eran aquellas preguntas

tan extrañas? Por lo menos había cuatro enunciados que no habíamos tratado nunca en clase.

—¿Por qué nos ha salido la revolución industrial? —pregunté a mis amigos después del examen de historia, al bajar las escaleras hacia el patio—. ¿No nos habíamos quedado en el feudalismo?

—Nos dijo que estudiáramos el resto del temario por nuestra cuenta y que saldría una pregunta en el examen, ¿no te acuerdas? —se extrañó Hugo.

No, no me acordaba. Como tampoco había sido capaz de recordar las principales causas de la revolución industrial, porque nunca las había sabido.

El resto de los exámenes fueron de mal en peor. Mates, Tecnología... incluso Música. Siempre había algo que no me sonaba de nada. Parecía como si los profesores quisieran ponerme la zancadilla.

Y luego llegó el examen de Lengua. Una trampa mortal.

Llegados a este punto ya no pondría la mano en el fuego, pero no me sonaba nada que hubiéramos estudiado las subordinadas. Las oraciones coordinadas sí que las dominaba, claro, pero Sergio Mayo, el muy rastrero, solo nos puso dos de las fáciles. El resto, para mí que se las había inventado todas. Miré a mi derecha y a mi izquierda. Los demás alumnos estaban concentrados creando arbolitos sintácticos como locos en sus hojas de examen. Nadie se estaba quejando porque el profesor hubiera añadido las subordinadas, aunque no las hubiéramos dado. Incluso Santi estaba inclinado sobre el folio, con el ceño fruncido y la punta de la lengua sobresaliéndole de entre los labios, mientras trazaba un diabólico mapa sintáctico. Parecía el alumno más aplicado del mundo.

Me volví. Hugo, sentado en el pupitre de detrás, levantó la vista de su examen y me sonrió para infundirme ánimos.

La voz de Sergio Mayo, alias el Sádico, rompió el silencio en el que estaba sumida la clase.

—¿Se está bien sin hacer nada, Daniel? ¿Te traigo un batido de chocolate?

—No estaría nada mal —me oí a mí mismo contestar antes de

que mi cerebro hubiera tenido tiempo de censurar esas palabras.

Unas risitas tímidas se sucedieron al comentario. Santi se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

El profesor apretó los labios en una fina mueca de desdén.

—Si ya has terminado, entrégame el examen y no molestes a tus compañeros. Aquí hay gente que quiere labrarse un futuro.

Solo había resuelto las dos oraciones coordinadas. Cada frase valía un punto y me faltaban ocho. No hacía falta ser Einstein para adivinar la nota que iba a sacar.

Entregué el examen de todos modos. Y, aunque sentí una punzada en el estómago al regresar a mi pupitre y ponerme a ordenar los bolígrafos, sin nada que hacer durante los cincuenta y dos minutos restantes, no quería que nadie se percatara del pánico que sentía. Me crucé de brazos, le lancé una mirada desafiante al Sádico, y cuando Santi se volvió otra vez para mirarme, le guiñé un ojo con desparpajo.

Cuando por fin sonó el timbre estaba sumido en una especie de sopor. Bostecé sonoramente y me reuní con Hugo, Guille y Santi, que estaban comentando el examen. Los tres me miraron con admiración.

—¡Estoy seguro de que acabas de batir el tiempo récord en entregar un examen del Sádico! —exclamó Santi con alegría—. Deberíamos celebrarlo.

Cuando iba a devolverle la sonrisa me dio un retortijón de pánico en el estómago y lo que me salió fue una especie de mueca rígida.

—¿De verdad lo has entregado en blanco? —Hugo abrió los ojos como platos.

Me encogí de hombros. No importaba mucho si lo había dejado en blanco o si había resuelto dos oraciones; el resultado sería el mismo.

—Alucinante —remarcó Guille mientras meneaba la cabeza en un movimiento ambiguo, tal vez con reprobación, tal vez maravillado.

Suspiré al pensar en lo que dirían mis padres cuando vieran las notas de este terrible trimestre. Algo me decía que a ellos no les

parecería tan alucinante. Por lo menos, los otros dos trimestres me habían ido bastante bien, así que tampoco podía ser tan grave. No me había quedado ninguna; aunque había sacado unos cuantos cincos raspados, también tenía varios notables. Esto era un simple bache en el camino. Y si se trataba del precio para ayudar a la abuela, volvería a entregar un examen casi en blanco mil veces más. Se lo debía.

El día en que tuve el último y desafortunado examen fue también el día en que terminé de trazar el plan. Ya estaba todo listo. Había valido la pena.

Me pasé por casa de la abuela esa misma tarde y mientras veíamos la tele no pude evitar decirle, como movido por un impulso que me nacía desde lo más hondo:

—Abuela, te voy a ayudar. Te lo prometo.

Se volvió hacia mí, con la expresión un poco despistada, y me sonrió con ternura, pero no me contestó nada.

Capítulo 8

La presentación

—¿Me prestáis atención todos? Álex, ¿puedes dejar el móvil de una vez? Pero, mamá, ¿por qué te levantas ahora? ¡Vuelve al sofá!

Por fin había conseguido reunir a mis padres y a mi hermana en el salón, pero me estaba costando horrores que me prestaran atención. Bajé las persianas, apagué las luces y, tras un par de carraspeos más, conseguí, como si fuera un milagro, que se concentraran en la pantalla de la tele, que resplandecía débilmente en la oscuridad del salón. Había conectado mi portátil a ella y estaba a punto de mostrarles el magnífico plan por el que había arruinado el último trimestre del curso; aunque, por supuesto, ellos todavía no lo sabían.

Alexandra resopló al ver lo que estaba haciendo.

—¿Has preparado una presentación PowerPoint? ¿Estás loco? Tengo mejores cosas que hacer que perder el tiempo de este modo con un renacuajo friki.

—No te metas con tu hermano —la reprendió mamá.

—No me estoy metiendo, digo la verdad. Este pringado nos ha preparado algún discurso absurdo y aburrido vete a saber por qué.

Mi madre dejó de prestarle atención a Alexandra y se volvió hacia mí con una mirada interrogativa.

—Me muero de curiosidad por saber qué es lo que nos has preparado, Daniel —me dijo con una sonrisa.

—Yo también —coincidió papá mientras se acomodaba en el sofá.

Álex se cruzó de brazos con hostilidad, pero dirigió la vista hacia la pantalla de la tele y por fin se calló. Respiré profundamente y comencé la presentación:

—Os presento el «Proyecto cumplesueños de la abuela: un verano para cumplir todos los deseos de su lista».

Mientras hablaba, detrás de mí apareció dicho título en letra Calibri 72.

—Un poco largo, ¿no? —se quejó mi hermana.

Hice caso omiso a su comentario y pasé a la siguiente diapositiva.

—Esta es la abuela.

En la pantalla de la tele apareció una imagen reciente de ella; se la había hecho la semana anterior mientras estaba buscando las gafas para completar el crucigrama, sin que sospechara que la usaría con fines propagandísticos.

—Sabemos quién es la abuela —repuso mamá sonriendo.

Pasé a la siguiente diapositiva.

—Y esta es la lista.

Ahora la presentación mostraba la foto de la lista que había sacado doce días atrás como si fuera un detective de poca monta. El título subrayado con firmeza resaltaba en la negrura del salón: «Cosas que me han quedado por hacer».

Mamá se incorporó un poco en el sofá y se le desvaneció la sonrisa del rostro.

—¿Qué es esto, Daniel?

—La encontré en su casa. Son las cosas que le han quedado por hacer y que ya no hará porque la mandáis a una residencia. —Mamá iba a abrir la boca para hablar, pero le hice un gesto para que me dejara continuar—. He ideado este proyecto para ayudarla a cumplir todos los deseos que hay en esta lista. —Pasé a la siguiente diapositiva, que mostraba un calendario con los meses de junio, julio y agosto—. Estamos a 10 de junio y tenemos todo un verano para lograrlo, hasta el 1 de septiembre. Hay diez elementos en la lista, así que lo veo factible... Con vuestra ayuda, claro. —Bajé la vista al suelo, un poco avergonzado—. Yo solo no puedo conseguirlo.

Cuando levanté la vista de la punta de los zapatos, mamá, papá y Álex me miraban estupefactos, sin decir nada. Carraspeé de nuevo y traté de retomar el hilo de la presentación.

—Por supuesto, puedo ayudarla a cumplir la mayoría de los objetivos de la lista sin vuestra ayuda. Algunos son pan comido.

Comencé a pasar diapositivas. Cada una tenía por título un objetivo e iba acompañada de una imagen inspiradora que había encontrado en Google. Parecía el catálogo de una revista.

—Uno: «Montarme en una montaña rusa». —Esa foto había sido muy fácil de encontrar, había cientos de ellas en el buscador —. Chupado. Para esto no os necesito. A ver, veamos el siguiente punto.

Me estaba empezando a poner nervioso y, aunque el PowerPoint lo había hecho yo y me lo sabía de memoria, ya no recordaba cuál era el punto número dos.

—Ah, sí, hacer las paces con Conchita. Pero ¿quién será Conchita?

Junto al título de la diapositiva apareció la fotografía de una señora cualquiera que me había salido en Google al buscar la palabra «anciana». A su lado me había permitido la licencia de colocar un gran signo de interrogación de color azul.

—Bueno, no lo sabemos, pero no será tan difícil encontrarla, ¿verdad? —aventuré.

Mi hermana soltó una risita que me hizo volver a perder el hilo.

—A ver, entonces, el punto número tres... Ah, sí: «Sentirme joven de nuevo». Todavía tengo que pensar en cómo..., ya sabéis, trabajar en este objetivo. Pero, bueno, aquí tenéis el cuarto. Volar. —En la pantalla aparecieron las imágenes de un paracaidista, un avión y un pájaro, formando una especie de *collage*—. Ya descubriremos cuál es la manera más factible de que la abuela vuele.

Mi hermana se llevó el dedo índice a la sien y comenzó a girarlo para indicarme que me faltaba un tornillo. Papá y mamá seguían patidifusos. Creo que si de repente la casa hubiera comenzado a arder ellos dos habrían permanecido en el sofá, con la espalda recta, en la misma postura, contemplando la pantalla, petrificados.

—Y aquí es cuando la cosa se complica —les advertí antes de

pasar de diapositiva—. Tal vez podamos subir a un rascacielos de por aquí cerca, pero... ¿Asistir a una ceremonia del té en Kioto? ¿Sabéis por dónde queda eso?

Vi que mi hermana tenía ganas de responder, pero como se trataba de una pregunta retórica pasé con rapidez a la siguiente diapositiva, que mostraba un mapa del mundo y en el que había trazado una gruesa línea roja que conectaba España con Japón, pasando por toda Europa, Rusia y China.

—Para vuestra información, en línea recta está a diez mil doscientos noventa y tres con ochenta y dos quilómetros. Casi nada. Y por esto necesito vuestra ayuda. —Tomé aire antes de soltar la bomba—. Mamá, papá: este verano nos vamos a Japón.

La afirmación los hizo salir muy rápido de su estado de babia.

—¿Te has vuelto loco, Daniel?

—¿A Japón? Ni hablar.

Parecía que iba a tener que insistir un poco. No importaba, estaba preparado para combatir con ellos.

—No es por mí, si ya sabéis que yo en el camping soy la mar de feliz. Es por la abuela. Es su sueño.

—La abuela está enferma, Daniel. —Papá me habló con voz pausada, como si se dirigiera a un niño pequeño que no se entera de nada—. No podemos viajar con ella. Es muy mayor y Japón está muy lejos.

—¡Pero es su última oportunidad de vivir aventuras! —protesté con vehemencia—. Solo hay diez puntos en la lista. Son diez cosas que la abuela quiere hacer antes de que la internéis en la residencia, y todas ellas son factibles. Solo tenemos que poner de nuestra parte para que ocurran. Si nos apoyamos los unos a los otros, seguro que lo lograremos. Os prometo que lo de Japón es lo más difícil de todo, luego ya son deseos más normales...

Comencé a pasar diapositivas a diestro y siniestro para que vieran que los siguientes puntos eran más fáciles de realizar.

—¿Lo veis? ¿Ir en moto? Está chupado, solo nos falta alguien con carné. Hacerse un tatuaje... Veamos... Hay varios sitios de tatuajes en el barrio. —Seguí pasando diapositivas con una mezcla de furia y decisión. Aquel era un momento clave, tenía que

convencerlos, pero no lograba mantener la calma—. ¿Hacer una excursión? Ningún problema. Y el número diez: reunirnos de nuevo toda la familia. ¿O también le negaréis este último deseo?

Pasé la diapositiva y la pantalla quedó en negro. La presentación había finalizado. Mi última pregunta tenía mucho de provocación. Los miré a los ojos, con la barbilla en alto. No se atreverían a negarle estos deseos. No podían hacerlo.

—Daniel, es imposible hacer todo esto en menos de tres meses —comenzó mamá, con la voz un poco ronca—. Tal vez si tuviéramos más tiempo...

—Tenemos tiempo suficiente, ¿no lo veis? ¡Si hasta he hecho un calendario!

Volví atrás en la presentación, buscándolo, pero no lo encontraba.

—Deja estar el calendario, Daniel, no se trata de eso —me pidió papá.

—¿Y de qué se trata? ¿De que os da pereza ayudarla?

—No. Se trata de que lo que propones es absurdo. No podemos hacer todas estas cosas con una persona tan mayor como la abuela y que encima tiene alzhéimer. Ya no eres un niño, deberías comprenderlo.

—La verdad es que estás completamente chalado —metió baza Alexandra.

—Podemos hacerlo, es factible. Llevo muchos días pensando en el plan. Además, solo os necesito para el viaje a Japón, para que pongáis el dinero y eso. El resto puedo hacerlo solo...

—¿Te irías tú solo con la abuela a Japón? —preguntó mi hermana.

—Claro que no se iría él solo con la abuela a Japón —negó mamá.

—¡Pues si es necesario y nadie más quiere venir conmigo, sí! —la contradije yo—. Es la abuela, se lo debo por todo lo que ha hecho por mí. Por nosotros. Se lo debemos todos. Sé que nunca ha salido de España. Sé que sacrificó media vida para ocuparse de ti, mamá, y de los tíos. Y luego para cuidarnos a Álex y a mí. E incluso a Cloe. Sé que tiene muchos sueños e ilusiones que se han

quedado guardados en un cajón. Sé que es una aventurera metida en el cuerpo de una anciana. Y no quiero que su vida termine de este modo, como si fuera un personaje plano y secundario. La abuela es un personaje redondo.

—Completamente chalado —confirmó Alexandra, dándose la razón a sí misma.

—Tus intenciones son buenas —dijo papá—. Pero debes aprender que en la vida no todo sale como uno quiere. A nosotros también nos gustaría que la abuela no tuviera alzhéimer y pudiera quedarse en su casa y hacer todas las cosas que ha escrito en esta lista.

—¿Todas? —se sorprendió mi hermana.

—Bueno, *algunas* de las cosas de la lista —rectificó—. Pero no es posible. Tienes que aceptarlo.

—Os vais a arrepentir de esto —les advertí. Me temblaba la voz—. Cuando la abuela ya no esté y leáis esta lista, os moriréis de vergüenza... Y ya no podréis hacer nada por solucionarlo.

—Daniel...

—No, mamá, nada de Daniel. ¡No quiero oír más excusas!

—Daniel. —Mi madre me miraba con seriedad. Tenía los ojos empañados en lágrimas—. Está bien, Daniel. Tienes razón. Lo haremos.

—¿Qué?

El corazón me latía con fuerza en el pecho; lo sentía a punto de estallar.

Escruté su rostro para asegurarme de que no mentía. Se estaba mordiendo el labio inferior, signo inequívoco de que trataba de contener el llanto. Eso me impresionó, porque no recordaba la última vez que había visto llorar a mamá. Me devolvió la mirada, con los ojos brillantes.

—¿Estás segura, cariño? —preguntó papá.

Mamá, que parecía tenerlo siempre todo tan claro, que contaba con una respuesta para cualquier pregunta, se retorció las manos con nerviosismo y se tomó su tiempo antes de contestar:

—Es mi madre. Ha escrito una lista de cosas que le gustaría hacer y podemos ayudarla a cumplirla. Daniel está en lo cierto.

Ahora que sabemos que tiene estas inquietudes, si no hacemos nada, no podré dormir tranquila. —Cerró los ojos unos instantes—. No sé si estaba en sus cabales cuando la escribió, pero poco importa ya. Tampoco quiere ir a la Luna, ¿no?

—Japón está muy lejos... —Papá no parecía convencido—. No es la Luna, pero casi. Y ¿crees que soportará bien el viaje, a su edad?

—¿Cuándo fue la última vez que hicimos algo así todos juntos? —inquirió mamá. Aunque había angustia en su voz, también se la veía ilusionada.

—Nunca —no pude evitar decir.

Ambos me fulminaron con la mirada. Supongo que se trataba de otra pregunta retórica.

—Te ayudaremos, Daniel —afirmó mamá mientras se secaba una lágrima con la manga de la blusa. Le temblaba un poco la barbilla—. O, mejor dicho: ayudaremos a la abuela.

Se quedó pensativa un instante y luego añadió:

—Menos en el asunto del tatuaje.

Corrí a abrazar a mamá, que me estrechó con fuerza entre sus brazos y me revolvió el pelo con cariño. Nunca me había sentido tan orgulloso de ella, ni de mí. Íbamos a lograrlo. La abuela iba a tener su gran aventura, su final por todo lo alto.

Papá se unió al abrazo. Seguía dudando, pero yo sabía que apoyaría a mamá en la decisión. Estábamos juntos en esto.

Alexandra se llevó las manos a la cabeza y gimió con exasperación.

—Es definitivo: os habéis vuelto todos locos —sentenció—. ¿Por qué tengo que ser la única cuerda en esta familia?

Capítulo 9

Montañas rusas

Las notas fueron un gran mazazo para mi autoestima. Sabía que los exámenes no me habían ido bien, pero cuando la tutora me las dio sentí que se me caía el mundo encima. Había suspendido tres: Música, con un respetable cuatro; Historia, con un vergonzoso tres, y Lengua y Literatura, con un fatídico dos. El resto de las asignaturas las había aprobado con un cinco pelado, menos Educación Física, en la que tenía un notable.

—¿Qué ha ocurrido, Daniel? —me preguntó la tutora, Cristina Ruiz, que también era mi profesora de Tecnología, al tenderme el sobre—. En el primer y en el segundo trimestre sacaste buenas notas, tienes varios notables, pero en este has dado un gran salto hacia atrás. No es propio de ti.

Parecía que quería una respuesta, pero no sabía qué contestarle, así que me encogí de hombros.

—Ya sabes que vas a tener que recuperar las tres asignaturas suspendidas a finales de la semana que viene —me recordó con expresión grave—. Ponte las pilas, porque vas a tener que estudiar en una semana todo lo que no has estudiado este trimestre. Y no me gustaría ver que un alumno como tú no pasa de curso.

Asentí con la cabeza, compungido.

Regresé a mi pupitre arrastrando los pies y me hundí en la silla sin mediar palabra con nadie. A mi alrededor, los demás se tiraban aviones de papel, cantaban canciones y se escribían dedicatorias en la agenda. Era el último día de clase y todo el mundo parecía contento, menos yo.

Si ya había sido duro aguantar la mirada de la tutora, imaginaos cómo se lo tomaron mis padres. Estuve a punto de no entregarles las notas y de estudiar las recuperaciones en secreto, pero Alexandra llegó a casa muy contenta y comenzó a alardear de todos sus notables y del excelente en Biología. Como, por desgracia, vamos al mismo instituto, no colaba que a mí no me las hubieran dado. Luego pensé en falsificarlas... Podía convertir el tres en un ocho, el dos en un siete y el cuatro en un nueve. Al final, me dio pereza incluso intentarlo. No tenía ningún sentido, porque se iban a dar cuenta de lo que ocurría en cuanto me pasara un solo día encerrado en casa, estudiando. Mamá y papá no eran tontos. Jamás de los jamases me habían visto estudiar después de acabar el curso.

Lo mejor era arrancar la tirita de golpe.

—Mamá, papá: aquí tenéis mis notas.

Las entregué con solemnidad y esperé en silencio a que las leyeran, como quien aguarda una sentencia de muerte.

—¿Qué son estas notas? —dijo papá incrédulo—. ¿Qué estabas haciendo cuando se suponía que estabas estudiando?

—Estaba con el «Proyecto cumplesueños de la abuela: un verano para cumplir todos los deseos de su lista» —respondí del tirón.

Había decidido ser sincero y ahora no me podía echar atrás.

—Así que todo esto es una especie de castigo, ¿no? —preguntó mamá, con la cara desencajada—. Tu forma de encararte con nosotros porque mandamos a la abuela a la residencia. Pues no es lo más inteligente por tu parte tirar por la borda un trimestre entero de este modo, Daniel. Si no las apruebas todas, no hay «Proyecto cumplesueños», o como quiera que se llame. ¡Y ni se te ocurra protestar! —añadió al ver que había abierto la boca.

Protesté de todos modos:

—¡Pero no hay tiempo que perder!

—Ya has oído a tu madre —la secundó papá—. En lo que no hay tiempo que perder es en solucionar este desastre de notas. Estudia para las recuperaciones, apruébalas todas y luego ya podrás hacer lo que quieras.

Me encerré en mi cuarto y abrí el libro de Historia, pero no me podía concentrar. Papá y mamá estaban muy disgustados, lo sabía, aunque apenas hubieran alzado la voz. Los había decepcionado del mismo modo en que estaba a punto de decepcionar a la abuela. El día anterior, en un arrebato de alegría e improvisación, me había pasado por su casa y le había contado el plan.

—Encontré la lista, la que hiciste el otro día, ¿la recuerdas? Estaba junto al crucigrama, en la mesita.

La abuela asintió con cautela. Se acordaba de la lista.

—Son solo tonterías de una vieja, Daniel —suspiró resignada —. No te preocupes por mí.

—De eso nada —la contradije con terquedad—. Mañana acaban las clases, así que pasado mañana nos iremos al parque de atracciones y subiremos a la montaña rusa más alta que encontremos. Tacharemos el primero de los deseos.

La mirada de felicidad que puso la abuela se me había quedado grabada en la retina y ahora, mientras trataba de concentrarme en la revolución industrial, no me dejaba en paz. Estaba tan ilusionada que parecía una niña pequeña. Me dijo que esperaría con impaciencia a que llegara pasado mañana y nos montáramos en la montaña rusa. Pero yo lo había echado todo a perder. Ahora tenía que estudiar para las recuperaciones y mis padres no me dejarían salir hasta que hubiera hecho los exámenes. La lista de la abuela tendría que esperar por lo menos diez días más. Eso, en el caso de que aprobara las recuperaciones. En caso contrario...

Arrojé el libro al suelo, enfadado conmigo mismo.

Me metí de lleno en el papel de chico aplicado y estudié más que en todo el trimestre. Tal vez, incluso más que en todo el curso. Nunca en mi vida había estudiado tanto, vaya. Ignoraba los mensajes de mis amigos y solo salía del dormitorio para ir al baño o para comer. Creé un horario de estudio y lo cumplí a rajatabla. La noche antes de las recuperaciones no podía dormir de los

nervios. Al día siguiente tenía las más difíciles, Historia y Lengua y Literatura, pero esta vez estaba preparado: me sabía el temario de memoria, incluso lo que no habíamos dado en clase. Por si las moscas. Y, al cabo de dos días, tocaba la de Música. Sospechaba que probablemente sería el único alumno en esa recuperación. Es que, a ver, ¿quién en su sano juicio suspende Música? Mis amigos se habían reído un montón cuando habían visto la nota. Ellos la tenían aprobada con bienes y notables, incluso Guille, que no sabía ni tocar una sola nota con la flauta. Pero habían abierto el libro y yo no. Era justo.

Cambié de postura en la cama y miré la hora en el móvil. La una y media de la madrugada y seguía sin poder dormir. Hacía bastante calor, pero no quería abrir la ventana y que se me llenara la habitación de mosquitos, porque entonces sí que no iba a pegar ojo. En ocho horas estaría haciendo la recuperación de Historia. Y en diez, la de Lengua y Literatura. Tenían que irme bien. Si suspendía las recuperaciones, no solo corría el riesgo de repetir —si dependía de Sergio Mayo, el Sádico, no había nada que hacer—, sino que no podría ayudar a la abuela. Mis padres no me permitirían salir de casa en todo el verano. Y no podía fallarle a la abuela así, a las primeras de cambio. Se lo había prometido, ya no podía echarme atrás. Me estaba esperando para ir al parque de atracciones.

O los exámenes fueron más fáciles que nunca o simplemente yo estaba preparado como nunca, porque en mi vida me había sentido tan confiado como tras leer todas aquellas preguntas. Sabía lo que me jugaba y seguía nervioso, claro. Incluso se me disparó un tic en el ojo izquierdo. Pero las respuestas salían solas, sin comerme el coco, y terminé el primer día de recuperaciones con la mano dolorida de tanto escribir.

El examen de Música del día siguiente me pareció incluso más fácil que los otros dos. La profesora lucía una cara de fastidio descomunal por tener que estar allí en el aula, conmigo y con otro chico que no había pisado las clases en todo el trimestre, en vez de

estar tostándose al sol en la playa. Le dediqué mi mejor sonrisa de niño bueno y, a continuación, me concentré en el examen como si me fuera la vida en ello.

Cuando Cristina Ruiz me entregó las notas de las recuperaciones, ya no hubo miradas fulminantes ni caras serias. Me sonrió y me dijo:

—Bien hecho. Estaba claro que podías sacártelo sin problemas.

Agarré el sobre, con el corazón a mil por hora, y me volví para irme a casa, pero ella no había acabado.

—Tómate lo que ha pasado como un aviso. No te has esforzado lo suficiente este trimestre, Daniel, y aunque ahora hayas salvado el curso, no puedes relajarte. Ya has visto lo que ocurre si lo haces. He hablado con los demás profesores y también piensan igual, sobre todo Sergio Mayo, que me ha hecho una propuesta que me ha parecido muy adecuada. Tendrás que escribir un diario durante el verano, para poner a prueba todo lo que has aprendido en la clase de Lengua y Literatura, y en septiembre se lo entregarás al profesor, que te lo devolverá corregido. Así practicarás la ortografía, la gramática, la sintaxis, el estilo narrativo y la creatividad. No es opcional. Les notificaré sobre esta actividad a tus padres, para que te tengan controlado. ¿Ha quedado claro?

Suspiré profundamente.

—Ha quedado clarísimo.

¿Por qué no me sorprendía que aquella tortura hubiera sido ideada por el Sádico? ¿No podía dejarme en paz durante tres meses siquiera? ¡Menudo verano me esperaba!

Aquella tarde les entregué el sobre con las notas a mis padres, ahora sí, las que les habría gustado leer desde un buen principio, y luego me fui al parque de atracciones con la abuela. Me estaba aguardando en casa, de muy buen humor, tarareando su canción favorita. Ni siquiera pareció importarle que el autobús encontrara

todos los semáforos en rojo y tardáramos una eternidad en llegar a nuestro destino.

A mí, en cambio, me corroía la impaciencia. Al fin y al cabo, aquel no era un día cualquiera. Quería tachar el primer punto de la lista de una vez: ya íbamos con retraso en el calendario y me moría de ganas de pasar a la acción. Sin embargo, el tráfico denso de la ciudad no estaba por la labor.

—¿Por qué vamos tan lento? —me lamenté por enésima vez.

—Si algo he aprendido en estos años, cielo, es a disfrutar del camino... —comentó la abuela sabiamente.

Pero entonces el autobús se detuvo en el siguiente semáforo, la abuela suspiró exasperada y a los dos nos entró la risa.

La montaña rusa era roja, brillante, preciosa. La abuela la miraba extasiada mientras hacíamos la cola. Y yo miraba a la abuela con curiosidad.

—¿Por qué nunca has subido a una montaña rusa? —le pregunté al cabo de un rato.

Aún seguía sorprendido de que aquella fuera su primera vez.

—Te parecerá una tontería, pero tengo vértigo —me contó, sin apartar la vista de la atracción—. Siempre me ha dado mucho miedo. Cuando era más joven y tu madre y tus tíos eran como tú ahora, o incluso más pequeños, veníamos muchas veces a este mismo parque. Ellos siempre subían a la montaña rusa... Yo nunca me atreví. Pero ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

La abuela se volvió para mirarme y me sonrió de oreja a oreja.

—Cuando una llega a cierta edad, ya no tiene miedo de nada. Que la vida me eche lo que quiera, que estoy preparada.

Había llegado nuestro turno. Nos subimos a la vagoneta, uno al lado del otro, y la abuela me cogió de la mano.

—Gracias por hacer esto conmigo, Daniel.

El vagón arrancó traqueteante y comenzamos a subir. Mientras ascendíamos, pensé en las recuperaciones, en el largo y

caluroso verano que nos aguardaba, en la lista de la abuela... Y también pensé que era un fracasado por haber suspendido una asignatura como Música, pero ahora me sentía liberado, porque había podido corregir mi error. Me agobiaba tener que escribir un diario de verano para Sergio Mayo, el Sádico, que seguro que tacharía todas mis frases y llenaría el cuaderno de color rojo. Pero, sobre todo, me sentía asustado por la abuela, por si no lograba ayudarla a cumplir todos sus deseos, por si su enfermedad empeoraba y todo se torcía.

Entonces la vagoneta llegó arriba de todo y contemplé el cielo azul y la ciudad bajo mis pies y el mar a lo lejos, pero, a la vez, muy cerca. Era un día precioso. Miré a la abuela, que sonreía como nunca. Y comenzamos a descender, cada vez a mayor velocidad. El estómago me dio un vuelco, pero era una sensación maravillosa. Y chillé y reí a partes iguales. Y la abuela, a mi lado, también chillaba y reía. Y hubo un *flash* y la abuela y yo alzamos los brazos y sonreímos a la cámara.

En ese momento pensé que la vida era así, igual que una montaña rusa. Podías estar arriba de todo y luego abajo, podías subir lentamente por la cuesta empinada, y que todo costara una barbaridad, y de repente sentirte liviano y genial, porque las cosas iban bien.

Compré la foto de recuerdo, que era carísima, pero muy graciosa, y nos reímos de nuevo al contemplar nuestras caras, que eran una mezcla de velocidad, miedo, sorpresa y felicidad. La mezcla de la vida.

La abuela llevaba la lista en el monedero, tal como le había pedido. La sacamos y tachamos juntos el primer punto. Luego nos fuimos a tomar un helado.

Capítulo 10

Buscando a Conchita

A mamá le sonaba lejanamente aquel nombre, pero no recordaba haberla visto nunca, ni siquiera cuando era pequeña. Que ella supiera, la abuela nunca había tenido una amiga que se llamara Conchita, así que la relación con esa mujer era incluso más antigua de lo que me imaginaba. Me sentía como un arqueólogo que intenta encontrar una huella de dinosaurio en medio del asfalto.

Si quería saber a qué me enfrentaba para conseguir tachar el segundo punto de la lista, titulado «Hacer las paces con Conchita», tendría que ir a consultar la fuente primaria, como dicen los historiadores. Y la fuente primaria era —no podía ser de otro modo — la abuela.

Aunque cada vez le costaba más recordar cosas recientes y responder a preguntas concretas, del tipo qué has comido hoy o qué día fuiste al mercado, la abuela seguía teniendo muy presentes los hechos del pasado, como pude constatar esa misma tarde de principios de julio. Parecía como si su línea temporal se hubiera invertido: los recuerdos recientes se entelaban en una lejana bruma y, en cambio, los antiguos emergían a la superficie para airearse un poco.

—¿Quién es Conchita, abuela? —le pregunté con la boca llena de cereales con leche. Alguien tenía que dar cuenta de las seis cajas que había comprado, y yo era la persona más indicada para capitanear la misión.

La abuela sonrió al oír ese nombre y el contorno de los ojos se le llenó de una telaraña de arrugas y surcos profundos. Me imaginé que cada una de esas arrugas contaba una historia sobre ella, y que la que ahora estaba a punto de escuchar correspondía,

seguramente, a alguna de las más marcadas, de las que dejan huella y se ven a simple vista incluso cuando su rostro está relajado.

—Conchita Marín era mi amiga del alma de la infancia. Éramos vecinas y lo hacíamos todo juntas. Fuimos al mismo colegio y cada tarde jugábamos al escondite o a la pelota y nos contábamos las confidencias. Nos divertíamos mucho. Aunque estábamos en plena posguerra y pasábamos hambre, recuerdo la niñez como una época feliz gracias a ella.

Cerró los ojos un momento, tal vez para aclarar las ideas, o puede que para visualizarse a ella misma de pequeña, agarrada del brazo de su amiga. Se me hacía raro pensar en la abuela como en una niña con trenzas y dientes de leche. Como diría el Sádico, parecía inverosímil que esa anciana alguna vez hubiera correteado por la calle jugando al escondite o saltando a la comba. A Sergio Mayo no le había gustado nada la redacción que le entregué al empezar el primer trimestre del curso, lo que hizo que comenzáramos con mal pie. En mi escrito, de una página y media, un hombre estaba nadando por el río Ebro cuando de repente se lo comían las pirañas. Me devolvió la redacción con un montón de círculos marcados en rojo que señalaban todo lo que no le gustaba y la palabra «INVEROSÍMIL» escrita así, en mayúsculas, encima del texto. Pues bien, a mí me parecía más inverosímil que la abuela hubiera sido niña que lo de las pirañas, pero no se lo dije a ella, claro. En vez de eso, le pregunté:

—¿Por qué dejasteis de ser amigas?

—Ahora que han pasado tantos años me parece una estupidez —suspiró la abuela, mientras rememoraba otras épocas—, pero en ese momento me sentó fatal y dije cosas de las que me arrepiento mucho. Verás, esto... —Se quedó pensativa un instante, hasta que dio con mi nombre—: Daniel, eran tiempos difíciles. Yo comencé el noviazgo con tu abuelo y trabajaba en...

Volvió a quedarse encallada.

—¿La papelería? —pregunté.

—No, esto fue años antes de abrir la papelería con tu abuelo. Trabajaba... sí, en el colmado de tus bisabuelos, que no terminaba

de funcionar. Teníamos muchos problemas para llegar a final de mes. Conchita, en cambio... Ella era un espíritu libre. A sus padres les iba mejor el negocio que a los míos y ella estudió Filosofía y Letras; ¡fue de las primeras mujeres en ir a la universidad! Y luego se hizo reportera y viajó por todo el mundo en busca de aventuras. En esa época algo así era increíble.

—O inverosímil —apunté con voz de entendido.

—¿Cómo dices? —se sorprendió la abuela.

—Nada, nada. Continúa.

—Pues bien, la verdad es que... A ti puedo contártelo, ya han pasado muchos años y no me importa quedar como una tonta. La verdad, Daniel, es que me daba un poco de envidia. Al principio me alegraba por ella, claro, y me encantaba recibir sus cartas desde Roma, Boston, Copenhague.... Donde fuera. En ellas, me contaba todas las cosas emocionantes que hacía cada día y a toda la gente interesante a la que conocía. Yo le contestaba las cartas como podía, hablándole del colmado e inventándome historias divertidas sobre nuestros clientes que, aunque no eran ciertas, me hacían sentir a su altura. Pero algo se rompió en algún momento a lo largo de ese período. Siempre habíamos sido uña y carne y lo habíamos hecho todo juntas, pero pasamos a llevar vidas muy distintas y el hilo invisible que nos había conectado durante toda la infancia no sobrevivió al cambio. Me cansé de inventar historias sobre los clientes y mis cartas se volvieron cada vez más breves... No tenía mucho que contarle. Y las suyas se fueron espaciando más en el tiempo, puesto que estaba muy ocupada. Y entonces...

La abuela hizo una pausa más larga de lo normal. Como tenía los ojos cerrados, me planteé si se había quedado dormida.

—Y entonces, ¿qué? —pregunté al fin.

La abuela abrió los ojos, teñidos de tristeza, y me miró sin verme.

—Un día, tras varios meses sin escribirnos, le mandé una carta especial. Era la invitación a mi boda. Me casaba con tu abuelo.

—¿Y qué pasó?

—Conchita no vino a la boda. Por lo visto, tenía cosas más

importantes que hacer —suspiró, con la voz resquebrajada—. Me escribió una carta explicándomelo, pero no se la contesté. Ni las dos siguientes. Recuerdo que las rompí en pedazos sin ni siquiera leerlas. Luego, dejó de escribir. La siguiente vez que nos vimos, cuando volvió por aquí, tu madre ya tenía dos años y tu tío Joaquín estaba en camino. Se pasó por casa con un vestidito para tu madre, pero le iba pequeño; debía pensarse que tenía un año o algo así, porque se había equivocado con la talla. Yo le dije que ni siquiera sabía qué edad tenía mi hija y que éramos dos extrañas. Fui muy dura. Ella también estaba enfadada porque no le había contestado las últimas cartas. Comenzamos a gritarnos y... nos dijimos muchas cosas feas. Al final se fue de casa llorando. Y eso es todo —resumió con sencillez—. Nunca más la he vuelto a ver. Le perdí la pista. No sé ni dónde vive. Creo que siguió con su carrera de reportera hasta que se jubiló, porque alguna vez he leído artículos suyos en el periódico.

Nos quedamos en silencio un rato. La abuela tenía los ojos entornados y seguía escarbando en los recuerdos de otra época, como si su mente no estuviera en el salón junto a su cuerpo, sino volando lejos, en otra dimensión y en otra vida. Y yo no quería estorbar. Por segunda vez en pocos días me preguntaba si sabía de verdad quién era la abuela. Desde que había encontrado la lista, ya no estaba tan seguro como antes de conocerla bien. Por ahora había atisbado otra cara suya, un pedazo de su vida que había permanecido oculto durante muchos años y que comenzaba a salir a flote.

Volvió a hablar al cabo de un rato, en voz muy baja, musitando para sí misma:

—No he tenido otra amiga como ella. Ojalá no le hubiera dicho todas esas cosas... —La voz le temblaba un poco—. Nunca le pedí perdón.

Se la veía tan arrepentida que nadie diría que habían pasado unos sesenta años desde la tarde en cuestión. La herida parecía tan reciente como si se hubiera abierto ayer.

—Encontraremos a Conchita, abuela —le aseguré—. Y podrás disculparte en persona.

Lo que hice a lo largo de los dos días siguientes sí que fue periodismo de investigación del bueno, y no el de los reportajes de la tele. Primero busqué a Conchita en todas las redes sociales, pero parecía que, al igual que mi abuela, no estaba metida en ninguna. En cambio, ella escribía artículos y los firmaba con el nombre de Conchita Marín, así que hurgué en las hemerotecas online de todos los periódicos que se me ocurrieron, en busca de alguna pista que me llevara a su paradero actual. Encontré varios reportajes muy antiguos sobre viajes y también entrevistas culturales y alguna que otra crítica literaria. Parecía, en efecto, que había tenido una vida de lo más interesante. Como no encontré artículos recientes, se me pasó por la cabeza que tal vez había fallecido, pero no hallé ninguna esquela que lo confirmara y, además, la abuela me había explicado que se había jubilado hacía algunos años.

Al final, cuando ya estaba a punto de tirar la toalla, di con un pequeño artículo que me llamó la atención por la fecha —tan solo diez años atrás— y por la fotografía que lo ilustraba. El titular rezaba: «La reportera Conchita Marín, una mujer pionera en el periodismo, se retira». Y, en el subtítulo, el articulista explicaba que «El Colegio de Periodistas ha organizado una fiesta sorpresa en su honor, en la que tampoco han faltado sus allegados y familiares». En la foto del artículo salían una señora mayor, un hombre y una mujer de unos cuarenta años y una niña de unos cinco. Los cuatro sonreían a cámara, y el pie de foto me indicó que aquellos eran «Conchita Marín, junto a su hijo Arturo Serrano, su nuera Francesca Puig y su nieta Martina». Me quedé contemplando la imagen durante un rato, mientras poco a poco una idea se iba formando en mi mente. Habían pasado diez años desde aquella foto, así que la niña pequeña que sonreía a cámara ahora tendría más o menos mi edad. Conchita no estaba metida en ninguna red social, pero apostaba todos mis ahorros ganados honradamente en cumpleaños y fiestas navideñas a que a la nieta sí que podría encontrarla.

En comparación, lo que hice a partir de ese momento fue pan

comido. Había cuatro Martinas Serrano en Instagram, pero por la miniatura de la foto de perfil solo una de ellas parecía tener más o menos mi edad. Además, su nombre de usuaria, martiiina_sp, sugería que su segundo apellido podía ser perfectamente Puig. Todo cuadraba; tenía que ser ella. Incluso a Sergio Mayo, el Sádico, le habrían parecido datos verosímiles, así que me puse manos a la obra y le envíe una solicitud para seguirla. Luego, le escribí el siguiente mensaje privado: «Hola, soy Daniel, el nieto de Marisa López. A mi abuela le gustaría mucho reencontrarse con la tuya, con Conchita. Si no me equivoco, eran amigas de pequeñas. He estado buscándola, pero no sé cómo contactar con ella y entonces he dado contigo. Ya me dirás qué te parece la idea». Releí el mensaje y, aun a riesgo de parecer un acosador psicópata, pulsé el botón de enviar. No había llegado hasta aquí para acobardarme en el último segundo.

Mientras esperaba a que Martina me respondiera, traté de fisgonear un poco en su cuenta, aunque la tenía privada y poco podía vislumbrar hasta que aceptara mi solicitud. Por lo que veía en la foto de perfil, tenía el pelo largo, castaño claro, y los ojos almendrados, mientras que su nariz era pequeña y pecosa. No podía cotillear mucho más, pero sí que constaté, por la pequeña descripción que había puesto, que su ciudad de residencia era la misma que la mía. Con un poco de suerte, su abuela también viviría por aquí, lo que simplificaría bastante las cosas.

Seguí observando la nariz pecosa de Martina durante muchísimo rato, hasta que me aburrí y me fui a jugar a la Play. Estaba a punto de marcar un gol contra Hugo cuando el móvil me vibró en el bolsillo y me desconcentré por completo. Era Martina. Leí su mensaje y Hugo aprovechó mi despiste y marcó dos goles antes de que finalizara el partido.

Apagué la Play y releí el mensaje con calma: «Hola, Daniel. La abuela me ha hablado muchas veces de su vieja amiga Marisa. ¡Me encanta la idea! Hagámoslo. Vamos a reunirlas de nuevo». Y por último había adjuntado una sonrisa amarilla.

Le envié otra sonrisa a través de la pantalla del móvil. En la vida real también estaba sonriendo.

Capítulo 11

El reencuentro

No sé quién estaba más nervioso, si la abuela o yo. Durante la última semana, me había quedado despierto varias noches hasta tarde chateando con Martina y ahora me moría de ganas de conocerla en persona, pero a la vez sentía pánico. Parecía una chica divertida, amable y lista, no como las de mi clase, que estaban todas en la edad del pavo. Me contó que su abuela vivía en un piso pequeño del extrarradio, que había sido reportera en el extranjero durante muchos años y que se casó tarde para la época, casi a los cuarenta. Tuvo un solo hijo, Arturo, el padre de Martina, su única nieta. Tras traer a su hijo al mundo había seguido viajando, pero con menor frecuencia, y se había centrado más en el periodismo cultural. Era viuda desde hacía cinco años.

Con el pretexto de planear el reencuentro de nuestras abuelas, también habíamos estado hablando sobre nosotros, así que ahora sabía que Martina tocaba el piano y que se había inscrito en un curso de francés durante todas las mañanas del mes de julio, porque le encantaban los idiomas. Era alérgica al marisco y hacía atletismo dos veces por semana. Le habría gustado tener hermanos; se sentía un poco sola en casa. Yo elegí contarle la mejor versión de mí mismo, así que obvié el tema de las recuperaciones y, en cambio, le hablé del alzhéimer de la abuela, de su lista y del plan que había trazado para que lograra cumplir todos sus propósitos. Le pareció, como había previsto, conmovedor. También le conté lo pelma que es mi hermana y le aseguré que era muy afortunada por ser hija única.

Y llegó el día. Nos habíamos citado en el centro comercial, a las cinco de la tarde. Fuera, en la calle, la temperatura era infernal,

pero dentro del recinto se estaba fresquito, con el aire acondicionado funcionando a toda pastilla. Habíamos quedado junto a la cafetería de la segunda planta para tomar un batido. Yo llevaba toda la semana recordándole a la abuela que iba a reencontrarse con Conchita Marín, con su amiga del alma, para que no se le olvidara, pero de todos modos parecía que no se lo terminaba de creer. Estaba muy callada mientras subíamos las escaleras mecánicas. A mí, pese al aire acondicionado, me sudaban las manos. ¿Cómo sería Martina al natural? Sabía que tenía que concentrarme en Conchita Marín, pero no podía evitar interesarme más por su nieta.

Cuando llegamos a la cafetería, en la segunda planta, ellas ya estaban allí. Las reconocí en el acto: una anciana menuda, de pelo blanco y corto, junto a una adolescente que le sacaba por lo menos media cabeza. La abuela me agarró del brazo con fuerza y nos acercamos a ellas. Traté de no mirar a Martina, no solo porque me daba vergüenza, sino porque aquel era el momento de la abuela, el reencuentro con el que llevaba tanto tiempo soñando, y no quería distraerme.

Se quedaron una enfrente de la otra, mirándose fijamente. Los ojos de Conchita eran pequeños y astutos. Brillaban. Los de la abuela eran grandes y enturbiados, como un mar tormentoso, pero en aquel momento también brillaron. Pasaron varios segundos en los que no se dijeron nada. Y entonces Conchita avanzó un paso y la abuela avanzó otro. Se cogieron de las manos y sonrieron. Un instante después, se fundieron en un largo abrazo.

Martina me asió de la manga y me susurró al oído:

—Vámonos. —El corazón me pegó un brinco en el pecho—. Así les dejamos un poco de intimidad para que hablen de sus cosas y se pongan al día.

Seguí a Martina por el centro comercial y nos sentamos en un banquito, en una posición muy estratégica: desde allí podíamos ver perfectamente a las dos ancianas a través de unos setos de plástico, pero estábamos suficientemente alejados como para no molestarlas.

—Mira, mi abuela está llorando —constató Martina,

espiándolas sin disimulo entre los setos—. Pero son lágrimas de felicidad, estoy convencida de ello. Y tu abuela se las está secando con un pañuelo. ¡Son adorables!

—Suerte que querías dejarles intimidad —le recordé.

Martina estaba tan pendiente de lo que ocurría en la cafetería que pude dedicar unos segundos a contemplarla sin que se diera cuenta. Iba con sandalias planas y aun así era un par de centímetros más alta que yo. El pelo liso le caía como una cortina sobre la espalda. Tenía todo el rostro lleno de pecas, no solo la nariz, y —eso no lo había visto en las fotos— llevaba aparatos en los dientes.

—¡Es fantástico, Daniel! —exclamó ella entonces, volviéndose hacia mí con alegría—. Desde que le conté a mi abuela que había hablado contigo y que querías organizar un reencuentro entre las dos, ha estado más feliz que nunca. Parece como si hubiera rejuvenecido diez años. No sé cómo agradecerte la idea que has tenido.

Me habría encantado responderle que me lo podía agradecer cenando conmigo una noche, pero eso solo funciona en las películas. En la vida real, sentía la boca tan seca que no podía decir nada, así que simplemente me encogí de hombros y le resté importancia, como si poner en contacto a viejos amigos que no se hablan desde hace más de medio siglo fuera una tarea que realizara de manera habitual, como lavarme los dientes o ir al súper a por agua.

—¡Mira! —Martina las estaba espiando de nuevo a través de los setos de plástico. Se movió un poco para dejarme sitio entre las hojas de color verde fluorescente—. Han pedido un batido, lo que significa que la cosa va bien. Seguro que el de mi abuela es de pistacho, le chifla.

No sabía qué contestar a eso tampoco, así que me volví a encoger de hombros, pero creo que Martina ni lo notó. Parecía como si de repente mi cerebro se hubiera declarado en huelga y hubiera perdido la capacidad de decir cosas inteligentes, con lo cual era mejor no decir nada.

—Mi abuela estaba muy nerviosa hoy, ¿sabes? Contentísima,

pero nerviosa. Y un poco asustada. Le conté lo del alzhéimer, ya sabes, para prevenirla, y le daba miedo que tu abuela no la reconociera, pero ya ves que no ha sido así. También le preocupaba que Marisa no quisiera perdonarla. Se ve que no estuvo presente en un momento muy importante para la vida de tu abuela, ¿lo sabías?

Asentí con la cabeza. Poco más podía hacer ahora que mi cerebro se había desconectado del resto del cuerpo.

—No se perdonará nunca no haber estado allí. Le había salido un trabajo muy bueno para promocionar el turismo en Egipto y no pudo regresar a tiempo para la boda. En aquel momento le pareció más importante escribir sobre las pirámides que acompañar a Marisa a la iglesia, pero es una losa que ha llevado sobre su espalda toda la vida. Se arrepiente muchísimo.

Era consciente de que Martina estaba llevando todo el peso de la conversación, que parecía más bien un monólogo, así que me esforcé por decir algo y convertirlo en un diálogo:

—Mi abuela también está muy arrepentida, porque fue ella quien dejó de escribir a tu abuela y quien rompió sus cartas —repuse con voz ronca.

Necesitaba beber algo y calmar los nervios. Martina pareció leerme la mente, porque de repente se puso en pie y me hizo una seña para que la siguiera.

—Venga, vamos a tomar algo; yo invito para agradecértelo. Podemos pedir un granizado en la misma cafetería que ellas, pero sentarnos en la mesa del fondo. ¿Cómo lo ves? Las espiaremos mejor que desde los setos y ni siquiera se darán cuenta.

La verdad era que espiar a nuestras abuelas a cuatro mesas de distancia, en la cafetería del centro comercial, no era el mejor plan que se me ocurría para hacer con Martina, pero menos da una piedra. Además, mi cerebro iba a la suya, así que lo único que pude hacer fue seguirla sin rechistar.

Durante todo el camino de vuelta a casa, la abuela estuvo supercallada. Se sentó en el asiento reservado del autobús y se

limitó a mirarse las manos durante todo el trayecto, sin mediar palabra conmigo, como si fuera un desconocido que, curiosamente, se bajara en la misma parada. En el centro comercial me había parecido que todo iba como la seda, pero realmente no sabía de qué habían hablado Conchita y ella. Tal vez la vida las había llevado por caminos tan distintos que aquel hilo que las conectaba se había roto para siempre. Tal vez no habían encontrado nada interesante que decirse. O tal vez las heridas del pasado eran demasiado profundas y, a la hora de la verdad, no habían logrado perdonarse la una a la otra.

Cuanto más lo pensaba, más nervioso me ponía, y me estaba empezando a corroer la ansiedad. ¿En qué estaría pensando la abuela, tan cabizbaja y enmudecida? ¿Y si estaba sobrepasada por todos los malos recuerdos de aquella época? ¿Había sido mala idea ponerla en contacto con su amiga de la infancia? ¿Seguirían enfadadas? ¿Me odiaba por haberle hecho revivir una experiencia dolorosa? Tal vez, a su edad, era mejor no remover ciertas cosas. ¿Y si Alexandra tenía razón? ¿Y si me había equivocado con todo el asunto de la lista?

Quería preguntarle cómo se sentía, pero no sabía ni por dónde empezar. Me daba demasiado miedo su respuesta.

Bajamos del autobús y la acompañé hasta su portal, situado una manzana más arriba. Al doblar la esquina trastabilló y tuvo que aferrarse a mi brazo para no caer. Últimamente el andar de la abuela era un tanto inseguro, como si temiera meter un pie en arenas movedizas en cualquier momento. Hubo un tiempo en que caminaba con firmeza y éramos Alexandra y yo quienes teníamos que agarrarnos a ella y esforzarnos por mantener el ritmo. Ahora, parecía como si la mínima ráfaga de viento pudiera llevársela por delante.

Finalmente, fue la abuela quien rompió el silencio cuando estábamos ya enfrente de su edificio:

—¿Quieres subir a por unos cereales?

Me acababa de tomar un granizado de limón y me sentía bastante lleno, pero cuando se trata de comida es muy difícil decir que no, y menos a la abuela, así que la seguí hacia el oscuro portal.

Llamamos al ascensor. Seguramente estaba en el ático, porque tardó muchísimo en bajar. La abuela seguía con aquella expresión meditabunda; ni siquiera me miraba, y el silencio empezaba a volverse atronador. Los segundos pasaban con una lentitud exasperante. Podía oír mi propia respiración. ¿Por qué no llegaba el ascensor de una vez?

No pude más.

—Abuela... ¿Cómo estás? Quiero decir... ¿E-estás bien? —balbuceé.

Por primera vez en toda la tarde, la abuela pareció reparar realmente en mí.

Abrió la boca para responder:

—Yo... —titubeó y volvió a quedarse en silencio.

—¿Ha sido una mala idea ver a Conchita? ¿Por eso estás tan callada? —pregunté con aprensión.

El ascensor llegó a la planta baja, pero ninguno de los dos entró.

—Nada de eso, Daniel —me contradijo ella, sorprendida—. Si estoy tan callada es porque tengo mucho que asimilar. Hacía toda una vida que Conchita y yo no nos veíamos y..., aun así, es como si no hubiera pasado el tiempo. Toda una vida. —Me sonrió con ternura—. Tengo mucho en lo que pensar, pero... No lo dudes, hoy me has hecho muy feliz. Me has ayudado a recuperar a mi mejor amiga. Pedirle perdón y saber que no está enfadada conmigo me ha quitado un gran peso de encima. —Le temblaba un poco la barbilla, probablemente por la emoción—. Me siento más afortunada que nunca.

Me di cuenta de que llevaba medio minuto conteniendo el aliento. Solté el aire, profundamente aliviado. La abuela todavía podía ser feliz. Todavía podían pasarle cosas buenas. Y estaba en mis manos, y en las de mi familia, que ocurrieran.

Volvió a aferrarse a mí para no perder el equilibrio y entramos juntos en el ascensor.

Capítulo 12

Joven otra vez

—Ya verás lo guapa que vas a quedar. Tú también, Cloe. Daniel, estate quieto y no te toques el tinte.

Estábamos en el baño de nuestros padres, que era más grande que el nuestro, y Alexandra acababa de aplicar una gruesa capa de tinte en el pelo blanco como la nieve de la abuela. Sorprendentemente, había decidido dejar al margen su intensa vida social para ayudar a la abuela en el tercer punto de la lista. Supongo que le daba envidia que me estuviera llevando todo el mérito de los acontecimientos más recientes. La historia de la reconciliación con Conchita había corrido como la pólvora durante los últimos días en nuestro círculo familiar. Pero, por otro lado, era normal que me llevase yo el reconocimiento, puesto que la idea era exclusivamente mía y, hasta ahora, Alexandra no había movido un solo dedo para ayudarme.

En la cena del otro día, no obstante, después de que les contara lo emotivo que había sido el reencuentro de las dos ancianas, y lo feliz que estaba la abuela, mi hermana pinchó un trozo de tomate con decisión y sentenció:

—El siguiente punto es «Sentirme joven de nuevo», ¿verdad? Déjamelo a mí.

—Pero...

—Me toca a mí. Tú podrás participar en la actividad, si quieres, pero la dirigiré yo.

—Daniel, deja que tu hermana te ayude con la lista, no seas egoísta —metió baza papá.

Increíble. Con todo lo que estaba haciendo *yo* por la abuela y encima me llamaban egoísta. Ya estaba Álex tergiversando las

cosas como siempre.

Pero, la verdad, todo sea dicho, era que no tenía ni idea de cómo cumplir el tercer deseo de la lista, así que la decisión de mi hermana de tomar las riendas me quitaba un gran peso de encima. Por supuesto, no se lo dije en ningún momento, y me mostré huraño durante todo el rato que pude, hasta que se me olvidó el mosqueo.

Y así era como la abuela, Cloe, Alexandra y yo habíamos llegado al baño de mis padres un par de días después. No estaba previsto que nuestra prima estuviera con nosotros, pero nos había tocado hacerle de canguro: los tíos ya no querían dejarla con la abuela a solas, por lo que pudiera pasar, así que tuvimos que incluirla en el plan. La pequeña, sintiendo que por primera vez formaba parte de algo con los primos mayores, estaba más contenta que nunca y no dejaba de dar saltitos a nuestro alrededor.

—Abu, no sé qué estilo se llevaba en tus tiempos mozos, pero te aseguro que después de pasar por el salón de maquillaje y peluquería de Alexandra parecerás la abuela más joven y enrollada de todo el barrio —le aseguró mi hermana, que había comprado una cesta llena de productos para la ocasión.

—Yo también quiero ser joven y enrollada —pidió Cloe con su vocecita de animalillo asustado.

Mi hermana se estaba viniendo arriba por momentos.

—¡Pues tú también pasarás por el salón de maquillaje y peluquería de Alexandra, no se hable más! —exclamó agitando un bote de laca con alegría.

—Y Daniel también tiene que pasar por el salón, ¿verdad? —Cloe se abrazó a mi pierna y nos comunicó que no pensaba separarse de mí hasta que le aseguráramos que yo también me pondría en manos de Álex.

Suspiré profundamente, pero mi hermana estaba tan exaltada que no reparó en mi cara de circunstancias.

—¡Por supuesto que sí! ¡Todos vamos a salir de aquí como nuevos!

Me preparé para una sesión de tortura mañanera a cargo de mi hermana, pero, para mi sorpresa, a los veinte minutos me

estaba divirtiendo como nunca. Alexandra había comprado tintes de fantasía de colores chillones, así como sombras de ojos oscuras y pintalabios espesos. Mi hermana nos aplicó los tintes que escogimos y, mientras esperábamos a que el color se agarrara a nuestros cabellos, comenzamos a maquillarnos los unos a los otros, como si fuéramos un grupo de rock. Me miré al espejo. Llevaba los ojos oscuros, una base blanquecina de maquillaje y los labios morados, casi negros. Nunca me había visto así y me hizo mucha gracia.

—Es brutal, Álex —me maravillé.

—¡Que no me llames así! —chilló ella de repente, recuperando su mal genio habitual.

Cloe le pidió a la abuela que le pintara unas mariposas en las mejillas con pintalabios rosa y, aunque su trazo tembloroso dejaba mucho que desear y el resultado final fue de interpretación dudosa, mi prima estaba muy contenta. Alexandra se esmeró en el rostro de la abuela: le disimuló las arrugas con un maquillaje cremoso y unos polvos sonrosados y luego le agrandó los ojos con el delineador. Finalizó su obra de arte pintándole los labios con carmín.

—Rojo pasión. Mi favorito —apuntó, haciéndose la entendida.

A continuación, nos aclaramos el cabello en la bañera, que se llenó de churretones de colores que bajaban por el sumidero y me hacían pensar en un arcoíris derritiéndose bajo el sol. Cloe y yo nos envolvimos el cabello en sendas toallas y Alexandra se dedicó en cuerpo y alma a secar y peinar a la abuela.

—Vas a estar fabulosa, ya lo verás.

Cuando por fin la plantó frente al espejo, la abuela abrió mucho los ojos y soltó un suspiro maravillado. Lo cierto era que no parecía ella. Su cabello, que por lo que yo sabía siempre había sido blanco, ahora era de un atrevido rojo chillón, como sus labios. No sé si parecía la abuela más joven y enrollada del barrio, pero lo que estaba claro era que su cabellera llamaría la atención a varias manzanas a la redonda. Me pregunté si ese extravagante tinte brillaría en la oscuridad.

—Guau.

Estaba sorprendido del talento de mi hermana.

—¡Qué guapa! Eres la mejor abu del mundo —exclamó Cloe, que se subió al regazo de la abuela y la abrazó.

—Y vosotros sois los mejores nietos —respondió ella, incapaz de apartar la mirada del espejo.

—El pintalabios te lo regalo —le comunicó mi hermana satisfecha—. Es el complemento perfecto para tu nuevo estilo.

Cuando mis padres volvieron a casa al mediodía, se encontraron con un reguero de productos de belleza, toallas sucias y peines que les condujo hasta la escena del crimen: el baño. Parecía un cuadro de Pollock. Había chorretones de tinte de colores por todas partes —no solo en las baldosas y en la bañera, sino también en el espejo— y polvos de sombras de ojos flotando en el aire.

Aunque no hacía falta ser Sherlock Holmes para averiguarlo, mi madre preguntó:

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

Pero lo que de verdad los alarmó fue nuestra imagen. La abuela, con su despampanante cabellera roja a juego con los labios; Alexandra y Cloe, con varios mechones morados repartidos por el pelo y el rostro pintarrajeado; y yo mismo, con las puntas verdes y el maquillaje oscuro de estrella del rock.

—Ya os estáis quitando estos potingues de encima ahora mismo —ordenó papá.

—Ni hablar —sentenciaron la abuela y Cloe a la vez. Ambas estaban encantadas con el cambio de estilismo.

—Alexandra... —Papá parecía a punto de echar fuego por la boca—. Nos tendrías que haber pedido permiso para hacer algo así.

—¿Por qué? —inquirió ella con desparpajo—. ¿Para que me dijerais que no? Mejor pedir perdón que permiso —añadió sabiamente.

A él no le pareció un consejo tan sabio como a mí.

—Vas a recoger tú solita todo el estropicio que has montado —gruñó—. Y ya hablaremos del castigo. Cuando tus tíos vean a Cloe con estas mechas van a montar un espectáculo, y no les faltará razón.

Mientras tanto, mamá se había acercado a la abuela y le había dado un beso en la mejilla, sonrosada por el maquillaje.

—Estás muy guapa —le dijo con voz dulce.

La abuela alzó la barbilla y ladeó un poco la cabeza para mirarse en el espejo desde otro ángulo.

—Pues pienso ir así todo el verano —respondió.

—¿Tú no estás enfadada, mamá? —preguntó Álex un tanto extrañada.

Normalmente nuestros padres se turnaban los diálogos en los enfados, pero aquel día papá estaba llevando el peso de la riña, mientras mamá se dedicaba a besar a la abuela y a mirarnos a todos con ojitos sonrientes. Ni siquiera había puesto el grito en el cielo por el estado en que se encontraba el baño.

—Hoy no hay nada que pueda enfadarme, cielo —repuso ella con voz soñadora, mientras acariciaba la cabeza púrpura de Cloe, que se le había aproximado para abrazarse a su pierna, como tenía por costumbre.

—¿Qué ocurre? —pregunté, muerto de curiosidad.

Nunca olvidaré ese momento. Seis personas metidas en un baño repleto de potingues y la sensación, que flotaba en el aire junto a los polvos y el olor a laca, de que las siguientes palabras iban a cambiar nuestro verano por completo.

—Venimos de la agencia de viajes. Ya tenemos los billetes. ¡Nos vamos a Japón!

Capítulo 13

Volando voy

El avión surcaba el cielo a una velocidad crucero de novecientos cinco quilómetros por hora por encima de las nubes, y mamá, papá, la abuela, mi hermana y yo íbamos en él. La emoción de estar volando había desaparecido en cuatro de nosotros más o menos a la altura de Polonia, antes de la escala de dos horas y media en Moscú. La abuela era la única que seguía maravillada y no dejaba de mirar por la ventanilla. Al resto, aquel periplo se nos comenzaba a hacer increíblemente incómodo. Me dolía el culo de estar sentado todo el rato en la misma posición; además, la mujer de delante había reclinado su asiento, con lo que ahora mis rodillas chocaban contra su respaldo y sentía que mi espacio vital se había reducido a la mínima expresión.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Alexandra, sentada a mi izquierda.

—Por Rusia.

—¿Aún? No te creo. Hace media hora también, cuando te he preguntado. Y hace una hora, lo mismo.

—Y dentro de una hora seguiremos en Rusia. Y dentro de dos, también.

Mi hermana resopló y yo resoplé. En la fila de detrás, mamá y papá resoplaron. La única que no resopló fue la abuela, incapaz de despegar la vista de la ventanilla. Era su primer vuelo y todo eso, pero, de todos modos, me parecía asombroso que todavía no se hubiera cansado de contemplar las nubes.

La verdad es que Rusia es enorme. En clase de Geografía nunca había sido muy consciente de ello. El profesor no te advierte de lo gigantesca que es y de lo aburrido que te sentirás si decides

cruzarla de cabo a rabo por el aire para llegar hasta el Pacífico. ¿Por qué en clase nunca te enseñan las cosas importantes? Todavía faltaban ocho horas para llegar a Japón y ya estaba hasta las narices de todo. No me apetecía ver más películas ni escuchar música. Percibía un molesto zumbido en los oídos y estaba empezando a sentir claustrofobia. Tampoco ayudaba estar sentado en el asiento del medio, con la abuela a un lado y mi hermana al otro. Necesitaba aire fresco, algo imposible de obtener en un avión a once mil seiscientos setenta y cinco metros de altura.

—Me ha parecido ver un bote de colacao en el bolso de Marisa cuando ha sacado el pasaporte —escuché que papá le comentaba a mamá en la fila de detrás.

Me volví en el asiento para interrumpir su conversación:

—Ya sabéis que es su bebida favorita, si no se toma un colacao cada tarde no es feliz. Y en Japón no hay de eso —añadí.

Papá se encogió de hombros y volvió a hojear la revista del avión.

Un leve ronquido a mi izquierda me indicó entonces que Álex se había quedado frita. Ella era quien más pegas le había puesto a este viaje. Primero llegaron las quejas: que cómo iba a estar tantos días alejada de sus amigas, que qué nos habíamos pensado... No entiendo por qué necesita verlas tanto, de verdad; Saray y Noelia son bastante odiosas. Luego fue el turno de las preguntas: ¿qué tal funcionaba la red wifi en Japón? Suponía que papá y mamá habían escogido los hoteles en función de la buena conectividad, ¿no? Y, por último, asomaron los ruegos: en su maleta no había suficiente espacio como para sobrevivir una semana; su querido y fantástico hermano seguro que le haría el favor de guardar la plancha para el pelo en la suya, ¿verdad que sí? Y estaba convencida de que en la de mamá, que es la mejor madre del mundo mundial, había espacio de sobra para las sandalias que se había comprado la semana pasada. Es que, a ver: ¿en qué estábamos pensando cuando decidimos irnos a la otra punta del mundo facturando tan solo un equipaje por persona?

Los ronquidos de mi hermana se intensificaron. Suspiré. Ojalá yo también pudiera dormir un poco para que pasara más rápido el

viaje, pero me sentía totalmente desvelado. Había perdido por completo la noción del tiempo y ya no sabía qué hora era ni en España, ni en Rusia, ni en Japón.

Me volví hacia la ventanilla para intentar determinar dónde quedaba la luz solar y darle alguna pista a mi cuerpo sobre si debería tener hambre o sueño, pero no podía ver nada porque la cabeza de la abuela tapaba por completo aquel pequeño y anhelado hueco. Me habría jugado cincuenta euros de los que me regala en Navidad a que le iba a coger tortícolis de tanto alargar el cuello.

En estas, la abuela se separó un instante de la ventanilla para hablarle a su bolso:

—¿Qué te parece Rusia, cariño? Somos como dos pájaros contemplando el horizonte desde el aire, ¿no crees?

En este punto, hace falta una aclaración, o tal vez dos. La primera: sí, a mí también me pareció una frase de lo más cursi. La segunda: no es que la abuela le tenga un especial apego al bolso y le llame cariño. De hecho, le estaba hablando a lo que había en el interior del bolso. O, debería decir, a *quien* había en el interior del bolso. Ya sabéis que había estado a punto de realizar el viaje a Japón con su marido, que murió en la famosa butaca de cuero marrón del salón, con los billetes en el bolsillo, listo para darle una agradable sorpresa a su mujer..., que al final se convirtió en una bastante funesta, me veo en la obligación de añadir. Así que la abuela había decidido unilateralmente que, si ella se iba a Japón, su marido debía viajar con ella. Yo lo había descubierto justo antes de entrar en el taxi que nos llevaría al aeropuerto, cuando le sujeté el bolso para que se metiera más fácilmente en el vehículo. Pesaba una barbaridad.

—¡Madre mía! ¿Qué llevas aquí dentro, abuela? ¿Un muerto?

La abuela me miró con suspicacia.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó de manera siniestra.

La miré como si se hubiera vuelto loca. De hecho, estaba totalmente convencido de que se había vuelto loca.

Ella bajó aún más la voz, para que no la oyeran los demás ocupantes del taxi.

—Llevo en el bolso las cenizas del abuelo. Las he metido en el bote de colacao que terminé el otro día. A mi marido le hace tanta ilusión como a mí conocer Japón —susurró—. Pero, chist, no se lo digas a nadie.

La abuela se llevó el dedo índice a los labios y yo hice el signo de cerrarme la boca con cremallera y luego tirar una llave imaginaria por la ventana.

—¿Qué cuchicheáis por ahí detrás? —preguntó mamá, mirándonos por el espejo retrovisor.

—Nada —respondimos ella y yo al unísono.

Contemplé el regazo de la abuela, donde reposaba el enorme bolso. La anciana estaba aferrada a él como si le fuera la vida en ello, con los nudillos blancos de tanto apretarlos. Meneé la cabeza y sonreí con disimulo.

Faltaba tan solo media hora para llegar a Tokio. Una de las azafatas vino a avisarnos de que quedaba poco para el aterrizaje y de que plegáramos las mesitas y colocáramos el asiento en posición vertical. Aunque lo decía en japonés, la mímica hace milagros. Le hicimos caso al instante, como buenos ciudadanos aéreos que somos, pero parecía que la azafata no se había quedado satisfecha del todo, porque permaneció junto a nosotros y volvió a soltar una retahíla de palabras que a mí se me antojaron inventadas.

Ahora señalaba el bolso de la abuela y a continuación hacía lo propio con el compartimento para guardar las maletas de mano. Volvió a señalar el bolso y volvió a señalar el compartimento. Y el ciclo se repitió una tercera vez.

—Abuela. —Le di un suave codazo para que prestara atención, porque seguía ensimismada mirando por la ventanilla—. Quiere que metas el bolso en el compartimento para maletas durante el aterrizaje.

La expresión de la abuela cambió de repente. Su rostro se volvió fiero y desencajado. Nunca la había visto tan iracunda como cuando empezó a gritar:

—Pero ¿¡qué se ha creído esta mujer!? ¡No pienso meter a mi

marido en ese compartimento oscuro! ¡Eso es maltrato!

Todo el mundo nos estaba mirando, tanto occidentales como orientales.

—Abuela, baja la voz —le pidió Alexandra, muerta de vergüenza.

—¡No pienso bajar la voz! ¡Que me oiga todo el avión! ¡Esa mujer quiere que meta a mi marido en el compartimento para maletas! ¡A MI MARIDO!

En el asiento de detrás, mamá y papá también estaban abochornados.

—Por favor, discúlpela —pidió mamá a la azafata japonesa, que no estaba entendiendo nada.

Mamá juntó ambas manos a la altura del pecho e hizo varias reverencias inclinando la cabeza, como había leído en la guía de viaje, mientras que papá optó por llevarse el dedo índice a la sien para así indicarle a la azafata y a toda nuestra audiencia que la abuela estaba como una regadera. Hay signos que son universales.

La azafata nos dio por perdidos y se alejó de allí frunciendo los labios en señal de desaprobación. Una vez pareció que el peligro había pasado, mamá sacó su cabeza por encima de nuestros asientos para supervisar la situación.

—Pero, bueno, ¿qué te ha dado? ¿Te encuentras bien? —le preguntó a la abuela—. ¡Menudo espectáculo!

La abuela se había olvidado por fin de la existencia de la ventanilla y ahora se agarraba con fuerza al bolso, murmurando insultos inaudibles con verdadero enfado.

—No os preocupéis, chicos. —Mamá intentó tranquilizarnos a Álex y a mí—. Las horas de vuelo la habrán dejado agotada. En cuanto descanse un poco estará como nueva y ya no dirá este tipo de tonterías ni se pensará que el bolso es su marido.

Puse los ojos en blanco.

—La abuela no piensa que el bolso sea su marido —la contradije.

—¿Cómo que no? Ya la has oído. ¿Por qué siempre niegas la realidad? —se quejó Alexandra.

Había llegado el momento de romper el pacto de silencio y

salir en defensa de la abuela. Puede que tuviera alzhéimer y que no estuviera del todo en sus cabales; eso lo aceptaba, pero en este caso en concreto tenía toda la razón.

—El abuelo está dentro del bolso —solté con resignación.

—¡¿Qué?! —exclamaron mis padres y mi hermana a la vez.

—Pues eso, que se ha traído las cenizas del abuelo para que no se perdiera el viaje a Japón. Era la ilusión de ambos —añadí, porque sentía que alguien tenía que defender la decisión de la abuela.

—¡Esto es increíble! —exclamó mamá. Luego, al ver que muchos de los pasajeros todavía nos miraban, bajó la voz y la convirtió en susurros frenéticos—. Increíble. Una urna funeraria no se pasa de contrabando, así como así. Se tiene que declarar, tendríamos que haber rellenado papeles, informar a la compañía...

—No se ha traído la urna funeraria —la contradije—. Ha metido las cenizas en el bote de colacao que papá ha visto antes.

—¡Santo cielo!

Cuando mamá clamaba al cielo, me esperaba una buena bronca.

—Nos deberías haber avisado, Daniel. Es un asunto muy serio —la secundó papá.

—Te dije que no lo contaras —siseó la abuela con irritación, cada vez más aferrada al bolso.

—¿Qué hacemos? —le preguntó mamá a papá. Se le estaba poniendo la tez amarillenta por momentos—. ¿Lo declaramos al llegar al aeropuerto? No sé cómo se lo tomarán las autoridades de aquí, tal vez no les importa. Pero ¿y si nos hacen regresar a España? ¿Y si nos multan? ¿Y si nos vetan la entrada al país?

—Paso de que nos deporten ahora —avisó Alexandra frunciendo el ceño—. Y menos sin que nos dé tiempo de pasar por el hotel y darnos una ducha. Algunos la necesitan con urgencia. —Me lanzó una mirada recriminatoria para que entendiera que era mi caso.

Papá suspiró y se frotó la sien durante unos instantes. A continuación, se rascó una oreja y se encogió de hombros.

—Mirad, ¿verdad que la mayoría de nosotros hemos estado

unas trece horas de vuelo sin saberlo? Pues voto porque sigamos en la inopia un rato más. Si nos pillan en los controles, diremos que no sabíamos nada.

Mi madre asintió con la cabeza, no del todo convencida, se hundió en el incómodo asiento y cerró los ojos, tratando de serenarse. Papá esbozó una sonrisa satisfecha y volvió a su libro. Asunto resuelto. En mi fila de asientos, Álex puso de nuevo en marcha la película que estaba viendo antes de que la molestaran con pequeños dramas familiares, y la abuela giró el cuello para volver a mirar por la ventanilla, no fuera que el paisaje hubiera cambiado de repente; eso sí, sin desasirse del bolso.

Veinte minutos más tarde, las ruedas del avión entraron en contacto con el suelo nipón. Lo habíamos logrado. Estábamos en Tokio.

—Abuela, supongo que, además de al abuelo, también llevas la lista dentro de tu enorme bolso, ¿verdad? Porque ya podemos tachar el cuarto punto que escribiste: «Volar». Y te aseguro que esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 14

Peinanubes

Nunca, en toda mi vida, me había sentido tan hecho polvo como en aquel momento: recién llegados al hotel de diminutas habitaciones en el barrio de Asakusabashi, tras catorce horas de vuelo, una escala de dos horas y media en Moscú, y un tren y un metro para llegar al centro de Tokio. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir, tenía la espalda completamente agarrotada por culpa del rígido asiento de clase turista del avión, y encima me sentía un poco mareado, como si mi cuerpo ya no estuviera acostumbrado a caminar sobre la superficie terrestre. Aunque en España eran las dos de la tarde, aquí, en el país del sol naciente, eran ya las nueve de la noche, una hora que nos pareció muy aceptable para retirarnos con dignidad. No nos sentíamos con fuerzas para buscar un lugar para cenar; ni siquiera para dar una vuelta a la manzana. La experiencia del trayecto en tren, embutidos entre las maletas y las hordas de pasajeros que no dejaban de subir al vagón, nos había parecido más que suficiente para tomar contacto con la capital nipona. Necesitábamos descansar. Seguro que Tokio también estaría allí al día siguiente.

Mamá y papá dormían con la abuela, así que, como de costumbre, me tocaba compartir habitación con Alexandra. En circunstancias normales habría protestado, pero estaba tan cansado que ni siquiera me importó que su maleta enorme no cupiera dentro de la minúscula habitación y la colocara encima de mi cama. Simplemente, me hice un ovillo a su lado y caí rendido en un sueño profundo y reparador.

A las cuatro de la mañana abrí los ojos completamente. Había dormido unas siete horas —para mí son pocas, para qué negarlo—,

pero sentía que ya no tenía más sueño. Y me rugían las tripas del hambre. En España ahora eran las diez de la noche, pero yo ya había dormido del tirón y estaba despierto y listo para desayunar. ¡Menudo lío!

En la cama de al lado, Alexandra tecleaba furiosa en su móvil.

—¿Qué haces? —pregunté.

—El maldito wifi del hotel no funciona —susurró furibunda —. Hace dos horas que estoy despierta y no hay nada más que hacer.

—No me extraña que no puedas dormir, con lo que has roncado en el avión...

Permanecimos un rato en silencio —creo que mi hermana estaba enfadada conmigo y había decidido dejar de hablarme—, y al final caí en una especie de duermevela. Me iba despertando cada pocos minutos para consultar la hora en el móvil, pero parecía como si el tiempo no avanzara, lo que me hizo pensar en los relojes derretidos de los cuadros de Dalí, que siempre me han causado mucha impresión. Ahora creía entender el significado de aquellos lienzos. Seguro que Dalí también había pasado por una experiencia similar a la mía, con *jet lag* incluido. Acabé soñando que mi móvil se derretía y era incapaz de leer en la pantalla qué hora era. Me desperté muy angustiado, aunque no habría sabido decir por qué.

Por fin, a eso de las seis de la mañana, llamaron a nuestro cuarto.

—¿A quién le apetece comenzar el día temprano? —preguntó mamá asomando la cabeza por la rendija de la puerta.

Por primera y probablemente última vez en nuestras vidas, mi hermana y yo nos levantamos de la cama de un salto, sin rechistar. ¿A qué estábamos esperando?

—Estamos en Shinjuku, la estación de tren más transitada del mundo. —Mamá acababa de descubrir su verdadera vocación: ser guía turística, y nosotros estábamos pagando las consecuencias de este tardío descubrimiento—. Cada día pasan por aquí más de tres millones y medio de pasajeros; ¿os lo podéis creer? Lo que no sé es

cómo lograremos orientarnos por estos pasillos..., la estación tiene doscientas salidas, así que será difícil encontrar la que nos toca.

Aquel lugar era increíble, estuviera o no escrito en la guía que había leído mi madre en el avión. Había tantísima gente caminando ajetreada en todas direcciones, y cada cual parecía tener tan claro adónde iba, que el pequeño grupito formado por mi familia destacaba en medio de la estación, vestidos con ropa cómoda de turista, observando a nuestro alrededor con los ojos muy abiertos y sin atrevernos a dar un paso en falso.

Papá consultó su móvil y de repente dio un saltito de alegría.

—¡Sí! Google Maps me dice por cuál de las doscientas bocas debemos salir. ¡En marcha!

Para mi hermana, en aquella situación, cualquier pequeño alarde digital era una ofensa a su persona:

—Me parece sencillamente abusivo que tú y mamá os hayáis comprado una tarjeta sim con datos en el móvil, y a Daniel y a mí nos hayáis dejado sin internet. Deberíamos denunciaros ante el Defensor del Menor.

—Tu madre y yo tenemos que estar conectados para buscar direcciones, hablar con los hoteles y gestionar las reservas, pero tú no necesitas internet para nada. Usa el wifi del hotel para hablar con el Defensor del Menor cuando regresemos por la noche —bromeó papá.

—¡El wifi del hotel no funciona!

—Pues reza para tener más suerte en el siguiente hotel.

—¡No me lo puedo creer! —gritó enfadada mi hermana.

Lo que yo no me podía creer era que, a sus dieciséis años, estuviera montando ese numerito. En Japón, todo el mundo iba en silencio para no molestar a los demás, y nosotros estábamos dando la nota de mala manera. Os aseguro que una manada de elefantes habría sido más discreta. Por lo menos, estábamos en un país extranjero y nadie nos conocía.

—Daniel, apóyame —me pidió Álex entonces.

—A mí déjame en paz.

Yo prefería andar en silencio por la estación, como un japonés cualquiera, y fijarme en todo lo que había a mi alrededor. Descubrí

que no haría falta salir en ningún momento de la concurrida estación para tener una vida plena y satisfactoria: a lo largo de aquel enorme e infinito pasillo subterráneo había cafeterías, restaurantes, tiendas... ¡Incluso las entradas a un centro comercial, a diversas oficinas y a una universidad! Los estudiantes, ataviados con mochilas y carpetas, entraban directamente desde el subsuelo al centro de estudios, sin necesidad de tener que pisar el exterior ni de ver la luz del sol. Me imaginé viviendo para siempre en aquel paraíso subterráneo para vagos. La idea era apetecible; aunque mi piel se acabara volviendo blanquecina como la de un vampiro, podía valer la pena la ausencia de vitamina D.

Le conté a la abuela la gran idea que había tenido.

—¡Qué barbaridad! —exclamó ella meneando la cabeza—. Con lo bonito que es caminar al aire libre, no sé por qué los japoneses quieren tener acceso directo a los sitios desde los pasillos de la estación.

—Así llegan antes a todas partes y no pierden el tiempo —repliqué yo, cada vez más fan del práctico estilo de vida nipón.

—¿Y para qué quieres llegar antes a un lugar si no disfrutas del recorrido? —inquirió la abuela—. ¿Qué haces con el tiempo que dices que has ganado?

No supe qué contestar. ¿Trabajar más horas, estudiar más, comprar más ropa? Por suerte, papá me salvó de tener que dar una respuesta excesivamente capitalista:

—¡Salimos ya a la calle, chicos! —exclamó sin apartar la vista de Google Maps. Se había perdido todo el camino por el subsuelo, ensimismado como estaba con las indicaciones del móvil, pero parecía satisfecho.

—Eh, soy yo quien hace de guía aquí —se quejó mamá, mosqueada por que los conocimientos sobre el mundo nipón que había adquirido a lo largo de catorce horas de vuelo hubieran quedado desplazados de un plumazo por el *smartphone* de papá—. ¡Chicos, salimos a la calle ya!

La impresión que sentimos al emerger de las profundidades de la tierra debió de ser similar a la de los habitantes de la caverna de Platón al salir de la oscuridad y ver el mundo por primera vez. Los

infinitos pasillos de la estación estaban bien, y seguro que, como le había contado a la abuela, me podría haber muerto de viejo a los noventa años sin necesidad de salir de Shinjuku y sin volver a ver la luz del sol. Me habría podido graduar en la universidad, habría trabajado en una oficina con entrada subterránea, me habría comprado la ropa en las tiendas de la estación y habría podido cenar cada noche, durante el resto de mi vida, en un restaurante distinto. Pero en el exterior, al aire libre, el día era claro y azul, el sol brillaba y los rascacielos nos daban la bienvenida a la increíble Tokio.

Papá trataba de orientarse con el móvil por la calle. Todavía no había alzado la vista ni se había dado cuenta de la impresionante arquitectura que nos rodeaba, y mamá supo aprovechar aquel momento para volver a hacerse con el título de guía turística de la familia:

—Ese de ahí es el edificio del gobierno metropolitano, es decir, el Ayuntamiento. En la planta cuarenta y cinco hay un observatorio con unas vistas de las que quitan el hipo. ¿Preparados?

No sé si las vistas del observatorio quitaban el hipo, pero tal vez podrían resucitar a un muerto de la impresión. O eso debió de pensar la abuela, puesto que sacó el bote de colacao del bolso y depositó al abuelo en una tarima con vistas panorámicas.

—¿Te gusta, Jaime? —le preguntó—. ¿Es tal como te lo imaginabas?

—¿Lo has llevado en el bolso durante toda la mañana? —me extrañé.

—Pues claro. Tu abuelo irá donde vayamos los demás, no lo voy a dejar solito en el hotel.

Asentí con la cabeza. Al fin y al cabo, tenía su lógica; de otro modo, las cenizas habrían viajado en vano.

Nos quedamos un rato en silencio, extasiados ante aquel horizonte de asfalto, ladrillo y metal. Parecía como si cada edificio compitiera con el de al lado para llegar un poco más arriba y ser

un poco más vistoso.

—Ahora ya sé por qué se llaman rascacielos —me comunicó la abuela—. Aunque también podrían llamarse peinanubes o pinchapájaros, ¿no crees?

Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué contestar. Todavía estaba bajo los efectos del *jet lag*, por lo que no me sentía mentalmente en forma como para inventar nuevas palabras. Lo que deseaba en aquel momento era otra perspectiva para hacer fotos, así que me alejé de allí en busca de un ventanal que no estuviera a contraluz y dejé a la abuela —y al abuelo— contemplando la ciudad desde lo más alto.

A la hora de comer nos dimos un atracón de *gyozas* en un oscuro local, y por la tarde visitamos el templo de Senso-ji en Asakusa y fuimos al parque Ueno, que es tan grande que no te lo acabarías ni aunque te quedaras a acampar allí. Estábamos agotados y hacía mucho calor, una situación que mi hermana aprovechó con habilidad para conducirnos hasta un Starbucks que había en el parque. La seguimos sin rechistar, pedimos varios *frappuccinos* y nos dejamos caer en las sillas completamente reventados.

—¡Sí! ¡El wifi funciona! —exclamó con alegría tras hacerse con la clave.

Alexandra bajó la cabeza hacia el móvil y ya no la volvió a levantar durante todo el rato en que estuvimos allí.

Por mi parte, yo estaba ocupado dando largos tragos a mi *frappuccino* de chocolate, que estaba prácticamente congelado. Tras un sorbo punzante, en el que el frío me provocó un dolor agudo en las sienes, deposité el vaso de plástico en la mesa y constaté que mamá y papá me estaban mirando con suspicacia, quién sabe desde hacía cuánto.

—Supongo que habrás empezado el cuaderno de verano que te encargó tu profesor... —comenzó papa.

—... porque lo cierto es que no te hemos visto hacer los deberes en todo este tiempo —prosiguió mi madre.

Tocaba armarse de paciencia. Cuando hacen lo de terminar

las frases del otro, significa que han hablado del tema en privado y se disponen a pegarme un buen sermón.

—Venga ya —protesté tras carraspear ligeramente. Me jugaba mucho en mi siguiente discurso—. ¿No os dais cuenta de que no puedo escribir la redacción que me encargó el Sádico si no tengo vivencias que contar? Ahora estoy..., ¿cómo lo diría?, creando recuerdos. Cuando los tenga todos apilados, comenzaré a escribir. Además, no me habréis pagado un viaje a la otra punta del globo terrestre para que me quede encerrado en el hotel haciendo los deberes, ¿no?

La abuela aplaudió mi perorata con vehemencia, e incluso a mamá y papá se les escapó una pequeña sonrisa.

—Dedícate a recopilar todos los recuerdos que quieras durante esta semana —me concedió papá—, pero en cuanto volvamos a casa te vas a poner en serio con los deberes.

Me encogí de hombros y apuré el *frappuccino* de un trago, aun a riesgo de que se me congelara el cerebro.

Al atardecer nos desplazamos hasta el famoso cruce de Shibuya, un demencial paso de cebra de múltiples ramificaciones que, según nos contó mamá, pueden cruzar a la vez unas tres mil personas. La abuela se agobió muchísimo al cruzarlo y se aferró al bolso con nerviosismo.

—¿A ti qué te parece? —le preguntó insegura al abuelo.

Y entonces fue cuando descubrió que el abuelo no estaba en el bolso. El bote de colacao había desaparecido, con toda probabilidad, olvidado en alguna parte.

Puede que montar un gabinete de crisis en medio del cruce más transitado del mundo no sea lo más inteligente, pero no quedaba otra. A la abuela estaba a punto de darle un ataque de ansiedad al pensar que las cenizas estaban perdidas en la ciudad más grande del planeta.

—¡Mi marido! ¡Mi marido! —exclamaba, con la mirada desencajada.

—Mamá, no te preocupes, lo encontraremos —la tranquilizó

mi madre.

Todos abrazamos a la abuela. A nuestro alrededor, los peatones caminaban de un lado para el otro, funcionando perfectamente en el engranaje del tiempo, como si fueran robots. No entendía hacia dónde se dirigía tanta gente ni por qué parecía que todo el mundo tuviera prisa. Yo también me estaba empezando a agobiar.

—A ver, ¿dónde hemos visto el bote de colacao…, es decir, al abuelo, por última vez? —pregunté.

Nadie lo recordaba.

—Pues tocará desandar lo andado y repetir todos nuestros pasos.

Cinco profundos suspiros sonaron al unísono en medio de Shibuya y se diluyeron en la ciudad ruidosa.

Por si os lo preguntabais, repetir atracciones turísticas en las que ya has estado ese mismo día no tiene ni pizca de gracia. Puede que la primera vez que las vieras te quitaran el aliento y te maravillaran por completo, y que incluso pensaras que querrías regresar a ese mismo lugar alguna otra vez en la vida… Pero si esa segunda vez se produce cinco horas más tarde, el efecto reencuentro pierde toda su magia y lo único que puedes sentir es indiferencia. O, mejor dicho, un odio repentino hacia esos parques tan enormes, esos templos tan antiguos y esos rascacielos tan altos.

Encontramos al abuelo en la planta cuarenta y cinco del observatorio, en el rascacielos del Ayuntamiento de Tokio. Fue el último de los sitios a los que fuimos esa noche, cuando ya estaban a punto de cerrar. El bote de colacao, cual urna funeraria, descansaba en la repisa en la que la abuela lo había dejado para que admirara las vistas; por suerte, aún no había pasado por allí la brigada de limpieza.

—Lo siento, Jaime —suspiró mientras se lo guardaba en el bolso de nuevo—. Por lo menos habrás podido contemplar un precioso atardecer desde este peinanubes tan alto.

—¡Y no te dolerán los pies como a nosotros! —no pude evitar

añadir.

En aquel instante decidí que no pensaba quitarle el ojo de encima al bolso de la abuela durante lo que quedaba de viaje.

Capítulo 15

El futuro en una taza de té

Nuestra estancia en Tokio había estado marcada por el *jet lag* de principio a fin. Cada noche, a las cuatro en punto de la madrugada (once de la mañana en España), me despertaba de golpe, como si alguien me acabara de tirar un jarrón de agua fría a la cabeza, y ya no había manera de volver a dormirme. Permanecía en la cama, con la mirada perdida en el techo, escuchando a mi hermana refunfuñar mientras trataba de conectarse al wifi del hotel sin éxito.

Por fin, la noche anterior, había conseguido dormir del tirón, sin despertarme a las cuatro de la madrugada. Seguía durmiendo cuando dieron las cinco, y las seis, y las siete. Y seguía durmiendo pasadas las ocho y media, cuando mamá llamó con insistencia a nuestra habitación. Le abrí la puerta muerto de sueño, pero las palabras que dijo a continuación me espabilaron de golpe:

—¡Nos hemos dormido! ¡Vamos a perder el tren bala!

Los siguientes minutos se produjeron en la más absoluta confusión. Cerrar la maleta, volverla a abrir para meter el neceser, lloriqueos de Alexandra por no tener tiempo de alisarse el cabello... De hecho, ahora mismo, caminando por la estación, parecíamos unos despojos humanos, despeinados y con ojeras. Miré hacia abajo y me di cuenta de que todavía llevaba puesta la parte de arriba del pijama.

—¡No me puedo creer que nos hayamos dormido! —se lamentó mamá de nuevo.

Caminábamos todo lo deprisa que podíamos por la estación, arrastrando las maletas, pero cada pocos metros teníamos que hacer un alto en el camino, porque la abuela se quedaba rezagada.

—Deja que te lleve el bolso, abuela —me ofrecí.

Papá acarreaba con su maleta, pero era evidente que, en ese momento, mientras tratábamos de llegar a tiempo al tren bala que nos llevaría a Kioto, el peso del bolso de la abuela, con las cenizas del abuelo dentro, era demasiado para ella.

—Puedo yo sola —respondió agarrándolo todavía con más fuerza.

La abuela era demasiado orgullosa como para dejarse ayudar.

Consulté la hora en mi teléfono y me acerqué a mamá.

—Faltan tan solo tres minutos para que salga el tren y la abuela no puede más. No llegaremos a tiempo.

Mamá, que hasta entonces miraba al frente como si fuera una atleta concentrada en ganar su tercera maratón, pegó un respingo al oír mis palabras y volvió la cabeza para mirar a la abuela, que trataba de seguirle el ritmo arrastrando los pies y con la espalda encorvada.

Al final del pasillo, se vislumbraba ya nuestro andén.

—Dos minutos —anuncié.

Al ritmo de la abuela, tardaríamos por lo menos cinco minutos en llegar hasta allí. Estábamos demasiado lejos.

Mamá echó un vistazo al reloj y suspiró. Luego la vi forzar una sonrisa y encogerse de hombros antes de comentar, en un tono despreocupado, que no le vendría mal un café para empezar el día con buen pie, que a mano derecha había la típica cafetería de estación donde podríamos reposar un rato.

—¿Te ocupas de comprar nuevos billetes para Kioto mientras la abuela descansa? —le preguntó en un murmullo a papá. Y, a continuación, proclamó en voz alta lo mucho que le apetecía un buen desayuno.

—No estaría nada mal parar un rato, la verdad... —coincidió la abuela jadeando.

Dicen que hay trenes que solo pasan una vez en la vida. No era el caso de nuestro Tokio-Kioto, que partía el 4 de agosto a las 9.25 h. Lo perdimos, ¿y qué? Cogeríamos otro. Lo importante es que la

abuela pudo recuperar el aliento acomodada en una silla mullida de la cafetería, sin sentir que era una carga para el resto. Alexandra aprovechó para hacer una selección de sus mejores selfis y mamá pidió zumos y sándwiches para todos y un café bien largo para ella. Luego se dejó caer en la silla, a mi lado, y me sonrió, indicándome que todo estaba bien. Tocaba adaptarse.

Nada de lo que hicimos en Kioto estaba previsto que pasara así. Para empezar, llegamos varias horas más tarde de lo planeado. Habíamos perdido la reserva para la ceremonia del té, que concertamos con dos semanas de antelación, y la empresa ya no tenía más horas disponibles, pero no importaba. Encontraríamos la manera de solucionarlo, como todo lo demás. Estábamos exhaustos y con las emociones a flor de piel, pero queríamos aprovechar al máximo el final de la aventura nipona.

Nada más llegar a Kioto, muertos de hambre y cargados con el equipaje, instados por nuestra guía turística, también conocida como mamá, subimos a la décima planta de la estación.

—¡Qué pasada! —La exclamación me salió del alma.

Los japoneses, cuando deciden que les gusta algo, ponen en ello todo su empeño. Y, con lo que les gusta el *ramen*, habían dedicado toda una planta de la estación a este delicioso y humeante manjar. Allí donde mirábamos solo veíamos restaurantes de *ramen*.

—Con lo que me apetecía una buena tempura... —bromeó papá.

Hicimos cola en uno de los restaurantes y al cabo de poco rato ya estábamos frente a nuestros boles de caldo, sudando la gota gorda. Era un día particularmente caluroso y habría preferido un helado a un consistente caldo navideño, pero estábamos haciendo el guiri y no podíamos irnos de Kioto sin haber degustado un *ramen*.

Los japoneses sorben los fideos para demostrar lo mucho que les está gustando la comida, se considera de buena educación, así que Alexandra y yo nos pusimos a imitarlos ante la desaprobación

de nuestros padres.

—¡No seáis maleducados! —se quejó mamá.

—Al contrario —la contradije yo—. Estamos siendo muy educados. Aquí lo que está mal visto es no sorber, y lo sabes de sobra, porque lo pone en tu famosa guía de viaje.

—A donde fueres haz lo que vieres —me secundó mi hermana. Siempre es un buen momento para un refrán si te da la razón.

A la abuela le pareció muy graciosa nuestra manera de comer el *ramen* y comenzó a sorber los fideos como nosotros.

—Pero, bueno, ¿tú también? —se quejó mi madre.

Y entonces oyó un ruido delator a su derecha. Papá se acababa de unir a nuestro folclórico concierto en clave de fideo.

—No me lo puedo creer. Como si fuerais críos. —Mamá se llevó ambas manos al rostro con dramatismo—. Todos estos años educándoos para que sepáis comportaros en sociedad y acabáis así...

—Venga, mamá, anímate —la retamos Álex y yo.

Sin que sirviera de precedente, por primera y última vez en su vida, mamá miró a ambos lados del local y sorbió la sopa con disimulo.

—¡Lo he grabado! —exclamó papá eufórico con el móvil en la mano—. La podemos chantajear con colgarlo en las redes durante el resto del viaje si no hace lo que queremos.

—¡Borra eso! —exclamó mamá riendo sin parar.

Pero papá guardó el móvil lejos de su alcance, convencido de que ese material valía oro.

Se nos saltaban las lágrimas de la risa, y de lo caliente que estaba el *ramen*, mientras seguíamos sorbiendo los fideos. Estábamos llamando la atención de los demás clientes, que comían, como de costumbre, solos y en silencio, pero no importaba.

A primera hora de la tarde fuimos a Fushimi Inari, un santuario dedicado a la diosa del arroz. Estaba lleno de puertas rojas, llamadas *torii*, que dibujaban un precioso sendero mágico colina

arriba. Según mamá, en todo el monte había más de diez mil puertas rojas, que las familias niponas habían ido tallando y colocando en el santuario a lo largo de los años para tener buena suerte. Y yo esperaba que a nosotros nos diera buena suerte atravesarlas. Lo deseaba con todas mis fuerzas, más que cualquier otra cosa. La necesitábamos.

Pasear por la colina y cruzar todas aquellas puertas fue sin duda mi momento favorito del viaje. Caminábamos sin prisa ni un destino aparente, contemplando las puertas de madera a nuestro paso y disfrutando del recorrido. Cada puerta que cruzaba se me antojaba un episodio de mi vida que dejaba atrás. Pero no importaba, porque entonces dirigía la vista hacia delante y había centenares de puertas más por cruzar, miles, incluso. Era vertiginoso pensar en el futuro como en puertas que se yerguen a lo largo del camino. Había tantas que pensarlo mareaba un poco. Y quería atravesarlas todas, pero todavía no. Ya habría tiempo para ello, con calma.

Miré a la abuela, que caminaba a mi lado. A ella ya no le quedaban tantas puertas como a mí. Ella ya había recorrido casi toda la colina. Yo aún subía por el monte, pero ella ya estaba descendiendo. Y, como le quedaban apenas unas pocas puertas por cruzar, se esforzaba en volver la vista atrás para contemplar las puertas por las que ya había pasado. Nunca lo había visto de un modo tan claro como entonces.

—Daniel —me confesó en voz baja, para que no la oyeran los demás—, cada vez hay más cosas que no recuerdo y siento que dejo de ser quien era...

Titubeó unos instantes antes de añadir:

—Estoy asustada.

Apreté la mano de la abuela, profundamente impresionado. Ella siempre se había mostrado fuerte en mi presencia. Jamás me había confesado algo así. De hecho, pocas semanas antes, me había dicho que a su edad ya no tenía miedo de nada. Pero las cosas estaban cambiando y la abuela, como si caminara por una cuerda floja, estaba perdiendo el equilibrio. Y tenía vértigo.

Tal vez fue por el lugar en el que estábamos, que parecía una

metáfora de nuestras vidas, no lo sé. El caso es que la abuela y yo, esa tarde en Fushimi Inari, pudimos leer el alma del otro como si fuera un libro abierto.

—Yo también tengo miedo, abuela —reconocí—. Mucho. Pero a la vez me siento afortunado, porque sé que pasaremos por esto juntos. No estás sola y yo tampoco. Y entonces el miedo se va, porque el amor es más fuerte.

En esta ocasión fue la abuela quien me apretó la mano.

—Gracias, cielo. Yo también me siento afortunada. Y ahora que me has recordado que el amor es más fuerte que el miedo, ya no estoy tan asustada.

No sé si lo dijo en serio, pero quiero pensar que sí.

Habíamos vuelto al hotel para descansar un rato, menos papá, que se sentía muy activo y salió a dar una vuelta por el barrio él solo. Alexandra estaba contentísima porque al fin estábamos en un hotel que tenía un buen wifi. Os juro que no la había visto tan feliz nunca. Enseguida se puso a mandar audios como loca a Saray y a Noelia. Meneé la cabeza con resignación. Cada cual tiene su cruz en la vida, y en mi caso la cruz es Alexandra.

Conecté el wifi con desgana y, al cabo de unos instantes, recibí varias notificaciones. Entre ellas había un mensaje de Martina, que me preguntaba cómo iba todo por Japón y si ya habíamos llegado a Kioto. Acompañaba la pregunta con una sonrisa amarilla, como de costumbre. El estómago me dio un vuelco y sospeché que el atracón de sushi que me había pegado una hora antes no me había sentado del todo bien. O puede que fuera otra cosa.

En estas, papá llegó jadeante.

—¡He encontrado el sitio perfecto!

Álex y yo lo miramos sin entender nada.

—¿El sitio perfecto para qué?

—Seguidme y lo sabréis.

La decoración del local era simple y austera. Nos sentamos sobre unos cojines en el suelo, con las piernas cruzadas, alrededor de una mesa baja. Las rodillas de la abuela crujieron notablemente y pensé que iba a ser muy difícil ayudarla a levantarse después. Una camarera nos sirvió té *matcha* en cuencos de cerámica. Las cenizas del abuelo presidían la ceremonia...

... que no dejaba de ser una merienda cualquiera en Kioto. No teníamos ni idea de qué rituales deberíamos hacer o de qué se tenía que decir en una ceremonia del té, pero decidimos inventárnoslo y crear nuestras propias normas. Así, para nosotros, aquel té tendría todo el sentido del mundo.

Brindamos varias veces alzando nuestros cuencos de cerámica. Por la abuela, la mujer más valiente y aventurera del mundo. Por el maravilloso y disparatado viaje familiar, que nos había unido como nunca. Por el té *matcha*, que no estaba tan bueno como pensábamos: la abuela apuntó que prefería el café con leche de toda la vida y Alexandra contestó que ya lo podría haber descubierto antes de hacernos recorrer medio mundo para realizar una ceremonia del té. También brindamos por la lista. La abuela la sacó del bolso, un tanto arrugada, y al tachar el sexto punto se manchó un poco de té. Luego, cuando la volvió a guardar, alzó su cuenco y propuso un nuevo brindis:

—Por mi familia. —Nos sonrió con la boca, pero también con los ojos. Su mirada, en ese momento, no estaba enturbiada por las telarañas del pasado—. Sois mi futuro. Y esto no hay enfermedad que me lo arrebate.

Capítulo 16

Los días buenos

Después de tantos días durmiendo en habitaciones de hotel, por fin estaba recostado en mi cama y miraba por la ventana un paisaje de ciudad que me resultaba muy familiar. Mi ciudad, mi paisaje, mi cama, mi ventana. Mi zona de confort. Suspiré. Tal vez era por el *jet lag*, o tal vez no, pero sentía como si la semana que habíamos pasado en Japón no fuera más que un disparatado sueño envuelto en brumas. Los rascacielos, el pescado crudo, el *ramen* humeante, las gigantescas estaciones de metro, las minihabitaciones de hotel, el desasosiego al perder las cenizas del abuelo, nuestra particular ceremonia del té... El último día en Osaka, comprando *souvenirs* para todo el mundo, se me había pasado tan rápido como un suspiro. Con los yenes para emergencias que me prestaron mis padres, había comprado unos mini kit-kats de té verde para Martina, porque le encantan los dulces, pero no sabía si me atrevería a dárselos. Y luego, de repente, estábamos metidos en el avión y la abuela volvía a mirar por la ventanilla, sin abrir la boca durante las doce horas de vuelo, y mi hermana roncaba a mi lado, y papá y mamá contemplaban las fotografías que nos habíamos hecho en el móvil. Y ahora estaba aquí, en mi cuarto, sin poder dormir, mirando por la ventana, pensando si, realmente, todo aquello no había sido una invención de mi mente.

Estaba claro que no iba a lograr conciliar el sueño, así que me incorporé del todo en la cama, encendí la lamparita de noche y rebusqué en la mochila hasta dar con una libreta en blanco. Aquel momento era tan bueno como cualquier otro para comenzar los deberes que me había impuesto el Sádico: llevar un diario sobre las vacaciones. Tal vez, si lo empezaba ahora podría retener los

recuerdos en mi cabeza y conseguiría que dejaran de parecerme un sueño brumoso. Habían pasado demasiadas cosas en muy pocos días y no sabía cómo asimilarlas.

Encontré un bolígrafo suelto por la mochila y me puse manos a la obra. El cuaderno estaba en blanco y no tenía ni idea de cómo empezarlo. Un buen inicio podría ser cuando encontré la lista de la abuela, semanas atrás. Aunque en aquel momento todavía no estábamos en vacaciones y Sergio Mayo no me había puesto aún estos deberes. ¿Y con la montaña rusa? ¿O con el avión a Japón?

Cerré los ojos un instante para dejar que los recuerdos se agolparan en mi cabeza, y cuando los abrí escribí lo primero que se me ocurrió. De vez en cuando me quedaba encallado en alguna palabra, claro, y tenía algunas dudas con la «b» y la «v», pero, por lo demás, avanzaba rápido. En apenas unos minutos, terminé la primera página del cuaderno. Como premio, abrí el envoltorio de un kit-kat de té verde y me lo comí en cuatro bocados.

Releí la página y me pareció que no estaba nada mal. Por lo menos, era una manera como cualquier otra de empezar una narración, aunque ya podía visualizar, como si lo tuviera enfrente, a Sergio Mayo, el Sádico, tachando todas las frases con su bolígrafo rojo. Lo más probable era que no estuviera a favor del «Proyecto cumplesueños» y que a él tampoco le pareciera bien que la abuela viajara con las cenizas del abuelo, como a papá y a mamá. Seguro que es de los que piensa que a los muertos mejor dejarlos en un mismo sitio para no perturbar su descanso eterno.

Bostecé sonoramente. Parecía que me había llegado a mí la hora de descansar. Me sentía satisfecho por haber comenzado los deberes de verano, aunque hubiera escrito solo unas cuantas frases. Cerré el cuaderno, apagué la lamparita y dejé que el sueño se adueñara de mí.

A la abuela fue a quien le sentó peor la vuelta a casa, con el *jet lag* y todo el cansancio acumulado. Parecía como si su enfermedad hubiera empeorado a marchas forzadas. ¿En qué momento había ocurrido este deterioro y cómo no nos habíamos dado cuenta

antes?

Mamá, que cuidaba de ella cada día, era la que más sufría sus achaques y locuras, pero trataba de mantenernos al margen a Alexandra y a mí. Le daba miedo que le pasara algo si estaba sola, así que, al volver de Japón, se había instalado en casa de la abuela, y viviría con ella hasta que llegara el 1 de septiembre y la mandaran a la residencia. Ella y papá lo habían estado hablando una noche hasta altas horas de la madrugada, aunque conversaban en voz tan baja que no pude captar casi nada de lo que dijeron.

La lista estaba ahora en la nevera de la cocina de la abuela, sujeta por un imán comprado en Osaka. Cada vez que iba a por algo de picar o a por otra caja de mis cereales favoritos, la vista se me iba invariablemente hacia esa hipnótica hoja de papel. Estaba arrugada y manchada de té, pero aún se leían los trazos inseguros escritos de su puño y letra. Los puntos ya completos estaban tachados, por lo que ahora quedaba así:

COSAS QUE ME HAN QUEDADO POR HACER
Montarme en una montaña rusa
Hacer las paces con Conchita
Sentirme joven de nuevo
Volar
Subir a un rascacielos
Asistir a una ceremonia del té en Kioto
Ir en moto
Hacerme un tatuaje
Realizar una excursión con mis nietos
Reunirnos todos de nuevo

Tal como estaba ahora la abuela, parecía mentira que tan solo unos días atrás estuviéramos en la otra punta del mundo con ella. Sospecho que no nos enterábamos ni de la mitad de lo que le estaba ocurriendo, porque mamá trataba de mantenernos al margen, pero lo poco que veíamos nos impactaba muchísimo. Algunos de los días en que la visitábamos ni siquiera alzaba la vista al vernos entrar en el salón. Permanecía inmóvil en el sofá, como si fuera un vegetal. Le hablábamos y no contestaba. Me hacía pensar en las caracolas que encuentras en la playa, las que están vacías

por dentro. Algunos días la abuela era una cáscara.

—Hoy no es un buen día para la abuela, chicos —nos explicaba mamá con voz cansada. Sus ojeras eran cada vez más pronunciadas.

Otros días la abuela estaba enfadada por algún motivo que desconocíamos. Y se mostraba arisca y desconfiada. Pero por lo menos estaba viva, se movía, se quejaba, insultaba. Lo prefería a cuando ni siquiera nos miraba.

Había días en que su mente permanecía en el pasado y alteraba la realidad de su entorno. No recordaba nuestros nombres, o nos confundía con otras personas. Como cuando se vistió con sus mejores galas y se enfadó porque no estábamos listos para irnos a la boda de su hija. A la boda de mamá. Aquel día mi madre sonrió y le siguió la corriente, pero luego, cuando se encerró en el baño, la oí sollozar.

Mi rutina cuando no iba a visitar a la abuela se basaba en permanecer encerrado en el dormitorio, sin ver la luz del sol, como un adolescente antisocial; que, en cierto modo, y visto en perspectiva, es lo que soy. Últimamente pasaba las tardes enteras en mi cuarto chateando con Martina. Incluso habíamos dicho de vernos un día en persona y, lo mejor de todo, sin nuestras abuelas de por medio. Era genial, porque papá y mamá se pensaban que estaba ocupado con los deberes de Sergio Mayo y me dejaban en paz. No es que no hubiera escrito nada más después de aquella prometedora primera página, por cierto. De hecho, ya había llenado varias hojas del cuaderno. Pero si realmente le dedicara al diario de verano todo el tiempo que pasaba hablando con Martina, habría terminado varios cuadernos y a estas alturas sería el autor de una saga como la de Harry Potter. Lo malo era que una cosa había llevado a la otra y ya me había comido todos los kit-kats de té verde como recompensa por trabajar a tan buen ritmo, así que cuando finalmente nos viéramos en persona, no tendría ningún *souvenir* que ofrecerle.

También quedaba con Hugo, claro, que se pasaba casi cada

día por casa. Santi estaba en el pueblo y Guille, de crucero con sus padres, así que solo quedábamos él y yo. Jugábamos a la Play o íbamos al parque a hacer unos pases con la pelota. Con Hugo no hablaba de la abuela, ni de Martina, ni de nada que me provocara dolores de cabeza. Con mi amigo podía aparentar que mi vida era sencilla, como siempre. No hacía falta tocar temas complicados. Las tardes con él eran un soplo de aire fresco, sobre todo después de haber pasado la mañana en casa de la abuela, en uno de sus días malos.

Pero todavía quedaban los días buenos. Eran escasos, cada vez más, pero estaban allí. Eran días, o a veces horas, en los que la abuela volvía a ser la de siempre, o casi. En esos ratos era tierna y cariñosa, aunque se sentía triste y, sobre todo, avergonzada, porque entonces se daba cuenta de lo que le estaba ocurriendo y no sabía cómo pararlo. No podía.

Me gustaban los días buenos. Nos gustaban a todos. Y debíamos aprovecharlos al máximo. Eran los días perfectos para seguir con la lista.

Capítulo 17

Un paseo en moto

—Para tu información —me dijo Alexandra—, Hugo pasará a buscar a la abuela por su casa en un par de horas. Ya he hablado con mamá y le parece bien. Dice que hoy está bastante animada, es un buen día.

—¿Que Hugo qué? ¿Qué me estás contando?

Aparté la vista de la Play para mirar a mi hermana.

—Recuerdas que estamos cumpliendo los deseos de la abuela a lo hada madrina, ¿no? —me preguntó, como si fuera yo el del alzhéimer—. Pues dará una vuelta en moto con Hugo para que podamos tachar el séptimo punto de la lista. Incluso le he comprado una cazadora de motera, ¿sabes?, de las de cuero con...

—Pero ¿de qué Hugo hablas? ¿De mi amigo Hugo? —la interrumpí.

Me daba igual si la abuela iba en moto vestida con una cazadora de cuero o en bikini, lo que no entendía era por qué iba a ir con Hugo sin yo saberlo.

—Estás espeso hoy, ¿eh? ¿Qué otro Hugo va a ser si no?

—¿Y lo has hablado tú directamente con él?

—Claro, ¿por?

¿Álex me estaba vacilando o qué?

—Que no entiendo por qué tienes que hablar tú con Hugo cuando es *mi* amigo —recalqué el *mi* para que se diera cuenta de la absurdidad de la situación.

—¿Es que es de tu propiedad? No seas tonto, Daniel. Puedo hablarlo con él perfectamente sin que nos tengas que dar tu aprobación.

Me rasqué la cabeza, nada convencido. Claro que Hugo no era

de mi propiedad, pero eso no quitaba que fuera raro que Alexandra y él hubieran hablado sin pasar primero por mí. Que yo supiera, no eran amigos. Nunca los había visto juntos ni nada. A no ser que...

—Un momento... Madre mía, Álex. ¿No estaréis saliendo a mis espaldas?

—Ay, qué dramático eres, Daniel, por favor. Para empezar, deja de llamarme Álex, que ya sabes que lo odio —se quejó—. Y claro que no estamos saliendo a tus espaldas —me contradijo a continuación—. Estamos saliendo y punto.

—¡¿Qué?!

Estaba flipando. Esta sí que no me la esperaba. ¡Y me lo soltaba así, como una bomba!

—Pero ¿a ti qué te ocurre? ¿Desde cuándo te tengo que dar explicaciones? —Se la veía malhumorada, pero más malhumorado estaba yo—. Llevamos desde antes de ir a Japón quedando, conociéndonos un poco más, y nos va de maravilla, así que no la cagues ahora con tus celos de niño pequeño, que puede seguir siendo tu amigo, aunque salgamos juntos.

—¿Y por qué no me habéis dicho nada?

Me sentía doblemente traicionado. De mi hermana me podía esperar cualquier cosa, pero ¿y Hugo? ¿Acaso no nos habíamos visto casi todas las tardes para jugar a la Play? ¿Cuándo pensaba decírmelo? Y, por otro lado, ¿qué caray le había visto a mi hermana, el ser más pesado e irritante del planeta?

—Anda que tienes tela. ¡Como si tú le hubieras hablado de Martina! —contraatacó.

He de reconocer que su réplica no me dejaba en buen lugar. Era verdad que no les había hablado a mis amigos de Martina, pero porque no lo entenderían y prefería guardármelo para mí. ¿Le ocurría lo mismo a Hugo con Alexandra?

Intenté mirar a mi hermana desde otro prisma, como a un ser que puede resultar interesante o deseable para otra persona, pero ponía una cara tan enfurruñada, con el ceño fruncido y los labios apretados en una mueca finísima, que tras unos segundos de observarla me entró la risa.

—¿Y ahora qué te pasa, de qué te ríes? —se impacientó—.

Mira, tómatelo como quieras, pero Hugo es el único de tus amigos que no tiene el encefalograma plano, así que ya te puedes ir haciendo a la idea de que voy a seguir quedando con él si me apetece. Y en dos horas le veremos, porque irá a recoger a la abuela a su casa, así que ponle buena cara. ¿O es que quieres que cancelemos el siguiente punto de la lista?

Suspiré. Qué manipuladora, la tía. Pues claro que no quería anular el siguiente punto de la lista. Hugo era el único de mis amigos con carné y moto, así que, después de todo, el plan de Alexandra no era tan mala idea, y ella lo sabía.

—Está bien, tranquila; que recoja a la abuela —concedí con resignación—. ¡Pero eso no significa que apruebe lo tuyo con ese chaval!

—Ese chaval es tu mejor amigo y no necesitamos tu aprobación, así que métetela por donde te quepa.

Acto seguido se fue del salón hecha una fiera. Álex siempre ha sido muy poco elegante a la hora de zanjar discusiones.

—¡Abuela, pareces una auténtica motera! —exclamé nada más cruzar el umbral de la puerta—. ¿Preparada para tachar el séptimo punto?

Había decidido pasarme por su casa un rato antes de la hora acordada con mi hermana y Hugo, para asegurarme de que estaba lista y con ganas de vivir una nueva aventura.

¡Y tanto que lo estaba! Me sonrió contenta, con un entusiasmo que no le había visto en mucho tiempo. Iba vestida con unas mallas y la cazadora de cuero que le había comprado mi hermana. Aguardaba sentada en el sofá, tamborileando los dedos sobre las rodillas, impaciente.

—Está muy ilusionada, ¿verdad que sí? —constató mamá, sentada a su lado—. Aunque no sé yo, no las tengo todas... ¿Cómo conduce tu amigo, Daniel? ¿Es un chico prudente? ¿Cuánto hace que tiene el carné?

—Mamá —me quejé exasperado—: me lo has preguntado por lo menos mil veces hoy. ¡Relájate!

—Vale, vale, ya paro. —Se levantó del sofá, retorciéndose las manos con nerviosismo—. Voy a la cocina a por una infusión, ¿queréis algo?

La abuela y yo negamos con la cabeza.

—Asegúrate de que sea una tila, por el bien de todos —supliqué por lo bajo.

Estaba deseando quedarme a solas con la abuela. Me moría de curiosidad por preguntarle por el séptimo punto de la lista, y con mamá delante no era lo mismo, sobre todo si pretendía hacerme un interrogatorio infatigable sobre la forma de conducir de mi mejor amigo.

—Abuela... —comencé en cuanto oí a mamá trajinando en la cocina—. Me tienes intrigado: ¿por qué te hace tanta ilusión ir en moto?

—Ay, Daniel... —suspiró. Le brillaban los ojos, como cuando se reencontró con Conchita—. ¡Hay tantas cosas que no hice cuando era joven! ¡Eran otros tiempos! Las chicas no íbamos en moto en aquel entonces. No estaba bien visto. Ni siquiera me pude sacar el... Ya sabes... —Chasqueó los dedos con impaciencia.

—¿El carné de conducir? —la ayudé.

Asintió.

—Sí, eso. Siempre he pensado que... ir en moto debía ser una sensación de libertad maravillosa. —Cerró los ojos, extasiada—. Sentir el viento en la cara... Ir a toda velocidad, como si nada importara... Tiene que ser muy divertido, ¿no?

Se quedó en silencio durante unos segundos, y luego añadió:

—Hoy lo descubriré.

Tenía curiosidad por ver cómo iban a comportarse mi hermana y Hugo ahora que sabía lo suyo, pero por lo menos tuvieron la decencia de no darse un beso delante de mí. Se limitaron a saludarse y mi hermana le dijo que hablarían luego.

Mamá ayudó a la abuela a subirse a la moto. Ese día parecía un disco rayado: perdí la cuenta de todas las veces que llegó a decirle a Hugo que tuviera cuidado, que fuera despacio y que sobre

todo, por favor, no se alejaran mucho. Desde luego, la tila no le había surtido el más mínimo efecto.

Mi amigo aguantó impasible, como un santo.

—Os la devolveré sana y salva, no sufráis —le aseguró.

¿Y qué decir de la abuela? Ese día parecía un personaje salido de una de las historias que se inventaba cuando éramos pequeños: la cazadora de cuero negra entallada, el casco bien puesto y el pelo rojo flameando al viento.

Levanté el pulgar derecho, para infundirle ánimo, y ella nos saludó con la mano. A continuación, se agarró bien fuerte a la cintura de Hugo y este arrancó con un ligero zumbido, que amortiguó el gritito ahogado que soltó mamá. Segundos más tarde, desfilaban calle abajo. Alexandra y yo les dijimos adiós desde el portal.

—¡Id con cuidado! —gritó mamá con la voz teñida por la aprensión.

La moto dobló una esquina y dejamos de verlos. Mamá suspiró y volvió a entrar en casa. Álex sacó su móvil y empezó a chatear con sus amigas.

—Otro punto más —sentencié satisfecho, tachándolo mentalmente de la lista.

Mi hermana levantó la vista de su móvil, distraída, pero la frase no iba para ella. Tan solo me estaba regocijando al constatar que, aunque la abuela no estuviera tan fina como antes, lo estábamos logrando. La lista se estaba cumpliendo punto por punto. Íbamos a conseguirlo.

Capítulo 5

Dos *cheesburgers* con doble de patatas

—La abuela estaba estupenda hoy, ¿verdad? —comentó Álex cuando me la crucé en el pasillo, esa misma noche—. Hugo la ha llevado hasta el paseo marítimo y han comprado un helado. Se lo han pasado genial los dos. La abuela le ha dado las gracias mil veces. Mira, ¿has visto las fotos?

No me acostumbraba a que, sin haberlo visto venir siquiera, mi Hugo fuera el Hugo de mi hermana, a que de pronto tuvieran esa conexión especial y se contaran con pelos y señales las cosas. Refunfuñé para mis adentros, pero como quería ver las fotos me acerqué más a Alexandra para contemplar la pantalla de su móvil. Había un par de fotos de los helados que se habían pedido y por lo menos diez instantáneas de la abuela junto a la moto, con el casco bajo el brazo y el paseo marítimo detrás. Amplié una de ellas, en que la abuela lucía una sonrisa franca, con los ojos medio entornados por el sol.

—Esta es chulísima —coincidió mi hermana—. He pensado que podríamos imprimirla en una copistería y ponerle un marco bonito, ¿qué te parece?

Asentí, sin dejar de admirarla. En esa foto, la abuela era la viva imagen de alguien que ha recibido un regalo inesperado que le ha alegrado la existencia. Esa foto resumía a la perfección el sentido del «Proyecto cumplesueños».

El móvil me vibró en el bolsillo, y eso me hizo volver a la realidad. Llegaba tarde a mi cita con Martina.

—Me voy ya. ¿Qué tal estoy? —le pregunté a mi hermana.

Alexandra me miró de arriba abajo.

—Pues mal. Llevas demasiada gomina en el pelo y apestas a

desodorante.

Suspiré. Así es mi hermana, siempre tan diplomática.

—Pero por lo menos estrenas la camisa —añadió, tal vez al darse cuenta de que había tirado mi ego por los suelos y lo había pisoteado en tan solo una frase—. Te queda bien.

Yo no soy de pedirle consejo a Alexandra con nada, pero lo cierto es que la cita con Martina me sobrepasaba un poco y, a riesgo de que metiera sus narices donde no la llamaban, el día anterior le había pedido que me ayudara con el *outfit* y los temas de conversación.

Desde el principio mostró un interés desmesurado por mi cita. Y, por supuesto, no dejó de meter sus narices donde no la llamaban. Me bombardeó a preguntas sobre Martina, cotilleó su Instagram, su TikTok e incluso su foto de WhatsApp, y me hizo prometer que le contaría punto por punto todo lo que ocurriera. A cambio, me acompañó al centro comercial y me hizo de *personal shopper* durante dos horas, hasta que dimos con una camisa que estaba dentro de mi presupuesto —veinte euros— y que no me quedaba tan mal como las siete anteriores que me había probado.

—¡Adjudicada! Con esta camisa, puede que no se fije en tu cara.

—Gracias, hermanita, es lo que quería oír.

Y ahí estaba yo esa noche, saliendo de casa con una camisa nueva, un tupé ridículo en el pelo y demasiado desodorante.

Me encontré con Martina a medio camino de la hamburguesería donde nos habíamos citado. Sí, habría sido mejor un restaurante italiano que un local grasiento de comida rápida, pero ya había gastado suficiente con la camisa. Era esto o un kebab.

Le di dos besos, como hacen las personas adultas y civilizadas.

—¿Qué tal? ¿Tienes hambre?

—Un poco —respondió con una sonrisa que dejó al descubierto sus *brackets*.

Caminamos en silencio durante un trecho que se me hizo

eterno. Oía el ruido que hacía al andar a mi lado y no me atrevía ni a mirarla. No se me ocurría nada interesante que decirle. No sabía qué hacer con las manos, así que las metí en los bolsillos del tejano. ¡Qué fácil era cuando chateábamos por el móvil, y qué difícil en persona!

Fue ella quien rompió el hielo:

—¿Cómo ha ido el paseo en moto de tu abuela?

—Hacía mucho que no la veía tan ilusionada, y Hugo nos ha pasado unas fotos en las que sale contentísima, pero...

No sabía cómo continuar. ¿Cómo hablarle de lo injusto que me parecía que la abuela no hubiera podido sentirse libre de joven? Estaba empezando a tomar conciencia de lo mucho que había sacrificado por la familia, y de lo dura que había sido su juventud. ¿Y cómo explicar que los días buenos eran ahora un bien escaso y que sentía que se nos acababa el tiempo para seguir cumpliendo sus deseos? Me daba miedo que el día de hoy hubiera sido el equivalente a un oasis en medio del desierto. Creo que no era el único que tenía ese presentimiento. A mamá, desde luego, se la veía cada vez más nerviosa.

Pero, por otro lado, esa tarde la mirada de la abuela había recuperado su brillo. Y, ahí en la moto, con su cabello rojo llameante como un incendio de verano y las uñas pintadas, parecía como si nada pudiera detenerla. Ni siquiera la enfermedad.

—Pero ¿qué? —preguntó Martina.

—¿Um? —me di cuenta de que había dejado la frase en el aire y que había pasado mucho rato. Demasiado—. Ah, no, nada, tonterías —me apresuré a añadir, con un sentimiento de incomodidad creciente.

Cuando entramos en la hamburguesería, apenas habíamos intercambiado un par de frases insustanciales más. Llegados a este punto, estaba convencido de que si un neurocirujano me operara el cerebro lo encontraría lleno de corcho en vez de neuronas.

Al menos, estuvimos entretenidos durante un rato consultando el menú. Terminamos pidiendo lo mismo: dos *cheeseburgers* —la opción más barata de la carta—, dos cocacolas y dos raciones de patatas fritas. Martina había sugerido que

compartiéramos unas, pero una cosa es que no me pueda permitir cenar en un restaurante italiano caro y otra, muy distinta, verme privado de una ración para mí solo de patatas.

El silencio se fue volviendo más espeso a medida que pasaban los minutos, mientras esperábamos a que nos cocinaran las hamburguesas. Traté de recordar algún tema de los que me había propuesto Alexandra cuando me ayudó a preparar la cita. Me había recomendado que me interesara por ella, que le hiciera preguntas y la escuchara con atención. ¿Qué podía preguntarle?

Me estrujé los sesos tratando de pensar en cosas de su día a día, hasta que di con algo:

—¿Cómo va el intensivo de francés?

—*Très bien*.

—¿Eh? —Tardé una milésima de segundo en caer en la cuenta de que me había respondido en francés y otra milésima de segundo en ruborizarme de arriba abajo—. Ah, sí, ya. Me alegro. Y, dime, ¿tienes ganas de volver al insti cuando termine el verano?

—No muchas, no. —Se encogió de hombros.

Se estaban agotando los temas de conversación a toda velocidad. ¿Por qué respondía de manera tan escueta? Cuando estuvimos en el centro comercial espiando a nuestras abuelas, no paraba de parlotear.

Por fin llegaron las hamburguesas y las bebidas. Ya no tenía que pensar en más temas de conversación durante unos minutos: podía centrarme solo en comer. Por lo menos ahora el silencio ya no sería incómodo, sería un silencio de cuando estás con la boca llena.

Sentía la garganta seca, así que me incliné sobre el vaso de cocacola. O, mejor dicho, me abalancé sobre él y le di un manotazo en vez de agarrarlo con mis pulgares oponibles, como suelen hacer los *Homo sapiens* evolucionados.

—¡Mierda!

Al momento siguiente, mi camisa nueva estaba empapada del líquido marrón. La única camisa de mi armario ropero, a la que le había quitado la etiqueta apenas dos horas antes.

—Madre mía. —Martina soltó una risita—. Espera, voy a

buscar más servilletas para que puedas limpiarte, no te muevas.

—No iré a ninguna parte —mascullé.

Notaba que me estaba poniendo rojo de pura vergüenza. Todos los comensales nos miraban. Le acababa de decir a Martina que no iría a ninguna parte, pero ojalá pudiera teletransportarme bien lejos. A Kioto mismo.

Capítulo 19

Las alas de la amistad

Desperté a la mañana siguiente con las sábanas pegadas al cuerpo por el sudor y una extraña sensación en el estómago. Eran las once de la mañana del 22 de agosto. Faltaba poco más de una semana para el 1 de septiembre y todavía tres puntos de la lista de la abuela por cumplir. Y aunque eran demasiados puntos en demasiado poco tiempo, no era eso lo que me revolvía las tripas y me provocaba una sensación de vértigo. Ni tampoco la hamburguesa o las patatas fritas de la cena. Era otra cosa muy distinta.

Había besado a Martina. O, mejor dicho, nos habíamos besado, porque fue cosa de dos. Cerré los ojos de nuevo y rememoré el momento. Aunque la cena había sido un desastre, hubo un instante, de camino a casa, en que esto no importó. Era una de esas noches contadas, para los que vivimos en la ciudad, en que la luna está enorme e incluso se ven algunas estrellas. No diré que parecía que estuviéramos en el campo, porque tampoco hace falta fliparse, pero era un espectáculo bastante bonito.

Aminoramos la marcha para contemplar con calma la luna llena.

—Casi llena —me corrigió Martina cuando se la señalé—. ¿No ves que falta un poquito para que la esfera sea perfecta?

Volvió la cabeza para mirarme. Sonreía con timidez y me pareció preciosa. Se podría decir que tuve un arrebato de cursilería de los que aparecen en las series y novelas que le gustan a mi hermana, porque, aunque ya sabéis que no soy nada romántico, me encontré diciéndole que para mí la luna de esa noche era ya perfecta, como ella.

Y, antes de arrepentirme, me acerqué hacia Martina en un impulso y la besé en los labios con suavidad. El corazón me latía a mil por hora y las mejillas me ardían.

Me aparté rápidamente, dispuesto a encajar un más que probable rechazo. ¡Menuda frase ridícula acababa de soltarle! ¡Y luego un beso!

—¿Adónde vas?

Martina me atrajo hacia ella cogiéndome del brazo y me volvió a besar. No sé si estuvimos besándonos minutos o si fueron horas, porque perdí la noción del tiempo.

Por supuesto, no era mi primer beso. El verano pasado me lie con Saray, la arpía amiga de mi hermana, pero había sido todo asqueroso, breve y desagradable, y ella ni siquiera me gustaba demasiado, por lo que realmente no cuenta. Había ocurrido casi como por error, una tarde en que se había pasado por casa, pero mi hermana no estaba. Habíamos estado charlando unos minutos, haciendo tiempo por si regresaba, y de repente se me echó encima. Pasó todo tan rápido que no tuve tiempo ni de apartarme. Ahora, cuando me la encuentro por el insti o cuando pasa por casa para ver a Alexandra, siempre tengo que esquivarla y es un auténtico incordio.

Por el contrario, sentía que nunca tendría ganas de esquivar a Martina. Aunque no supiera qué decirle, aunque todas mis neuronas se convirtieran en corcho cuando estaba con ella, quería tenerla cerca. Y quería volver a besarla. Era una sensación vertiginosa. Me sentía eufórico y a la vez aterrorizado.

¿Qué estaría pensando ella? ¿Quizá querría volver a verme?

Como si me hubiera leído la mente, mi móvil se iluminó en ese preciso instante. Martina me acababa de escribir «Buenos días» y varios iconos de soles. Tras fundirse a negro, la pantalla volvió a iluminarse de nuevo con otro mensaje suyo. «¿Ponemos en marcha el siguiente punto de la lista?». Sonreí. Sí que nos íbamos a volver a ver, y más pronto de lo que creía.

Eso sí, habría preferido que no fuera con nuestras abuelas

haciendo de carabinas.

La lista era sagrada, lo que significaba que se tenía que cumplir en su totalidad, aunque mis padres no estuvieran de acuerdo en algún punto. Había tenido que hacer mucha pedagogía con ellos para metérselo en la cabeza. Concretamente, se oponían con todas sus fuerzas al octavo mandamiento: «Hacerme un tatuaje». Sin embargo, como les hice ver, la abuela ya era mayorcita como para tener que ir pidiendo permiso. Si quería hacerse un tatuaje, pues que se hiciera un tatuaje. Era su cuerpo y eran sus decisiones. Por mí, como si no dejaba un centímetro de su piel sin tinta indeleble.

—La lista es la lista —respondía como un mantra cada vez que mamá o papá refunfuñaban—. ¿O hace falta que os recuerde lo bien que le sentó el paseo en moto?

La abuela tenía muy claro lo que quería y no había vuelta atrás:

—Unas alas —me informó días antes, cuando hablamos del tema—. Con Conchita, como símbolo de nuestra amistad. Ella también quiere hacerse uno.

Si la abuela quería tatuarse unas alas, le conseguiría al mejor tatuador del barrio para hacerla feliz. O, en su defecto, algo incluso más difícil: daría con uno que no estuviera cerrado por vacaciones.

El local, el único del barrio que según Google Maps seguía al pie del cañón durante la segunda quincena del mes de agosto, no era tan antro como había supuesto que sería; eso me decepcionó un poco. Me imaginaba un sitio oscuro y decrépito, lleno de bocetos por todas partes..., pero era más bien como la consulta de un dentista, con su camilla y su gel desinfectante, aunque en vez de radiografías de muelas había unos cuantos álbumes con dibujos de corazones, flechas, dragones y demás, y las paredes no eran blancas, sino color vino.

Para mi tranquilidad, el tatuador sí que cumplía con las expectativas. Debía llevar más de cincuenta tatuajes por todo el

cuerpo, sobre todo en los brazos y en las manos; algunos eran enormes, se entrelazaban y costaba saber dónde terminaba un concepto y comenzaba el siguiente. Vislumbré la Sagrada Familia de Gaudí, el rostro de una mujer y un tiburón. La cara la tenía libre de tinta, pero estaba adornada con varios *piercings* repartidos entre las orejas, las cejas y el labio.

—¿Dónde haremos el tatuaje? —preguntó tras hacer sentar a la abuela y a Conchita en sendas camillas.

—En la muñeca izquierda —respondió esta última—. Primero habíamos pensado en la espalda, porque es donde suelen estar las alas, ya sabes, pero ¿qué gracia tendría si no vemos cómo nos queda? Queremos poder mirarlo constantemente. Es nuestro recordatorio de que somos libres. Así que en la muñeca tiene más sentido.

—Ya.

El tatuador no parecía muy impresionado con el discurso. Sospeché que había desconectado después de las palabras «muñeca izquierda», las únicas que le interesaban para hacer su trabajo.

Conchita le tendió el dibujo de las alas que había seleccionado con la abuela. No soy experto en alas, pero me parecieron bonitas y estilizadas. Seguro que mamá y papá no acabarían tan disgustados cuando las vieran.

Martina me miró sonriendo y el corazón me dio un vuelco. Ese día llevaba el pelo recogido en una trenza, pero estaba tan guapa como las otras veces. Casi no habíamos hablado porque hoy las protagonistas eran nuestras abuelas (bueno, vale, y porque no sabía qué decirle), aunque nos habíamos mirado de reojo varias veces. Tenía ganas de volver a besarla, pero me moría de vergüenza. ¿Cómo lo hacía la gente para besarse a la luz del día? Lo que estaba claro era que no iba a tomar la iniciativa ahí en ese local aséptico, con la abuela al lado tatuándose. Ni loco.

—¿Te quieres hacer uno tú también? —me preguntó Martina entonces, señalando con la cabeza el boceto.

—Sí, claro —contesté sarcásticamente.

El problema es que ella no pilló mi tono.

—¿De verdad? —Me miró con admiración—. Yo no me

atrevería.

Mierda. ¿En serio había entendido que quería hacerme un tatuaje? Yo, que no sabía ni qué quería ser de mayor, que cambiaba de opinión mil veces cuando leía el menú en un restaurante, ¿tenía que escoger un tatuaje que representara mi esencia y que me acompañara hasta el fin de mis días?

Martina seguía mirándome con lo que parecía una admiración infinita, así que tragué saliva y me encogí de hombros, intentando simular pasotismo y parecer el típico malote que se hace tatuajes por puro aburrimiento.

—¿Por qué no?

—¿Te ayudo a elegir? ¿Dónde lo quieres? ¿Que sea grande o pequeño?

Se la veía emocionadísima. ¡Quién habría dicho que le iban los tíos tatuados!

—C-creo que algo minimalista cuadra más con mi estilo...

Me sudaban las manos. ¿Tal vez si me tatuaba algo muy pequeño, casi imperceptible, se daría por satisfecha? Un tatuaje de un ácaro a escala real, por ejemplo.

—Sí, tienes razón, minimalista mejor —asintió ella—. ¿Qué te parece algo así, tipo un dragón? —Señaló uno de los bocetos que colgaban de la pared, el de un dragón enorme sacando fuego por la boca.

¿Qué entendía Martina por minimalista? Realmente no estábamos en la misma onda.

—Eh, los de ahí detrás, frenad el carro, chavales. —La voz cascada por el tabaco del tatuador nos llamó la atención—. No te pienso tatuar ni una peca sin autorización previa de tus padres. Hoy solo me encargo de estas dos señoras y sus alas. Vuelve por aquí cuando te haya crecido barba, chico.

—Vaya... Qué lástima.

Simulé mi mejor cara de consternación y tragué saliva intentando esconder el alivio que sentía. Le iba a estar eternamente agradecido a ese tipo extraño lleno de *piercings* y tatuajes que había acudido a mi rescate. Pero ojalá Martina dejara de mirarme de reojo, como si sospechara que era todo pura fachada.

Tenía que centrarme de nuevo en el tema principal y escurrir el bulto.

—¿Cómo vas, abuela? —pregunté esforzándome por sonar natural. Todavía notaba un reguero de sudor frío recorriéndome la espalda.

—Con ganas de tener mis propias alas.

La abuela sonreía, con la muñeca izquierda extendida hacia afuera.

El tatuador se inclinó sobre ella, con sus bártulos a punto.

—Vamos allá, pues.

La tinta tocó la piel de la abuela y comenzó a trazar el dibujo que la acompañaría para siempre, haciéndola más libre de lo que nunca había sido.

Capítulo 20

Pícnic en el monte

Hacía mucho que no iba de excursión —dejando de lado el par de salidas anuales con el instituto que acababan, invariablemente, con algún compañero vomitando en los asientos delanteros del autobús y con mi amigo Santi castigado—, así que, aunque no lo diría muy alto, el penúltimo punto de la lista de la abuela me hacía cierta ilusión.

Quien no compartía para nada mi estado de ánimo era Álex. Los dos somos chicos de ciudad, pero en su caso eso incluía un repertorio insospechado de quejas sobre los insectos y las arañas, un sinfín de preguntas sobre el calzado más adecuado y otros tantos ruegos para que no la viera nadie en esas condiciones.

—¡Mira que querer hacer una excursión con sus nietos! —se lamentó por enésima vez—. ¿Por qué no ir al cine?, ¿o a tomar un helado?

Parecía un disco rayado, llevaba tres días con la misma historia.

—¿Necesitaremos llevar repelente para mosquitos? ¿Y crees que debería comprarme una gorra nue...?

—Alexandra —la corté exasperado—. Vamos de excursión con una niña pequeña y una anciana renqueante. No te preocupes, que no subiremos al Everest y tampoco te contagiarás de la malaria. Será un pequeño paseo por el monte y un pícnic en el mirador, punto y final. Sobrevivirás.

Así logré que me dejara en paz un rato, pero enseguida volvió a la carga, infatigable.

Por supuesto, Álex acabó comprándose una gorra nueva.

Habíamos tenido que coger dos autobuses para llegar a la colina, pero valía la pena. Desde lo alto del monte, las vistas de la ciudad y del océano eran impresionantes. El aire parecía más puro, más limpio, y aunque estábamos a finales de agosto, soplaba una brisa agradable.

Saqué el móvil de mi bolsillo y abrí el bloc de notas. El cuaderno de verano que me había impuesto el Sádico estaba bastante avanzado. La tarde anterior pasé muchísimo rato describiendo con pelos y señales —o, mejor dicho, con plumas y señales— el dibujo de las alas que se habían tatuado la abuela y Conchita, y me salió una prosa muy madura y elegante. Al salir del local, la abuela estaba tan contenta que empezó a mostrar el tatuaje a todos los transeúntes que nos encontrábamos por la calle, lo que me dio bastante vergüenza, aunque no dejaba también de ser tierno. Era como una niña pequeña enseñando su regalo de Reyes.

Luego, la acompañé a su casa y tachamos ese punto de la lista juntos. Nos quedamos mirando el papelito pegado a la nevera durante varios segundos.

—Pronto los habremos tachado todos —constaté rompiendo el silencio—. ¿Cómo te sientes?

Llegar al final de la lista me entristecía, porque significaba que el «Proyecto cumplesueños» también llegaba a su fin y que la abuela estaba a punto de ingresar en la residencia. Además, aún no tenía claro cómo lograría que se cumpliera su último deseo, el de reunirnos todos de nuevo. Aunque la relación de mis padres con el tío Joaquín y la tía Margarita no era para tirar cohetes, no era eso lo que más me preocupaba. El verdadero reto estaba en conseguir que la tía Alicia viniera desde Bélgica, donde trabajaba ahora. Le había enviado un audio en el que le hablaba, de manera más o menos estructurada, del décimo punto de la lista, pero me había contestado escuetamente, sin comprometerse lo más mínimo. No tenía vacaciones esos días, pero vería si conseguía hacer algo. Su respuesta no podía ser más vaga.

La abuela, ajena a los pensamientos que se agolpaban en mi

cabeza, lo meditó unos instantes y resumió con sencillez:

—En estos últimos meses he vivido mucho más intensamente que en los últimos años. ¿Quién hubiera dicho que a mi edad podría hacer tantas cosas nuevas? —Bajó la vista hacia el reciente tatuaje de la muñeca y siguió su contorno con la yema de los dedos. Parecía sorprendida de verlo, como si no terminara de creerse que lo había hecho, que se había tatuado unas alas que ahora eran suyas—. Estoy cansada, pero... Está valiendo la pena. Y tanto que sí.

—No sabes cuánto me alegra que digas esto, abuela.

Por supuesto, en el cuaderno de verano también había escrito sobre la excursión en moto. Habría preferido no tener que relatar la discusión previa con Álex, ya que no sé a quién le puede interesar si mi hermana sale o deja de salir con mi mejor amigo, pero entonces no estaría siendo fiel a la realidad. Y, todo hay que decirlo, la descripción de la abuela vestida de motera me quedó espectacular.

Últimamente, había adoptado una nueva técnica literaria: dejé de tomarme el diario como los deberes que eran y, simplemente, escribía desde el móvil cuando me venía la inspiración, para captar las sensaciones precisas en el momento exacto; luego, cuando tenía tiempo, lo pasaba a limpio en el portátil, igual que estuve haciendo con las anotaciones del cuaderno. Imagino que así es como lo hacen los grandes escritores y los poetas. ¿Quién soy yo para refrenar mi recién descubierto talento? Inspiré otra bocanada de ese aire que se me antojaba tan puro y limpio y me dispuse a teclear sobre la belleza del paisaje.

—¡Daniel, te estamos esperando! ¡Menudo tardón!

Suspiré exasperado. Seguro que los grandes escritores y poetas no tenían una hermana en su vida que los incordiara cada dos por tres.

—Ya voy...

Como había vaticinado, la excursión en sí no era nada del otro mundo, si es que se la podía llamar excursión. Seguro que la gente que de verdad hace deporte y sale a caminar por la montaña se reiría del peculiar grupito que formábamos. La abuela, más que andar, arrastraba los pies, cada vez más encorvada. Al final iba a acabar con la nariz encastrada en el suelo. La prima Cloe correteaba en círculo a nuestro alrededor, a ratos con la lengua fuera por el esfuerzo. Se la veía eufórica, seguramente porque por una vez contábamos con ella. Mamá, que al final había querido venir con nosotros porque le preocupaba que la abuela se cansara demasiado, iba equipada con un atuendo de senderista de los años noventa que había desempolvado del armario. Y Alexandra vestía divina de la muerte, totalmente de blanco. Sin embargo, como ocurre cuando vas de este color, estaba absolutamente obsesionada con no ensuciarse.

Logró su objetivo durante aproximadamente veinte minutos; luego ya metió el pie izquierdo en un charco de barro, con lo cual sus Converse se llenaron de manchas marrones y su *look* de *influencer* se fue al traste. Dicen que las desgracias nunca vienen solas, y eso fue lo que le pasó a ella. Decidió sentarse para tratar de limpiarse las zapatillas con un clínex, y de este modo se ensució de hierba sus hasta entonces inmaculados pantalones blanco nuclear. Me di cuenta de ello cuando se levantó de nuevo: tenía una ridícula y enorme mancha verdosa en el culo.

Me mordí el labio, conteniendo la risa. Hay unas pocas personas escogidas que han nacido para ser elegantes y vestir de blanco impoluto bajo cualquier circunstancia. Nunca se ensucian, nunca se despeinan y nunca se les queda un trozo de espinacas entre los dientes. Y luego están el resto de los mortales, como Álex, que cuanto más se esfuerza peor le sale todo.

Decidí no comentarle nada. Ya descubriría en algún momento su enorme manchurrón, preferiblemente cuando yo no estuviera cerca y, con suerte, horas después de haberse paseado por todas partes con el culo verde.

Se notaba que la abuela estaba cansada, así que decidimos parar antes de tiempo y organizar el pícnic a la sombra de un árbol. Todavía no habíamos llegado al mirador, pero no importaba.

Íbamos bien equipados, porque mamá nos había puesto sándwiches, agua y galletas en la mochila. También había metido una toalla enorme de esas de playa, así que la extendí en la hierba para que no acabáramos todos con el culo verde como Alexandra.

Mamá se ausentó un momento al recibir una llamada de la residencia. En menos de una semana internarían a la abuela, con lo que llevaba un par de días ultimando todos los detalles del traslado. Se alejó varios metros para que no escucháramos la conversación y nos indicó con un gesto que empezáramos el pícnic sin ella. Parecía que iba para largo.

Nos sentamos en la toalla, algunos con más maña que otros; las rodillas de la abuela crujieron sonoramente en el proceso, y mi hermana soltó un gritito al encontrarse una hormiga recorriéndole el brazo.

Una vez acomodados, repartí los sándwiches.

—Gracias, Joaquín, cielo —dijo la abuela cuando alargó el brazo para coger el suyo.

Alexandra, Cloe y yo intercambiamos una mirada rápida. La abuela llevaba toda la excursión bastante confusa, y parecía que en aquel momento creía que éramos sus hijos en vez de sus nietos. Tenía tres: mamá, el tío Joaquín y la tía Alicia, así que supongo que la confusión, dentro de todo, seguía cierta lógica.

Ocurre en poquísimas ocasiones, pero muy de vez en cuando mi hermana y yo nos entendemos sin necesidad de darnos explicaciones. Supongo que tendrá que ver con compartir la mitad del ADN, porque, si no, no me lo explico. El caso es que en ese momento pasó: bastó una breve mirada para constatar que pensábamos lo mismo. No importaba que la abuela se equivocara con nuestros nombres y creyera que yo era el tío Joaquín, o que hubiera mezclado en su mente el presente y el pasado hasta formar una línea temporal desordenada. Ese día, las voces del pasado resonaban con tanta fuerza que lo engullían todo a su paso, incluyéndonos a nosotros. En aquel momento, la abuela vivía en un

mundo en el que ni siquiera existíamos, pero eso no significaba que no nos quisiera con todo su corazón. Lo sabíamos porque nos lo había demostrado muchas veces, y eso era suficiente, a eso nos aferrábamos.

Así que cuando la abuela me llamó Joaquín, no la corregimos. Y luego, cuando nos habló de que ese fin de semana iba a necesitar refuerzos en la papelería porque se acercaba el inicio del curso escolar, tampoco se lo pusimos en duda. Alexandra se ofreció a ayudarla por las mañanas, y cambiamos de tema tan pronto como pudimos.

—Estoy saliendo con un amigo de Daniel —le contó para intentar desviar la conversación hacia un lugar menos enredado de su mente—. Hugo, con el que fuiste en moto el otro día.

¡Eso sí que era un tema de conversación! ¿Qué sería lo siguiente, presentar a Hugo a la familia como si no se hubiera quedado a cenar en casa mil veces desde que teníamos seis años?

Casi podía ver los engranajes funcionando en el cerebro de la abuela. Entrecerró los ojos, esforzándose por recordar la tarde en moto, dos días atrás. Escarbando en su mente, desenmarañando ideas.

—Muy bien, cielo —respondió al fin—. Pero que te trate bien y te haga feliz. Si no, se las verá conmigo.

Nos reímos con alegría, porque con esa frase la abuela había vuelto a ser ella misma.

Cogí mi sándwich y me lo comí con ganas, sintiéndome afortunado.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Abrí los ojos, sobresaltado. Me había quedado dormido en la hierba, con el cuerpo medio fuera de la toalla. Había sido una siesta larga, porque el sol estaba ya un poco bajo y empezaba a refrescar. En ese momento incluso hubiera agradecido un jersey fino, de esos que mamá siempre se empeña en que lleve encima, aunque nunca le haga caso. De hecho, habíamos discutido por este motivo esa misma mañana, antes de la excursión.

Mamá dormitaba a mi lado. No la había visto tan relajada en todo el verano. Creo que era la primera siesta que se echaba desde que a la abuela le habían diagnosticado la enfermedad.

Alexandra, en el otro extremo de la toalla, chateaba por el móvil con sus amigas, como siempre. ¿O estaría hablando con Hugo?

—¿A quién le envías mensajes, Álex?

Me acerqué a ella para cotillear, pero apartó el móvil de mi vista y, con su genio habitual, siseó que me metiera en mis asuntos y que cuántas veces iba a tener que recordarme que no quería que la llamara Álex bajo ningún concepto.

La abuela y Cloe jugaban al pillapilla, a su manera, unos metros más allá.

—¿Vamos tirando para casa? —pregunté.

Se me había puesto la piel de gallina.

—¡Danos cinco minutos más! —suplicó Cloe, que se lo estaba pasando en grande.

—¡Sí, cinco más! —coincidió la abuela con la voz jadeante, mientras corría en pos de ella.

Mamá gruñó a mi lado sin abrir los ojos, con lo que interpreté que ella también pedía unos minutos extra.

—Está bien...

Me quedé contemplando cómo jugaban. La prima Cloe correteaba como un ratoncito, sin parar de reír, y la abuela iba detrás, contenta, ruborizada y visiblemente ahogada.

Estaba mirándolas cuando ocurrió.

La caída fue a cámara lenta. Primero se le torció el pie y se quedó un instante en el aire. Durante un momento que pareció eterno, la abuela sostuvo el equilibrio como si fuera una contorsionista de circo. Luego, al no encontrar apoyo, torció el gesto en una mueca, sospechando que su mundo se venía abajo. Grité por instinto, alertándola, e hice ademán de levantarme, pero estaba demasiado lejos; la abuela ya se desplomaba hacia el suelo cuan larga era. Cayó sobre el costado derecho y quedó estirada en la hierba.

Logré levantarme y corrí hacia ella. Alexandra venía detrás,

con el móvil en la mano.

—¡Abuela! —gritamos.

—¡Abu! —chilló Cloe, la primera en llegar.

Mi hermana y yo estuvimos a su lado dos segundos más tarde, y mamá, despierta de golpe, apareció junto a nosotros instantes después.

—¿Estás bien?, ¿te duele algo?

La abuela no nos contestó. Tan solo gemía.

Intentamos ayudarla a levantarse, pero algo iba mal. Muy mal. Por segunda vez aquel día, la prima Cloe, mi hermana y yo nos miramos con los ojos muy abiertos, sin decir nada. Estábamos asustados.

Mamá rompió el silencio. Había que actuar.

—Llamemos a una ambulancia. Rápido.

Capítulo 21

Estamos todos

Papá había llegado al hospital poco después de que ingresaran a la abuela en urgencias, y al rato aparecieron el tío Joaquín y la tía Margarita, quienes corrieron a consolar a la prima Cloe, que no había parado de llorar desde que subimos a la ambulancia.

A la abuela le tenían que hacer muchas pruebas, así que al cabo de un rato papá nos convenció para que volviéramos con él a casa; o, mejor dicho, nos obligó a volver con él, porque Alexandra y yo nos hubiéramos quedado toda la noche en la sala de espera si hacía falta.

—Id con papá, que aquí no podemos estar todos —lo secundó mamá—. Me quedaré yo con la abuela para que esté acompañada. Reponed fuerzas y mañana a primera hora podéis volver y estar con ella. Si pasara cualquier cosa os llamaría, no os preocupéis.

Mamá nos dio un beso en la frente, nos dijo que iba a hacer unas llamadas y a hablar con los doctores, y se alejó pasillo abajo.

Esa noche prácticamente no dormí. Miraba el móvil cada diez minutos por si recibía algún mensaje. No fue así.

Cuando cerraba los ojos, volvía a ver a la abuela cayendo, a cámara lenta. Quería ayudarla, evitar la caída, pero estaba demasiado lejos. Muy muy lejos.

Lo único que hice fue dar vueltas en la cama durante horas, tratando de encontrar una postura mínimamente cómoda. Las sábanas acabaron hechas un guiñapo en el suelo, al igual que mi estado de ánimo.

Si no me hubiera empeñado en seguir al pie de la letra todos

los puntos de la lista, no habríamos hecho la excursión al monte, la abuela no se habría caído y ahora no estaría sufriendo en un hospital.

Hacia las siete oí como papá se levantaba y decidí levantarme yo también. Fui al baño y me lavé la cara con agua fría. Al alzar la vista hacia el espejo, me sorprendió mi aspecto enfermizo: los párpados hinchados, la piel pálida, un grano enorme en la barbilla, el cabello de punta completamente despeinado... Memoricé mi imagen: así era el aspecto de una persona que había pasado la noche en vela. De una persona con preocupaciones.

Me encontré con papá en la cocina y le pedí un café.

—¿De veras? —titubeó—. Nunca antes has tomado uno.

—Lo necesito.

Papá me miró con gravedad. Tal vez vio en mis ojos que ahora ya era una persona hecha y derecha, porque se volvió hacia la cafetera sin decir nada más, introdujo otra cápsula para mí y apretó el botón.

—¿Con leche?

—Sí, por favor.

No intercambiamos más palabras que esas. Cuando los dos cafés estuvieron listos, los tomamos en silencio, de pie, apoyados en el mármol de la cocina. Estaba amargo y demasiado caliente, pero contuve una mueca y fui bebiendo. Si papá no hubiera estado junto a mí, tal vez lo habría echado todo por el desagüe, o le habría añadido cuatro o cinco cucharadas de azúcar, pero sentía que estábamos compartiendo un momento íntimo padre-hijo y que no podía romperlo con un gesto tan infantil. De alguna manera, a través de ese café silencioso a las siete de la mañana, estábamos completando un ritual. Papá me daba la bienvenida al mundo adulto y me transmitía, en silencio, que no era un mundo fácil, pero que la vida es así. Y que cuando el camino se hacía demasiado pesado nos teníamos los unos a los otros para compartir la carga.

Fue él quien terminó rompiendo el silencio:

—Voy a despertar a tu hermana y nos vamos los tres al hospital.

Apuró el último trago de café y metió la taza en el lavaplatos.

Irónicamente, el último deseo de la lista se cumplió sin que estuviera previsto. Lo que no habían logrado santos, cumpleaños o Navidades, lo había conseguido una fractura de fémur.

Estábamos todos. Papá, mamá, Alexandra y yo. El tío Joaquín, la tía Margarita y la prima Cloe. Incluso la tía Alicia, a quien no veíamos casi nunca porque pasaba largas temporadas en el extranjero por trabajo. Había cogido un vuelo desde Bruselas a las cinco de la mañana y ahora estaba junto al cabezal de la cama, acariciando el cabello de la abuela con una sonrisa bañada en lágrimas.

Un rato después, llegaron Conchita y Martina, que vino hacia mí y me abrazó sonrojada. Le di las gracias por haber venido, un poco cortado por esa muestra pública de afecto, pero nadie pareció reparar en nosotros.

Mamá se había ocupado de llamar a todas las personas importantes para la abuela.

En aquella habitación de hospital no podía caber más gente, ni más emociones contenidas.

Y entonces me di cuenta de que faltaba algo. O, mejor dicho, alguien.

—No os vayáis a ningún sitio —bromeé—. Ahora vuelvo.

Mi comentario fue recibido con miradas de extrañeza, pero nadie dijo nada. El corazón me bombeaba a mil por hora, como si quisiera salírseme del pecho y alejarse dando tumbos calle abajo. Abandoné el hospital a paso rápido, con un rumbo claro. No estábamos todos, aún no; pero íbamos a estarlo.

—Ahora sí —resoplé una hora más tarde nada más irrumpir en la habitación.

Me sentía exultante. Sudoroso por el esfuerzo, pero exultante. Había ido corriendo casi todo el camino de ida y vuelta, pero había valido la pena.

Deposité el bote de colacao que contenía las cenizas del

abuelo en la mesilla junto a la cama, para que la abuela lo pudiera tocar si estiraba el brazo.

—Ahora sí —repetí. Poco a poco, iba recuperando el aliento —. Estamos todos.

A pesar de yacer en una cama de hospital y de parecer tremendamente fatigada, la abuela sonreía.

—Alexandra, Daniel.

Estábamos en la sala de espera. Mamá nos llamaba para hablar un momento en privado. Papá estaba junto a ella.

—Van a operar a la abuela del fémur. A su edad, es una operación muy complicada. Puede que todo salga bien, pero debemos ser conscientes de que existe un riesgo. ¿Lo entendéis?

Mi hermana y yo asentimos en silencio.

—¿Qué os parece si ahora entráis de uno en uno para darle fuerza antes de la operación? Pero sin atosigarla, que ya ha vivido muchas emociones en las últimas horas.

Volvimos a asentir en silencio. Me notaba la garganta inflamada, como si me fuera imposible hablar. Sentía que, de intentarlo, lo único que saldría de allí sería llanto.

Entré en la habitación con el corazón en un puño. La abuela me miraba desde la cama. Junto a ella, estaban las cenizas del abuelo y un ramo de flores que alguno de mis tíos habría comprado.

Noté que me reconocía. Algo en su mirada me decía que sabía que era su nieto, que era Daniel. Estaba lúcida.

—Gracias —me dijo cuando me acerqué a ella.

—¿Por qué?

No entendía nada. ¡Si estaba allí por mi culpa!

—Por todo lo que has hecho por mí estos meses. —Su voz era serena, calmada—. Por hacerme sentir joven de nuevo. Por divertirme. Por hacer realidad todos mis deseos. Por enseñarme a ser un espíritu libre. Por... por hacer que la vida mereciera la pena.

—Abuela...

No sabía qué decir. Una lágrima me recorrió la mejilla y traté de secarla con la manga de la camiseta.

—Daniel, estoy satisfecha con la vida que he tenido. Quiero que lo tengas claro. Si llega el final lo recibiré con los brazos abiertos, porque he sido muy afortunada. —Le tembló la voz al pronunciar la última sílaba—. ¿Entiendes ahora por qué te doy las gracias?

Otra lágrima me descendió por la mejilla. Y luego otra. Y otra más.

—Abuela, no digas eso. No es el final. No lo es. Ya lo verás.

La abracé bien fuerte tratando de infundirle todo mi amor, toda la fuerza y toda la juventud del mundo para que afrontara la operación preparada. No era el final.

Capítulo 22

Despedidas

Pero sí que lo era. La abuela nunca despertó de la operación.

El funeral se celebró el 1 de septiembre, el día en que tendrían que haberla trasladado a la residencia. Fue muy bonito, había lirios blancos y un par de violinistas interpretaron la canción *Cheek to cheek*. Me sabía la letra de memoria, aunque estuviera en inglés, porque la había puesto infinitas veces en el tocadiscos de su casa; le gustaba tararearla mientras se movía despacio por el salón. Los ojos se me llenaron de lágrimas al pensar que nunca más podría cantar esa canción, ni contarnos una de sus historias, ni equivocarse con la sal y el azúcar al cocinar un pastel de manzana. Estreché la mano de mi hermana, sentada junto a mí.

A la salida del entierro fuimos toda la familia a comer a una pizzería de la zona. Lo propuso la tía Alicia y, como nunca pasamos tiempo con ella, a los demás adultos les pareció buena idea. A mí se me hizo rarísimo contemplar la carta del restaurante, como si fuera un día normal, y tener que decidir qué comer. Como si me pudiera importar si la pizza llevaba champiñones o jamón dulce. Como si eso tuviera alguna relevancia en mi vida.

Estábamos allí, vestidos de negro, ojerosos, cansados, enmudecidos. Nunca me había sentido tan extraterrestre.

El camarero tomó nota: algunos queríamos una pizza entera, otros preferían compartir. Todo parecía normal, pero todo era distinto.

Y luego, en algún momento, ocurrió la magia. Empezó mi hermana: contó su anécdota preferida sobre la abuela. Cuando éramos pequeños nos quedamos un fin de semana en su casa y decidimos jugar a los exploradores, así que montamos una tienda

de campaña en medio del salón. Al final, estuvimos todo el día allí metidos, comimos dentro de la tienda y nos llevamos sacos de dormir para pasar la noche. ¡La abuela también durmió en una esterilla! A la mañana siguiente se quejó muchísimo; según ella, no había un solo hueso en todo su cuerpo que no le doliera. Y, aun así, se la veía muy feliz.

De este modo, entre las porciones de *pizza capricciosa* y las raciones de tiramisú, tuvo lugar la verdadera despedida de la abuela. Cada uno contó su mejor historia y compartió su recuerdo favorito. Papá rememoró la noche en que la conoció. Nunca nos había contado esa anécdota. Fue la primera vez que cenó en casa de los abuelos, poco después de empezar el noviazgo con mamá, y la abuela lo observó de muy malos modos durante los entrantes, sin decir nada. Se había reservado toda la artillería para el plato principal: cuando sacaron los filetes de ternera, dio comienzo el interrogatorio. La abuela, como si fuera una agente de la CIA, ametralló a papá con toda clase de preguntas incisivas, cuyas respuestas él no tenía nada claras; le sudaban las manos y le temblaba la voz mientras trataba de dar la talla e impresionar a su futura suegra.

—¿En serio? —se sorprendió Alexandra enarcando las cejas—. ¡Si la abuela era muy amable con todo el mundo!

—Vuestra madre y vuestros tíos me darán la razón —insistió él—. ¡Fue el peor examen oral que he hecho en mi vida! Me preguntó quién era, de dónde venía, qué quería hacer en la vida, cuáles eran mis libros favoritos, en qué otro país me gustaría vivir, qué haría si un meteorito estuviera a punto de destruir la Tierra... ¡No paró hasta sonsacármelo todo! El abuelo sonreía divertido, sin meter baza en ningún momento, y yo, mientras tanto, sudaba a mares. Diría que esa noche todo el mundo se lo pasó en grande a mi costa.

—¡Venga ya!

—Como lo oís.

—Estás exagerando bastante —intervino la tía Alicia—. No recuerdo que te preguntara nada sobre meteoritos, aunque hay que reconocer que se puso un poco intensa; ella lo hacía todo con

pasión. Entiéndelo: eras el primer pretendiente que aparecía por casa, quería asegurarse de que fueras el adecuado.

—Pero, papá, ese no puede ser tu recuerdo favorito con la abuela —protesté—. ¡Si lo pasaste fatal!

—Sí que lo es, ¿y sabes por qué? —Esbozó una sonrisa abstraída—. Un par de horas más tarde, después de cenar, ya estábamos resolviendo un crucigrama juntos, el primero de muchos. A las pocas semanas, me trataba como a un hijo más. Vuestra abuela tenía un corazón enorme que no le cabía en el pecho, y la noche en que la conocí, bajo aquella fachada de examinadora letal, atisbé a una mujer divertida, generosa y, no me lo negaréis, bastante alocada, que supo ver que su hija me gustaba de verdad y que me acabó abriendo las puertas de su casa para que fuera bienvenido siempre. Que nos abrió las puertas de su casa a todos.

Mamá y papá se miraron un instante, y capté una chispa de complicidad entre ellos.

El tío Joaquín, la tía Alicia y mamá coincidieron en su recuerdo favorito: los cuentos que su madre les explicaba cada noche antes de acostarlos. La mayoría eran inventados, y muchos de ellos nos los contaría a Alexandra y a mí treinta años después, y nos seguirían gustando tanto o más.

Cloe levantó la mano, como hacía en el cole, para explicarnos, muy emocionada, su mejor momento con la abuela:

—Cuando nos teñimos el pelo de colores y nos pintamos la cara. ¡Estaba guapísima!

—Y tanto que lo estaba —coincidió mamá con los ojos brillantes.

—¿Y el tuyo, Daniel? —preguntó alguien en medio del revuelo.

De repente, todos me miraban expectantes.

Me rasqué la cabeza, sin saber bien qué responder. Tenía muchos recuerdos especiales con ella, resultaba imposible nombrar solo uno. Me había secado las lágrimas tantas veces cuando era niño, y me había hecho reír tantas otras...

—No puedo elegir un único momento con la abuela —repuse

al fin—. Podría decir muchísimas cosas, y ninguna le haría honor. Ha estado en cada momento importante de mi vida, y no me hago a la idea de que a partir de ahora no sea así... —Se me quebró la voz y tragué saliva, esforzándome por sonar natural, por que no se notara el esfuerzo titánico que me estaba suponiendo sincerarme de ese modo—. Pero creo que me quedo con su sonrisa al completar cada punto de la lista, las ganas de vivir que demostró hasta el último momento... —Me encogí de hombros y resumí lo que llevaba ya rato pensando—. De mayor quiero ser como ella.

En torno a la mesa se hizo el silencio. Creo que en ese momento todos experimentábamos un mismo sentimiento dulce y amargo a la vez, que éramos incapaces de describir.

No duró mucho. El tío Joaquín tenía otro momento favorito en la punta de la lengua y, así, las anécdotas siguieron sucediéndose. Cada recuerdo llevaba a uno nuevo, era como tirar de un hilo que nunca termina de desenroscar el ovillo.

Estuvimos en el restaurante hasta que nos indicaron que ya era hora de cerrar, casi a las cinco de la tarde. En varias ocasiones, a mamá incluso se le saltaron las lágrimas, pero de emoción y de risa, mientras escuchaba todos esos momentos especiales. Y, aunque estábamos tristes, de repente yo también me encontré sonriendo. Habíamos sido muy afortunados de tener a la abuela en nuestras vidas. Ahora ella ya no estaba, pero el resto seguíamos allí. Y una parte de ella siempre nos acompañaría.

Epílogo

Tres meses y diez deseos después

Ese curso, para desgracia de Daniel, el Sádico no solo volvía a ser su profesor de Lengua y Literatura, sino que también era su tutor. Hacía solo una semana que habían comenzado las clases cuando le devolvió el cuaderno de verano, sin decirle nada. Seguía tan simpático como lo recordaba.

La redacción ocupaba tantas páginas que al final, siguiendo el consejo de sus padres, la había encuadernado en la copistería, en espiral, y lo cierto es que el resultado parecía el trabajo de un profesional. En la portada se leía, con las letras bien destacadas, en negrita, «Proyecto cumplesueños», un título que, según Daniel, resumía la mar de bien el contenido del diario. Había numerado las páginas e incluso las había organizado por capítulos, siguiendo un hilo conductor que le parecía bastante coherente.

Las vacaciones habían consistido en la lista de su abuela, de principio a fin. Tres meses y diez deseos después, ya no era el mismo chico que se había subido con ella a la montaña rusa. La lista le había cambiado. La abuela le había cambiado. Aquel había sido el verano de su vida; de la vida de ambos.

Metió el cuaderno en la mochila sin tan siquiera echarle un vistazo. Estaba un poco nervioso por la valoración de la redacción, y quería leer los comentarios con calma, lejos del jaleo que había en el aula y de las miradas curiosas de sus amigos. Últimamente, estaban todos insoportables. El primer día de clase se había corrido la voz de que Daniel tenía novia y, sin pretenderlo, se había convertido en el centro de atención. ¡Y eso que aún no había definido su relación con Martina! Sospechaba que Hugo se había ido de la lengua, aunque él aseguraba que no había dicho nada.

Poco importaba ya. El caso es que ahora incluso chicas de su mismo curso que nunca antes le habían dirigido la palabra mostraban un interés repentino por él, y resultaba difícil pasar desapercibido.

Se le hizo interminable esperar hasta el final de las clases; sus pensamientos volaban a cada segundo hacia el cuaderno escondido en la mochila. Los recuerdos de todo un verano estaban comprimidos en él. Las páginas iniciales se remontaban a los primeros olvidos de la abuela, y a cuando encontró la lista. Había pasado una eternidad desde entonces. Las últimas páginas eran amargas y le había costado escribirlas, pero no quería dejar la historia de su abuela inconclusa. No podía hacerlo.

Cuando por fin llegó a casa, se dirigió al dormitorio sin mediar palabra con nadie y cerró la puerta para que no le molestaran. Solo entonces, en la intimidad de la habitación, abrió la mochila y sacó la redacción.

Abrió el cuaderno por la primera página. Estaba lleno de tachones y marcas en rojo. En mayúscula, Sergio Mayo, alias el Sádico, había escrito una palabra en una letra tan enorme que se podría leer hasta en Japón:

«INVEROSÍMIL».

Así definía el profesor su relato, tan inverosímil como la historia del hombre que perdía la vida en el río Ebro, devorado por unas pirañas asesinas. Pero, en esta ocasión, todo lo que había escrito era real.

Fue pasando las páginas y contemplando los tachones, los comentarios sobre la adjetivación y la sintaxis y los errores de concordancia.

Suspiró mientras se rascaba la cabeza. Poco a poco, vino la aceptación. Se encogió de hombros. No importaba. Ese verano quedaba entre la abuela, su familia, Martina, Hugo y él. El Sádico no había entendido nada. Si había usado o no el adjetivo más adecuado daba lo mismo.

Seguía pasando páginas cuando una anotación le llamó la atención. Hacia el final de la redacción, el profesor había dibujado un círculo rojo alrededor del nombre de su abuela y había anotado

un comentario discreto en el margen.

Lo leyó tres veces y sonrió. Con su caligrafía apretada y la tinta medio gastada por tantas correcciones, había escrito:

«Ella sí que es un personaje redondo».

Por una vez, Sergio Mayo y Daniel estaban de acuerdo en algo.

Inverosímil
Paula Vidal

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Destino Infantil & Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Paula Vidal, 2024
© de la ilustración de cubierta: Paula Blumen, 2024
© Editorial Planeta, S. A, 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28423-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!